

EL ESPAÑOL

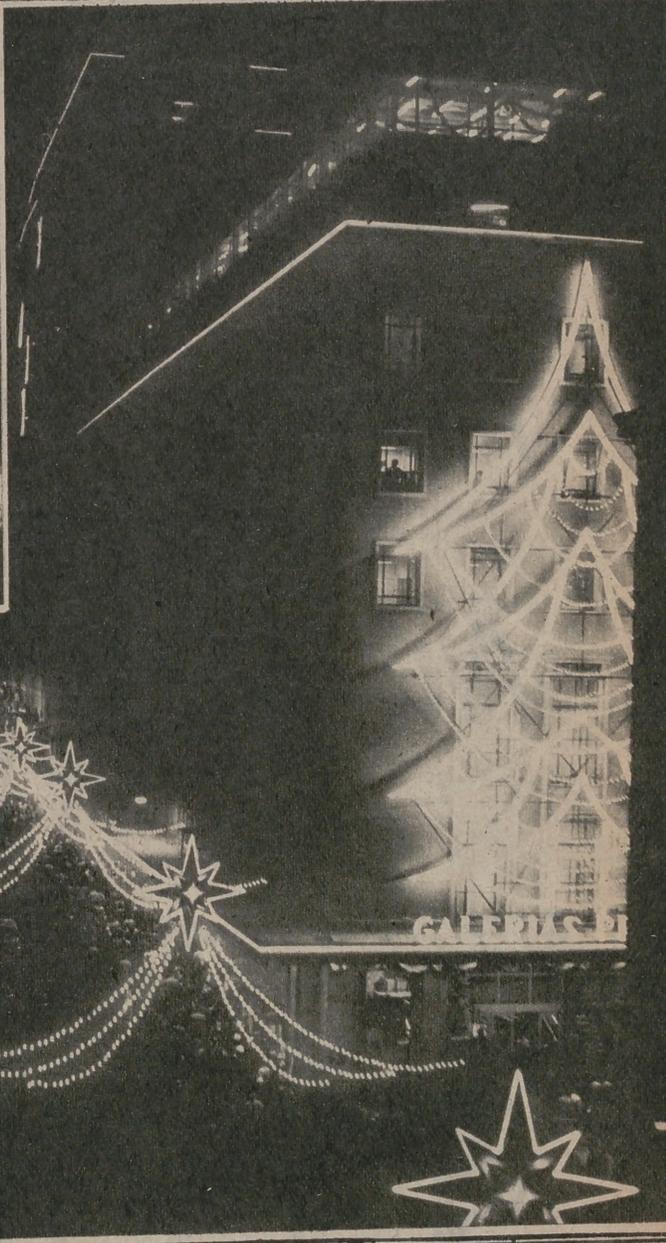
3 Ptas.

168

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Ed. 23 - 29 diciembre 1956 - Dirección y Administración: Zurbano, 55 - II Epoca - Núm. 421

EL CAMINO DEL REGALO



NAVIDAD
REYES
ESCAPARATE
ALTA
LA CALLE
AR VALE MAS
UE RECIBIR

MIS
PALMA

UNA ESCUELA DE TRAIADORES

El vicio, arma secreta del comunismo internacional (pág. 9)

Salamanca viajera por La Alpujarra (pág. 13). ● Entrevista con el conde de Vallellano (pág. 19). ● Con 98 toros, Salamanca a Extremadura (pág. 25). ● Charla con Tomás Borrás (pág. 28). ● Las estrellas y el sorteo de Salamanca (pág. 32). ● "Los taxis del Marne", por Jean Dutourd (pág. 45). ● Entrevista con Sánchez Cantón (pág. 49). ● El hombre nuevo de la era industrial (pág. 53). ● Una nueva locomotora en la Renfe (pág. 57). ● DOS O TRES PISADAS, novela por José Fernando Aguirre (pág. 38)

El Doctor Recio de Tirteafuera

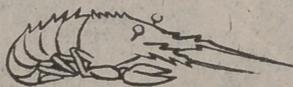
DARIN

No



autorizaba a Sancho Panza a tomar alimentos que pudieran perjudicar su importante y hambriento estómago de gobernador de la Insula Barataria.

No



consentía que probara bocado precisamente de aquellos manjares que más alegraban su vista o más tentaban su creciente apetito.

No



le dejaba, en fin, comer de nada, alegando aquel supuesto aforismo de Hipócrates, "toda hartazgo es mala, pero la de perdices, malísima".



Adquiera el frasco grande. Resulta más económico



pero si...

hubiera existido en aquella época, como en nuestros días y en éstos tan felices de las fiestas de hogar, la deliciosa

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

REGIST.

a buen seguro que Sancho se hartara de comer y el doctor Recio de Tirteafuera en lugar de prohibirle nada le recomendará únicamente la higiénica bebida digestiva, tónica, estimulante, reguladora de las funciones fisiológicas.

LABORATORIO FEDERICO BONET. S. A. - INFANTAS, 31 - MADRID



EL CAMINO DEL REGALO

DE NAVIDAD A REYES EL ESCAPARATE SALTA A LA CALLE

DAR VALE MAS QUE RECIBIR

LUCE de colores. Arboles de Navidad con sus mil bolas brillantes. Y pastores de barro gigantescos o diminutos, que ya recuerdan la ofrenda de la Nochebuena.

Así está la calle: atestada a no poder más. La gente, que se empuja, que se apretuja y se arremolina en los escaparates.

La calle es un sendero de luz

con estrellas en lo alto, que cuelgan su estela eléctrica de lado a lado. De vez en cuando los anuncios que relampaguean. Y los crios marchando arrastrados por la mano de la madre, dejándose conducir como hipnotizados, con la nariz respingada en lo alto y los ojos en las estrellotas de arriba.

Ir a ver escaparates con ojos

de niño es lo mejor de la vida. Y algo de niños tienen todos los mayores cuando la Navidad se acerca al pegar la cara a los escaparates. El resto del año un escaparate apenas quiere decir nada. Ahora, no. Ahora un escaparate sugiere el regalo.

Eso lo saben bien los comerciantes. Y vuelcan su imaginación para llenar el alma de las gentes

de todos los símbolos maravillosos de la Navidad, españoles e internacionales.

Es emocionante ver a Melchor con un avión de plástico casi trepándole a sus venerables barbas. O a Gaspar rodeado familiarmente de indios de plomo.

—Los Reyes me van «a echar...»

Esta es la eterna cantinela. Los chiquillos van reuniendo en el saco particular de su imaginación todos los juguetes que van viendo. Los mayores hacen ante las peticiones su composición de lugar. También ellos tienen que comprar. También ellos tienen que hacer de Gaspar, Melchor y Baltasar para chicos y grandes.

«Y además hay que comprar—debe de pensar esta señora gorda que se para siempre delante de uno en las puertas de las tiendas—el vestido de la niña mayor para la Nochevieja. Estas chicas de ahora sólo piensan en divertirse.»

Mientras, «la chica que sólo piensa en divertirse» pasea a sus dos hermanos menores, ante escaparates de corcho llenos de figuritas y espumillón, y piensa que es lo que podrá adquirir para sus padres con sus diez únicos duros.

—Quizá aquellos guantes que vi ayer, para mamá.

Lo curioso del caso es que la muchacha había reparado en los guantes por la bonita manera que tenían de estar colgados de una rama de pino toda plateada, entre un tul, una bola brillante y un angelito con cara de chiquillo travieso que tocaba una colorada zambomba.

LA CIUDAD-ESCAPARATE DE LAS FIESTAS

En torno al regalo de Navidad y de Reyes, en torno a las compras femeninas de Año Nuevo, sobre el gozo de los Belenes tradicionales, con la compañía ya de ese simpático Arbol que ya ha dejado de ser extranjero para incorporarse como buen compañe-

ro—no como protagonista como ocurre en otros países—al simbolismo de la Navidad, en torno a todo eso, repetimos, la ciudad hecha escaparate, construye un ambiente.

Y de ese ambiente disfruta todo el mundo. Nada tan sencillo como enrolarse en la alegre caravana que se desborda por la ciudad cuando ésta enciende sus luces, camino de la plaza Mayor o camino de la calle de Preciados. Bien es verdad que si fácil es entrar en la caravana, salir, no es nada fácil.

El rito del regalo de Navidad es menos, el minuto de la compra, que la elección del mismo. Es, vamos, una especie de pretexto, que tiene la ciudad entera, para refitelear de tienda en tienda, para permitirse la curiosa pregunta de «¿Cuánto vale?», que nada compromete. Y seguir así, y así...

En esta feria de color de la Navidad son los niños, las mujeres y los comerciantes los que tienen más participación.

UN PUBLICO DE SONADORES Y EL REGALO DE LAS NUBES

Porque un regalo, un regalo de Navidad, no es, no debe ser un regalo ofrecido como los otros.

El regalo de Navidad es el regalo que debe de parecer enviado de las nubes. Que haga su aparición en los escaparates y en las vitrinas como algo de otro mundo. Un lazo, una estrella de colores o un poco de espumillón pueden hacer la maravilla.

Hay que tener siempre en cuenta a la señora rodeada de niños, en compañía de otra señora amiga, también rodeada de niños, que desembocan por una boca del Metro de Sol, como una «troupe» presta al ataque.

No es una cuadrilla cualquiera. No se trata de compradores como los que van a los comercios el resto del año. Estos compradores son, sobre todo, compradores

de imaginación. A ellos no se les puede engañar, con cuatro cosas. Es necesario hacerles la ciudad «entrañable». Y entrañable y llenos de significación han de ser los objetos que se les ofrecen.

Por eso el comercio entero de la ciudad aprieta en el reclamo, y procura vestirse de fiesta lo mejor que puede. La ciudad, entonces, se deja mirar y acariciar por los deseos de estos miles de compradores soñadores, que van a las tiendas casi más a celebrar una fiesta de los ojos que a comprar.

Está demostrado: una señora que debe adquirir dieciocho regalos, las estadísticas de venta demuestran que entra, ve observa y contempla otras tantas veces cada regalo. Es lo menos que puede permitirse.

Y cuando la cartera, el juguete, los guantes o la cafetera eléctrica llegan a su poder, el comprador de Navidad quiere verlo preparado de una manera distinta al resto del año.

Le alegran, por lo tanto, esos papeles de colores sobre colores blanco-verde y rojo—los colores de la Navidad del acebo y del muérdago—en las que le entregan envueltas sus compras.

EL PAPEL DE ENVOLVER, TODA UNA FANTASIA

Los comerciantes madrileños hacen gala de fantasía y de buen gusto en esto de los papeles de envolver que se convierten en una avanzadilla de alegría que llega hasta la casa.

«Felices Pascuas». «Buen Año Nuevo», llega escrito en colores en unos papeles, bajo el caballo de un rey o entre dos ramas de muérdago Y una nube de papel de colores con enanitos, árboles, pastores, reyes, bolas y acebo se cuelga por las puertas de nuestras casas desde los primeros días de diciembre.

Es como si quisieran recordar a los olvidadizos que ya ha llegado la época en que toda la ciudad es un cotillón.

Desde la calle, ángeles de luz os saludan:

—¡Eh, olvidadizos, venid a vernos!

A su lado—perdonad, pero estamos en el siglo de la publicidad y hay que hacer concesiones—, el anuncio de tal marca de medias o de vinos.

Y hasta los más preocupados, los señores serios, que tienen lejano y escondido su sueño del tren eléctrico, «pican» y se pasan dos horas contemplando los «mecanos».

LOS REYES MAGOS, LAS TRASTADAS Y LOS CHICOS

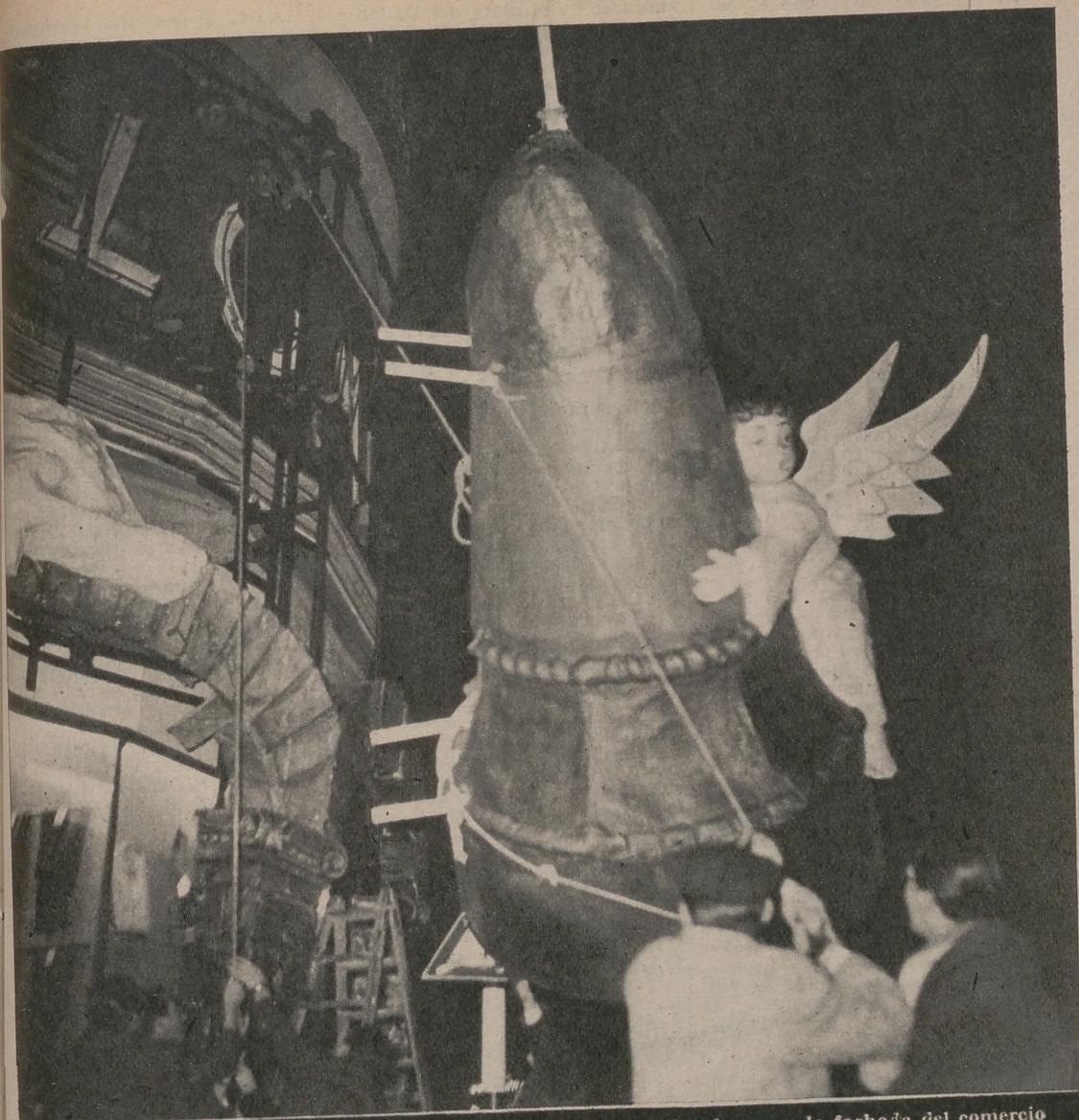
Una de las cosas que más éxito están teniendo entre la población infantil son los Reyes Magos que cabalgan por los aleros de la calle de Preciados.

Hay que ver a los chicos con la boca abierta contemplar a «sus majestades». Uno siente ganas de volver a creer también en su fantástica cabalgada del día 5. Para ellos, para los chicos, los Reyes con la Nochebuena son los días mejores. La fiesta de Año Nuevo no tiene en su imaginación tanto significado.

Por eso, el juguete y las figu-



Ha habido que preparar los escaparates. Obreros y empleados, entre trabajo y trabajo, reparan fuerzas



Un gran angelote de cartón, abrazado a una camijina, servirá de adorno en la fachada del comercio

ritas del Belén siguen siendo, a pesar de todo, «dos amos del cotarro».

En los departamentos de juguete de los grandes almacenes, como de las tiendas más pequeñas, el tráfico de chiquillería es en estos días tremendo.

—Vender, vender...— nos dice hasta empleada—, no se vende hasta pasado el día 1 de enero.

Hay «majestades» más precavidas, que compran ahora; pero lo general es dejar la adquisición de «dos Reyes» para los días 3, 4 y 5 de enero.

—Luego vienen los apretones... Pero, por lo visto, esto es lo divertido para los mayores

En la semana que antecede a Navidad, los «capítulos más concurridos siempre son los de colgante para el Arbol, figuritas de Belén y corcho, musgo, piedras y todas esas cosas tan imprescindibles para «armar» en casa el más delicioso nacimiento que haya visto nadie. Siempre el de uno es mejor que el de los otros. Porque el nuestro lleva entera la ilusión que pusimos al construirlo sobre una puerta vieja que teníamos arrumbada, sobre dos sopor-tes que hizo el marido.

Y luego, el capítulo de turro.

UN MUNDO DE JUGUETES

Un niño estaba parado ahí a nuestro lado, mirando el burro de juguete. Es un niño muy pequeño, morenito, que abulta mucho menos que el borrico. No ha podido contenerse y lo ha acariciado. La madre ha venido en seguida en socorro del orden:

—¡Niño, niño!...

El niño no toca más al burro, pero se deja empujar mirándolo. Pasa al departamento de loza. Una tira de espumillón cuelga de un plato. Las velas, sobre una mesa artísticamente preparada, recuerdan una vez más la intimidad de la Nochebuena. El chico tira del espumillón, y la pila de platos se tambalea. La señora se sofoca. La dependienta sonríe y respira cuando se van

—Todo el día así—nos dice—. Pero, ¿qué quiere usted! Los chiquillos son así y hay que ser amables con los clientes.

Los niños no entienden mucho de disciplinas. Al poco rato presenciábamos el espectáculo de tres hermanos, con gorros y bufandas

de colores, en el acto sublime de tirar de una cinta que pendía de una piñata de adorno.

La madre no falla tampoco esta vez: llega en seguida. Los niños se quedan cariacontecidos. Y es que los crios creen que, llegada esta época, los mayores se han vuelto pequeños y les dejan la ciudad para que jueguen ellos.

¿A qué viene, si no, este hacer de la ciudad algo como un juguete inmenso, como un bien gigantesco o como un bosque de árboles alegres? Luego se enteran de que son sólo para mirar y se quedan tristes.

Delante de nosotros, a la mitad de la calle, una niña le preguntaba a su madre sin cesar una y otra vez:

—Pero ¿por qué no se puede tocar? ¿Y por qué no? Pero ¡son tontos!... ¿Y tampoco a los mayores se los dejan? Entonces, ¿para qué los tienen? ¿Con ese globo tan grande no juega nadie?...

Y era de ver la pena de la chiquilla al pensar que nadie aprovecharía las magníficas oportunidades de divertirse que ofrecían sucesivamente una bola inmensa colocada en un escaparate de encajes. Un hombre de

nieve, hecho en cesta, con la barriga llena de pañuelos de batista y que enarbolaba en la escoba unos calcetines. Una pifiata como no la habría igual, en el país de las maravillas, y todo un mundo de juguetes en los camellos de «sus majestades», altos como montañas vistos desde abajo.

MONAGUILLOS SOBRE MAZAPAN Y PASTORES ENTRE TULES

También nosotros vamos de compras. También nosotros formamos parte de la inmensa multitud.

En un escaparate nos detenemos más de veinte minutos. Es uno de tantos. Hay en él un monaguillo, con cara de pícaro, encaramado a un farol. Dos chicos a nuestro lado comen castañas y miran al monaguillo, que se yergue entre cajas de membrillo y mazapanes. Uno de ellos hasta tiene cierto parecido con el monicaco del escaparate, lleno de pecas, a falta de bonete.

Apretones. Empujones. Las señoras van cargadas de paquetes multicolores. Los señores hacen, a su lado, de niñeras. O viceversa. Todo el mundo tiene prisa, menos los chicos, que no se cansan de ver mil veces las mismas cosas.

Cuantas más veces las ven, más disfrutan viéndolas.

La madre de un pequeño, con el que hablamos intimado en el atasco de una esquina a fuerza de hacerle gestos con la cara, nos confía:

—Es el quinto día que venimos a ver a los pastores de ese escaparate. Este pastor, el árbol

luminoso de la plaza del Callao y dos belenes grandes que descubrió el otro día son el recorrido obligado.

Cuando salimos del atasco, el chico pega unos tirones a la mano de su madre que puede que den al traste con el buen funcionamiento de la articulación del hombro de la señora.

—Corre, mamá, mira, mira...

El chico se mete entre la gente como si no fuera el quinto día que veía la maravilla. ¡Es el mejor! La señora murmura un apresurado «adiós» y corre entusiasmada entre un cortejo de padres, madres y solteros, que hacen la desesperación de los pequeños.

LA PLAZA MAYOR

Verdaderamente, estamos ante un mundo de maravillas.

Unas muchachas se extasían ante los preparados regalos sus cajas de celofán, con sus lazos brillantes. El zapato que se exhibe en otro escaparate maravilloso y gigantesco todo bordado de lentejuelas, símbolo de todos los zapatos de niño que el día cinco de enero saldrán al balcón o a la ventana tiene también ciento de admiradores.

—¿Por qué no me compras tú un zapato así de grande, mamá. ¿Por qué no me compras uno en el que quepa todo eso?

El mundo de las maravillas es en estos días el mundo de los escaparates. Es una tienda de flores una vela, una bola de color, y unas hojas son también el símbolo de la Navidad, y símbolo de la Navidad es también la castañera de la plaza Mayor, una entre muchas más, que se apoya contra el muro del soportal, refugiándose del frío.

Aquí, si no hay escaparates, hay brillo de luces, ramas, árboles, corcho y musgo, tiros al blanco, y puestos de peladillas y zambombas.

Es también fiesta de luz. La plaza Mayor es el escaparate vivo de la ciudad, casi belén ella misma por su ingenuidad, por sus puestos de figuritas, y turrón, siempre auténticos.

Un chiguillo llora, berrea más bien, ante el desastre de sus figuritas rotas en el suelo. No hay consuelo para él. Otro acaricia una pandereta. Muchos se han comprado los martirizantes de oídos llamados «pavos». Las mujeres y los hombres hacen sus compras de turrón.

Con la vendedora de uno de estos puestos queremos hablar.

—¿Que cuánto se vende?

Duda. (Es desconfiada.)

—Ahora... mucho. ¿Sabe cuánto? Aún no sé el día que habremos «hecho». Ayer fué bueno. De turrón sólo, más de doscientos kilos...

Sigue escamada.

—El que más se vende es el de Jijona...

Más escamada aún.

—¿Que cómo me llamo? ¡Pepee...! —grita—. ¡Pepee! Aquí estos señores me preguntan que cómo me llamo...

Claro. Nos fuimos sin saberlo.

UNA FILIGRANA DE COLOR Y TRADICION

En el centro de la ciudad sigue el barullo cuando regresamos. No hay tienda, por humilde que sea, que no tenga su escaparate navideño. Con una simple zambomba, cuatro tiras de celo-



Primero, embellecer el escaparate; después, elegir el regalo



Flores y coronas, en los puestos callejeros, para ornato de los regalos navideños

fán de colores y un Misterio simple e ingenuo, muchas mercerías tienen «puesto» su escaparate.

Los comercios de telas recurren a los adornos del Arbol de Navidad. En la calle de Preciados, un gran almacén felicita con inmensos tacos de rompecabezas colgados en la fachada a todo el que entra por la calle: F—E—L—I—C—E—S P—A—S—C—U—A—S.

El globo de felicitación de la Navidad lo hay en muchas tiendas. Las de juguetes han recurrido con más frecuencia al tema de los Reyes Magos, siempre infalible. Pero no es excepción ver a más de un camello llevan-

do una pieza de «nylon» colgando de sus alforjas, la socorrida nieve de algodón, el ingenuo «hombre de nieve» con su escoba, su bufanda, su chistera y su nariz roja hace la propaganda de más de una estufa eléctrica, o anuncia paños para abrigo.

En general, es curioso observar que la escaparatería madrileña, volcada su imaginación en estas fiestas, es tradicional y recurre a elementos decorativos no «elaborados»: simples jarros de barro de nuestra artesanía popular, cestas sencillas, figuras toscas, y cosas de colorines como las que rematan las populares zambombas, están a la orden del día.

Hay algo que amalgama lo popular y lo refinado, lo tradicional, y las últimas tendencias en lo decorativo.

Como en el tráfico de gente en la calle, iluminada profusamente, la castañera oscura canturrea feliz, haciendo cucuruchos de papel.

—Dos pesetas, niño.

—Para usted, señor.

Y el señor, alto, con su gabán y su bufanda, se va serio y circunspecto, comiendo solo sus castañas, mirando las estrellas, las luces y los escaparates... como todos.

María Jesús ECHEVARRIA

(Fotos de CORTINA.)

Señora...

Caballero...

Para estas fiestas de sociedad visite nuestra planta primera que le brinda la elegancia de sus modelos exclusivos de Alta Costura

SON MARAVILLOSAS CREACIONES PARA LA MUJER ELEGANTE EN CADA UNA DE LAS CUALES ENCONTRARA UN SOLO MODELO



También para los caballeros nuestra planta tercera, le ofrece la calidad de los tejidos de granito empleados en los variales y elegantes Fracs y Smoking

USTED, SEÑORA, PUEDE ELEGIR SU MODELO POR LA TARDE Y USARLO POR LA NOCHE

USTED, CABALLERO, PUEDE ENTRAR EN NUESTRO DEPARTAMENTO, EN TRAJE DE CALLE Y SALIR DE ETIQUETA

El Corte Inglés

"DONDE LA CALIDAD SUPERA AL PRECIO"

ESCUELA DE TRAIADORES

BURGESS, ESLABON DE UNA CADENA VERGONZOSA

EL VICIO, ARMA DE UNA POLITICA SIN MORAL

SOLAMENTE algún caminante solitario. A veces, un lujoso automóvil a gran velocidad. Lo demás, silencio. Y las calles iban tomando un tinte blanquecino por la fuerte helada que caía en la noche de diciembre.

Allá, en lo alto, hacia el Kremlin, brillaba la esfera de un reloj calada en el cuerpo de una torre: las tres de la madrugada de un día de invierno de 1938.

Ante una casa de la Kususeski Mosta acaba de detenerse un coche. Palabras rápidas, energicas, con sordina impérfativa. Se abre una puerta, y un rayo de luz cae sobre el brillante, asfalto helado.

Un pequeño tropel invade la casa. Al poco rato uno de los individuos recién llegados avisa a un doctor que se halla en la misma vivienda:

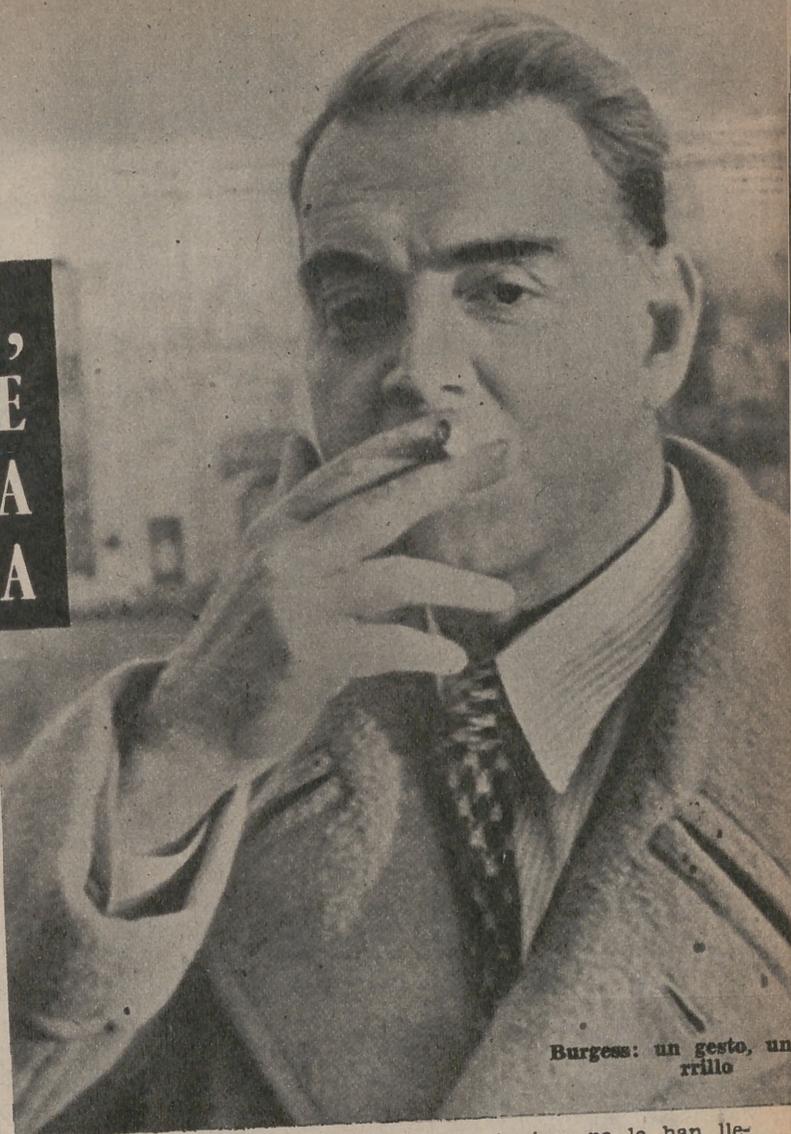
—Vamos, hay que hacer una cura de urgencia. Dése prisa.

El maletín con el instrumental se balancea en las manos del médico mientras sube al primer piso. En una habitación estaba un hombre tumbado en la cama: treinta y cinco años, rostro de facciones correctas, pálido y con los ojos apagados. Pero dejemos que hable el doctor:

—¿Ha dicho usted que está herido?—pregunté—. ¿De bala o de golpe?

—No, no—contestó con apuro el hombre que me había ido a llamar, un alto empleado de la Policía soviética—. Se trata de una fuerte hemorragia. Pero vea usted mismo.

Con movimiento rápido tiró de la ropa, dejando el cuerpo del herido al descubierto. No quiero hablar de la desagradable cura. Salimos a otra habitación mientras aquel individuo quedaba bajo los efectos de los anestésicos.



Burgess: un gesto, un rrillo

—De esto ni una palabra—me indicó G.—. Ante todo, es asunto de servicio. Como comprenderá no se interviene por gusto en algo tan asqueroso.

—¿Se trata de un alto funcionario—agregué—que padece alguna aberración?

—No. Es un extranjero bien situado y de familia linajuda.

—No sé cómo no lo han llevado a una clínica pública.

—Doctor, son asuntos del servicio. En la guerra, en nuestra guerra, aprovechamos las virtudes y la moral del adversario.

—Nosotros—añadió— convertimos en armas provechosas esos prejuicios burgueses. Pero no sólo posee virtudes la burguesía; tam-



Tom Driberg prepara la reivindicación de Burgess. Aquí les vemos en Moscú, conversando

bién tiene vicios nefandos que la dejan al descubierto para ser atacada por todos sus flancos.

Por un momento la conversación se detuvo mientras los dos hombres fumaban con nervosismo.

—No es un invento soviético —continuó G.—. Aquel gran policía alemán, indispensable a Bismarck, utilizó y sistematizó el vicio como arma política. En ciertas esferas de determinados países, son raras las personas que no tienen tara o vicio. Todo es averiguarlo, comprobarlo, adquirir una prueba y esgrimirlo con habilidad. Donde fracasarían amenazas de muerte triunfa siempre un chantaje ejercido con arte. Nuestra ley de guerra nos dicta esgrimir el arma del asesinato moral si con su amenaza convertimos al indiferente y al adversario en un esclavo.

—¡Es diabólico!—se me escapó sin poderme contener.

—Es la guerra—repuso fríamente—. Para nosotros sólo es cuestión de organización. Aquí, en la U. R. S. S., nos resulta sencillísimo. La sección competente tiene a su servicio un cierto número de profesionales del vicio. Usted me entiende, ¿no? Y en el extranjero tampoco nos presenta grandes dificultades. Y el elegido siempre nos sirve con toda efectividad. Si es un político actúa con habilidad, y si es un militar o un diplomá-

tico, ha de traicionar. A veces, muy pocas, se descubre uno de estos agentes nuestros. La estupefacción es enorme. Nadie advina el motivo de la entrega. Se investiga si juega el dinero; pero se comprueba que no y nadie sabe a qué atribuir la causa de que personas que por rango, educación y posición han de ser enemigas del comunismo, se hallen a su servicio. Además nosotros nunca les obligamos a declaraciones o abjuraciones políticas.

UN DIÁLOGO CONVINCIENTE

De nuevo llegó el silencio. Para uno de aquellos hombres significaba la comprobación de la fuerza de sus palabras. El otro trataba de ligar hechos y pensamientos.

—¿Le parece extraño?—habló el agente de la G. P. U.

El médico no dijo nada. La punta de su cigarrillo se aplastó contra la mesa.

—Este ya es nuestro—arguyó G. mostrando unas fotografías—. Ya ve, aquí está todo. Con estas pruebas no tiene escape.

Levantándose lentamente, el doctor se dirigió a la habitación de la nueva víctima. Cuando ya estaba examinando llegó G. Terminada la cura, G. ordenó que el herido fuese llevado a su presencia, en otro lugar de la casa. Era una habitación desnuda. Tres sillas y un potente flexo sobre la mesa.

—¿Sabes en poder de quién estás?—inició G.—. ¿Eh? Silencio.

—¿No lo sabes? Pues estás en poder de la G. P. U.

—¡No!—gritó el herido.

—¡Sí!

El diálogo entre G. y la víctima tomó un tinte bajo, en argot de vicio. Poco a poco el herido fué cayendo en la red.

—Sólo hay una solución—arguyó G.

—¿Una bala?

—No. Eso es demasiado elemental.

La dialéctica condujo el tema hacia unos secretos militares que interesaban a la Unión Soviética. Al fin, el acuerdo fué completo.

Aquel hombre, que no hacía muchos minutos aparecía como víctima de la G. P. U., sin posibilidad de «libertad», podría marchar desde aquel momento; la U. R. S. S. contaba con un agente más, alto funcionario de una potencia extranjera.

Varios agentes de la G. P. U. llegan de visita. Allí vive un doctor que ha prestado «determinados servicios de urgencia».

La conversación ha tomado un rasgo delicado. Se habla de los mecanismos fundamentales en el servicio de espionaje soviético.

—No es un invento nuestro. Bismarck se basó con frecuencia en el mismo tipo de gente—afirmó un conocido jefe de la G. P. U.

—¡Son ustedes diabólicos!—dijo el doctor.

—Tal vez. Pero ya sabe que en ciertas esferas de determinados países son raras las personas que no «padecen» algo. Todo es averiguarlo, adquirir una prueba y luego habilidad. Donde fracasarían amenazas de muerte, triunfa el chantaje con arte.

—¡Eso roza lo inhumano!—gritó el doctor, sin poder contenerse.

—Nuestra ley de guerra va al asesinato moral. Así ganamos a nuestros colaboradores. Para nosotros sólo es cuestión de organización. Aquí, en la U. R. S. S., es sencillísimo. Y en el extranjero, gracias a nuestros equipos especiales todo se resuelve felizmente.

—Claro que también abundarán los fracasos—interrumpió de nuevo el médico.

—Sí, a veces; pero raramente se descubre uno de estos agentes. Y llega el escándalo. Nadie advina el por qué de la traición. Se mira si habrá sido por dinero, hasta que llega la convicción de que no. Todo se hacen dudas sobre la causa de que personas que por rango, educación y posición deban ser anticomunistas aparecen luego actuando a su favor.

VICIO Y COMUNISMO

Un estudio sociológico del comunismo y sus agentes conduciría a consecuencias de gran interés.

Algunas de las personas que trabajan para Moscú buscan infinidad de soluciones que les permitan defenderse de las acusaciones de la sociedad. Pero siempre tienden a barajar su mando en un sentido fatalista, de horizontes cerrados. A todo ello les lleva un pasado del que no son capaces de zafarse.

Esta clase de individuos siem-



Un paseo por Moscú: El del abrigo oscuro es el autor de la nueva biografía de Gay Burgess

pre aparece, entremezclado en los grandes movimientos que dejan al margen la idea de patria. Los organizadores de ciertas campañas, pseudo literario y pseudo científicos, se nos muestran, siempre, desligados de todo vínculo normal.

La internacional comunista presenta infinidad de puntos comunes con esa otra internacional que no hace falta mencionar. Uno de ellos es el ateísmo, principal punto de apoyo para una mal entendida libertad.

Pero no sólo es esto, sino que todas las instituciones básicas de la sociedad, matrimonio, familia, autoridad basada en el Derecho natural y divino, etc., son un estorbo para sus planes.

En todo ello se transparenta un fuerte rencor contra la sociedad integrada por hombres normales. Por esto, su constante ataque a la sociedad cristiana, prototipo de la cultura occidental, basada en postulados eternos.

La revolución contra todo lo establecido es la diana a que apuntan los ataques de ese mundillo neutro e indeterminado.

DOS «COMPANEROS» TRAI- DORES

Los eslabones de la cadena se hacen interminables.

En la noche del viernes 25 de mayo de 1951, dos hombres, funcionarios del Foreign Office, tomaban un barco, en Southampton, con destino a Saint Malo. Uno de ellos, era alto, de cabello color pajizo. Adiposo. «A la vez amable y débil.» Un informe completaba su retrato: «se asemeja al listo y desamparado joven de una novela de Huxley... que intenta una amorosa experiencia, pero que es demasiado tímido y torpe para tener éxito. Buscó refugio en los más impetuosos y libres límites de Bloomsbury y Chelsea.» Su nombre era Donald Duart MacLean, jefe del Departamento Americano del Foreign Office.

Su acompañante era segundo secretario de la rama más moderna del Servicio Extranjero. De estatura media y facciones correctamente dominadas por una boca claramente sensual. «Es inmensamente enérgico, gran hablador y lector, jactancioso y andarín. Nada como una nutria y bebe como un débil subgraduado.

El día 1 de junio de 1951 fueron suspendidos de sus cargos en el Foreign Office. La interrogante se extendió sobre estos dos nombres durante largo tiempo, hasta que en 1954 un informe de Petrov—agente soviético refugiado escandalosamente en el mundo occidental—reveló que Burgess y MacLean se hallaban en Moscú al servicio del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético.

La noticia cayó como una bomba, pese a tenerse la seguridad de que se hallaban tras el telón de acero desde mucho tiempo atrás. Las acusaciones cayeron sobre el Gobierno británico y la Prensa reflejó con toda crudeza el mundo que rodeaba a los dos diplomáticos ingleses.

Los periódicos británicos, tan cuidadosos siempre en los adjetivos aplicados a las personas, ésta vez no afelparon sus calificativos.

El pasado de MacLean se aireó



Otto John en el banquillo: un «misterio» más

públicamente, en especial su estancia en El Cairo. Un día, su actitud anormal provocó un incidente diplomático. MacLean fué trasladado a Londres, pero no se le castigó.

¿Y Burgess? Por esta época trabajaba en la secretaría particular del ministro de Estado y «sin ocultarlo mucho», vivía con un «sospechoso» bastante conocido llamado Jack Hewit.

Ya muy avanzado 1956, hace pocas semanas, un escritor inglés, Tom Driberg publicó una biografía de Burgess: «Guy Burgess. A portrait with background.» En esta obra, trata de justificar la huida de Burgess, de presentarla como algo normal en un hombre: «Igual que uno se marcha a Norteamérica o a las Bermudas. Unos van por hacer fortuna y otros por otro motivo.»

En la obra de Driberg se presentan todos los hitos de la historia de Burgess, como etapas conducentes a la decisión adoptada en unión de MacLean para huir a la U. R. S. S. La personalidad política de Burgess aparece perfectamente dibujada con sus contactos comunistas en la edad juvenil y su intervención desde la B. B. C. a favor de la facción roja durante nuestra guerra civil. Pero en lo que fracasa rotundamente es en su débil intento de demostrar la normalidad viril, de Burgess con un argumento tan pobre como el decir: «Eso son fantasías e histo-

rias» Y añade: No creo que el homosexualismo de que se le acusa haya sido la causa de su viaje a Rusia.» «Hay muchos funcionarios dudosos que obran rectamente en todas sus funciones.»

Y en estas últimas palabras puede estar precisamente la clave de que, pese al filocomunismo de ambos funcionarios, sus actividades nunca fuesen tomadas en serio.

EL MISTERIO DE OTTO JOHN

Estos días se está viendo en Karlsruhe un proceso en el que el misterio que no se esclarece está envuelto en la atmósfera de la duda. El acusado es el ex jefe del Contraespionaje de la Alemania Occidental, que el 20 de julio de 1954 se fugó a la zona soviética.

La biografía de Otto John está salpicada de sospechosos contactos internacionales y traiciones más o menos comprobadas.

Durante la pasada guerra mundial Otto John estuvo al servicio de Inglaterra. Y afirma Mauricio Karl en su libro antes aludido: «Su principal contacto lo estableció en Madrid, donde se encontraba por esta época en la Embajada británica Guy Burgess. Es difícil detallar cuáles fueron las relaciones de espionaje entre el diplomático inglés y el traidor alemán.»

Hasta el fin de la guerra John estuvo al servicio de la Intelligen-

cia británica contra su Patria. Pese a todo, en 1949 se le encargó «por razones desconocidas, pero muy poderosas», del Servicio de Contraespionaje. Pero John también pertenecía a una organización de espionaje al servicio de la U. R. S. S., «La Capilla Roja», de la que igualmente formaban parte Burgess y MacLean, así como un amigo de la juventud de Otto John, un holandés, Jan Eland, agente del Intelligence Service y persona de «vicios sospechosos». No termina aquí la lista: uno de los más íntimos amigos del jefe del Contraespionaje de Bonn era un antiguo diplomático alemán, von Pützlitz, de la Internacional ya citada, al servicio de Moscú.

El retrato de Otto John no deja lugar a dudas: antiguo agente de los nazis contra los funcionarios alemanes, agente antihitleriano, espía británico contra Alemania y espía soviético contra los aliados. Una perfecta tela de araña.

«NOSOTROS SOMOS LEGIÓN»

En 1953 la campaña del senador MacCarthy para desenmascarar a los comunistas relacionados con los departamentos de Gobierno norteamericano estaba culminando. En octubre de ese mismo año el senador declaraba en París:

—Los peores enemigos de la democracia americana son los judíos, los negros y los «extraviados».

Ya se habían despedido del State Department centenares de funcionarios. Los espías comunistas identificados eran en un 70 a 80 por 100 judíos, y en más de un 50 por 100, invertidos.

Desde la acción del activo senador MacCarthy, los departamentos de Estado de varios países se convencieron de esta realidad. La idea dominante en los EE. UU. en este aspecto señala a todo sospechoso como elemento peligroso para la seguridad nacional. Aun cuando políticamente no esté desviado ni sea en modo alguno espía, es presa fácil de los sistemas de chantaje comunistas.

La posibilidad de un gran escándalo difundiendo su debilidad les obliga, aun en contra de su voluntad, a acceder a las insinuaciones del comunismo internacional.

—¡Nosotros somos legión! Afirmaba un importante personaje. En Francia, por ejemplo,

—Nosotros decimos muy gustosos: juego de algunos intelectuales, artistas, músicos. Pero allí donde se realizan estudios serios se percibe que ellos son un pueblo.

En los Estados Unidos los más conocidos que meditados («informes Kinsey») revelan que más de un tercio de la población masculina ha tenido una experiencia homosexual, llevada hasta la consumación, durante su adolescencia.

Lo que todavía no se ha reflejado en estadísticas, lo que no se ha medido de los efectos de esta «hermandad» mundial, ha sido la de éstos sirven a la internacional penetración comunista ni cuántos mentira de un mundo marxista siempre al lado de la traición.



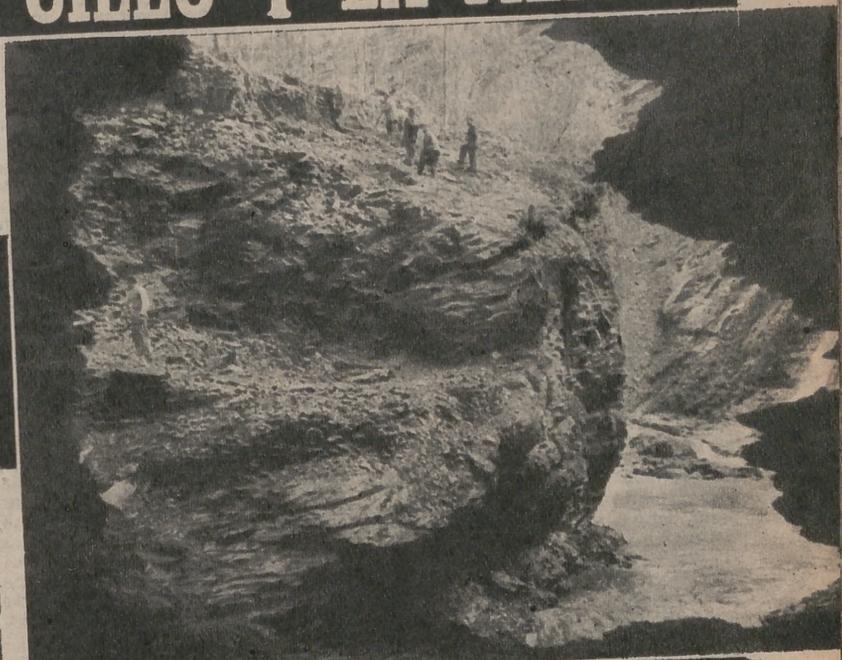
Otto John cuando se hallaba al frente del contraespionaje de Alemania Occidental

ENTRE EL CIELO Y LA TIERRA

LA ALPUJARRA Y SUS PUEBLOS

UN ESCENARIO GRANDIOSO DE EXUBERANTE NATURALEZA

El Poqueira, uno de los despeñaderos más profundos de la geografía española



En la Alpujarra hay parajes encantados, rocas y oquedades donde parece morar lo misterioso

Es la hora de las manadas de cabras. Cabras grises y negras, barbilargas y dóciles se paran ante las puertas. En cada esquina, las humeantes pailas donde se doran las churros y buñuelos. Los orjivenses se disponen a desayunar. Conforme me prometieron, vienen a recogerme para emprender el viaje hacia las breñas y los desfiladeros. Como hoy es día de pago, va en este coche de Agromán el pagador, Pepe Martín, con una gran caja de madera que porta los jornales de los obreros que trabajan en las alturas de La Cebadilla y Poqueira. Por una ventana abierta se oye, al pasar, las palabras del matutino diario hablado. A continuación, la emisora ha debido poner un disco, pues se escucha una melodía conocidísima:

«Arrivederel, Roma...»

Por una asociación de ideas pienso que en este preciso momento es como si yo también dijese adiós o hasta luego a muchas cosas. Mi acompañante me ha preguntado: «Bajará usted luego, cuando bajemos nosotros?» «No, no; me quedaré allá arriba»—le he contestado. Y no sé por cuánto tiempo, pues ya desde los pueblos asentados sobre las cumbres debo de ir cruzando los intrincados caminos de La Alpujarra.

Dejamos atrás Cerro Negro. Orjiva se va quedando difuminada entre olivos. Sobre un tajo, una encina solitaria. A este tajo, no sé por qué se llama el tajo de don Luis. La carretera se va haciendo inverosímilmente estrecha. A lo lejos se percibe un grupo de gente. Cuando nos vamos acercando el chófer aclara: «¡Ah! es que van a la ermita del Padre Eterno. Hoy debe de haber romería.» Pasamos ante la ermita. Mujeres y hombres rezan de rodillas en la puerta. Una romería aquí no es jolgorio, sino devoción. Seguimos avanzando. Entramos ahora en una zona donde la tierra es negra



Sobre los montes se realiza el trabajo de los nuevos aprovechamientos hidroeléctricos

y brillante. Y unos letreros indicadores: «Minas de Nuestra Señora de Fátima».

—Son minas de hierro de reciente explotación—aclara Martín. Más adelante: un polvorín de la empresa. La dinamita es aquí necesaria para romper las sierras. Los guardias del polvorín vienen hacia el coche y nos detenemos. —¡Hola, muchachos!—dice el pagador.

—Dios le guarde y a la compañía—contestan ellos.

—Tomad, aquí tenéis vuestras pagas. En estos otros sobres los puntos.

Son hombres de la tierra. Labriegos que cuando no tienen que trabajar en sus bancales hacen servicios en este gran engranaje de trabajo que con el montaje de

las dos centrales eléctricas de Pampaneira y Poqueira se ha suscitado por toda esta zona de La Alpujarra. Aparte de sus técnicos y obreros especializados la empresa constructora de las centrales emplea a los alpujarreños que son excelentes trabajadores.

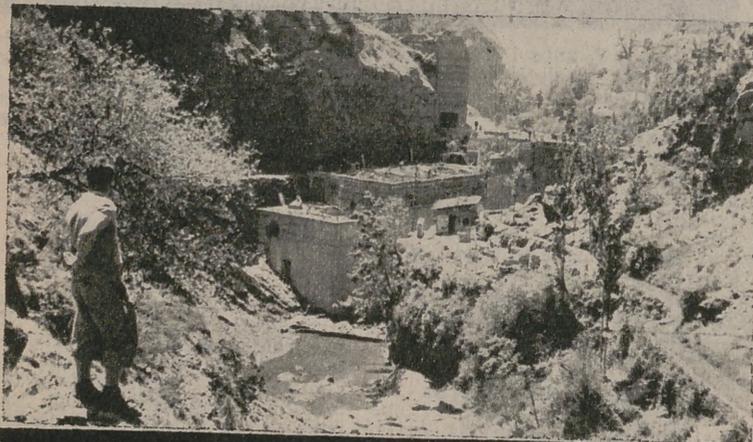
CARRETERAS DONDE LOS HOMBRES SE JUEGAN LA VIDA

El coche marcha ya por entre fragosidades impresionantes. En un picacho ha surgido, recortándose en el cielo, la silueta de una cabra montés. Permanece un momento en elegante quietud. Después en un enorme salto desaparece. Dios sabe a qué riesgo habrá ido a parar. No solamente hay en

Gredos y Tortosa y en el puerto de Becete «capras hispánicas», sino que en estas tierras existen también ejemplares magníficos. Los naturales de aquí les llaman las monteses. A un lado del coche está la roca desnuda, como en carne viva de siglos, al otro lado los tajos. Cambia el paisaje de improviso. Ahora se hace de una tremenda vegetación. No hay un palmo que no sea verde. La tierra no se ve. Este es uno de los contrastes de La Alpujarra. Se pasa de las calvas de las sierras peladas en la que no hay vestigio de vida a la más completa floración. Es que estamos entrando en el famoso barranco de Poqueira, uno de los despeñaderos más profundos de España. Todo es tan grandioso que el alma parece quedarse en suspenso admirando la exuberante naturaleza. Árboles milenarios de enormes y añejos troncos. En el suelo crecen enmarañadas carrascas gigantes y toda clase de jaras. El coche sube y sube siempre. Vamos ascendiendo por una de las carreteras más altas. Más alta que ésta, la de aquí cerca del Veleta, en Sierra Nevada, y algo más baja la del Haza del Lino, en la también alpujarreña Contraviesa. Desde luego, unas y otras aseguran que se pueden comparar a la que cruza el Gran San Bernardo. Pero la del Veleta es una carretera para deportistas, una carretera para subir de cuando en cuando los autocares de esquíadores, pero ésta es diferente, aquí al final de ella hay vida. En lo alto hay tres pueblos con su comercio, con sus gentes, con sus problemas y la carretera la tienen que utilizar constantemente. Esta carretera está materialmente colgada sobre este colosal barranco de Poqueira. Yo les diría a los que gustan de las emociones fuertes que vinieran aquí. No solamente la carretera va bordeando el abismo, sino que no hay espacio para otro coche. Uno que viniera en sentido inverso no podría pasar de ninguna manera. A un lado el abismo al otro las paredes de la Sierra. Por eso el claxon suena insistentemente porque las vueltas se suceden ceñidas, apretadas a la roca, y en cada una puede estar esperando la muerte.

EN SILENCIO Y CON EL ALMA EN VILO

¿Cómo pasarán por aquí los autocares y los camiones de carga? Y una piensa con admiración en



La central eléctrica de Pampaneira, situada entre el abrupto paisaje alpujarreño

los conductores de la empresa Alsina Graells que tienen que pasar por aquí a diario. Estos hombres se juegan la vida cada día. El que pasa por primera vez por aquí como la cronista en esta mañana, siente que lleva el alma en vilo. Y el miedo, ese miedo instintivo a perecer que siente la pobre naturaleza humana, se hace rictus apretado en las comisuras de la boca. Es increíble que uno no se despeñe en cualquier saliente. Como por un acuerdo tácito hemos dejado de hablar. Yo no podría pronunciar una sola palabra en tanto no salvemos este precipicio que se alarga hasta en kilómetros. Parece que nunca vamos a salir de él. Al fin los labios apretados tanto tiempo se abren en un suspiro de alivio. Es que hay una desviación y hemos tomado por ella. Y se respira hondo, profundamente. El coche se para. Una edificación enorme entre breñales. Hombres con monos y chaquetas de cuero. Estamos en la Central de Pampaneira. ¡Qué raro! Al poner los pies en tierra he sentido como sensación de ingravidad. Luz para gran parte de Andalucía se produce aquí con esta potencia de 16.000 K. V. A. Con la Central de Poqueira que se inaugurará en período de ensayo a primeros de enero de 1957 se suministrará luz hasta a Cádiz. Esta última central tendrá 13.000 K. V. A. Las obras de estas dos centrales han costado 400 millones.

Aquí en este central de Pampaneira se nos agrega uno de los oficiales técnicos constructores de Agromán, Alfonso Ramos.

—¿Van a La Cebadilla?

—Sí.

El caso de Ramos es curioso y es también el mismo caso de muchos de los oficiales de la empresa. Entran de aprendices procedentes del Frente de Juventudes y aquí los forman y les dan toda clase de estudios hasta hacerles consumados técnicos de la construcción. Tanto como aparejadores o casi ayudantes de ingenieros. De la Central pasamos a otra desviación de la carretera. Salimos a una explanada donde brigadas de obreros trabajan para la colocación de una tubería reforzada de varios kilómetros de longitud y que va materialmente incrustada en rocas y atravesando caminos de monte. Aquí también bajamos. Nuestra llegada sirve como si echaran un cigarro. La curiosidad ha paralizado el trabajo. Esta explanada está circundada de cerros. Es como si se hubiera abierto un

circulo entre montañas. En una de éstas se alzan al cielo uno agudos picachos que asemejan formas humanas. Un viejo trabajador me explica:

—Esas son «Las Peñas del Ángel».

—¿Tienen alguna leyenda?

—¡Ya lo creo! Son milagros de cuando Dios andaba por el mundo.

—¿De quiénes oyeron estas cosas?

—Eso viene de padres a hijos.

¿Sabe usted?

Y claro que sé. Sé que aquí en estas alturas las cosas todas están impregnadas de lo sobrenatural. Sé que el aire es más límpido que allá abajo. Sé que la gente de aquí tiene una nobleza primitiva y maravillosa.

AGUA POR TODAS PARTES. Y CASAS CUBIERTAS DE LAUNA

El barranco no se ha terminado. El temible Poqueira, que toma el nombre del río Poqueira o río de Capileira, sigue mostrando sus enormes fauces. Hemos salido otra vez a la carretera y el coche sigue marchando por el lado del abismo. Pasamos por el pueblo de Pampaneira asomado sobre el barranco. Terrados de launa materialmente cubiertos de maíz desgranado puesto a secar. Todas las casas de La Alpujarra están cubiertas de esta tierra impermeable que las defiende de la lluvia y de la nieve. Pero la launa queda tan lisa que es mucho mejor andar por ella que por las calles pendientes de los pueblos. Y así, los muchachos y muchachas pasean en los terrados, pelan la pava los novios, se baila también a veces y el ganado lanar anda tranquilamente por ellos. No hay divisiones entre casa y casa y, en resumen, por los tejados de la Alpujarra se puede andar todo un pueblo sin pisar las calles. Y aquí en Pampaneira es donde primera vez los veo. En este pueblo que es el que está más bajo de los tres que se llaman «los pueblos del barranco» están los modernos poblados que ha levantado Agromán para el personal que permanentemente ha estado durante varios años construyendo las centrales y abriendo hasta caminos para poder subir el material a puntos altísimos.

—Esa es la casa de nuestro ingeniero jefe, don Santiago García de Vinuesa—me explica Ramos.

Después de Pampaneira está Bubión y después Capileira. Tres pueblos escalonados y cuatro nombres gallegos incluyendo el Poqueira. Pero esto ya lo aclararé en cualquier lugar de estos trabajos y contaré la ascendencia gallega de estas tierras. Ahora transcribiré un cantarillo gracioso que une a los tres pueblos:

«En Pampaneira está el tronco y en Bubión está el rosal, y en Capileira la rosa con la que me he de casar.»

Por aquí ya encontramos también el agua en fabuloso derroche. El agua se despeña de las sierras. Los ríos discurren entre ríscos y lascas. Un refrán de estas gentes dice: «En La Alpujarra todo va por su camino menos el agua...».

Y es verdad. Causa sorpresa grandísima verla caer en torrentes. En otros lados baja en cascadas ruidosas por entre yedras



A un lado, el monte; a otro, precipicios



La caballería es aquí siempre necesaria



Capileira, un pueblo a 1.426 metros de altura

extrañas y chorreantes. Este agua es un caudal para el campesino alpujarreño. Una bendición de Dios para sus bancales y «paratas», como llaman aquí a las pequeñas propiedades. Porque aquí todo el mundo es propietario. Todo el mundo tiene en la tierra su vida y su sustento. La Naturaleza, pródiga, no ha regateado nada a estos hombres que están literalmente entre el cielo y la tierra baja.

EL HOMBRE Y EL JUMENTO

Al llegar a un sitio que se llama El Empalme, la carretera es todavía más pendiente, pero es más ancha. Se deja, pues, de experimentar la angustia del abismo. Y, en cambio, tiene una ya, libre del pánico, el sentido del oído despierto para darse cuenta del silencio profundo, absoluto, que reina aquí. Es la paz augusta de La Alpujarra. Todo es de tan grandiosas dimensiones, que no puede haber eco alguno. Los ruidos es pierden en oquedades y alturas. Los castaños gigantes que trepan por todas partes parece que acolchan con sus copas el ambiente. No se percibe nada. Es una tierra sin ruidos, una tierra fantasmal, sin voz y con sólo formas. Estoy definiendo así en mi pensamiento este paisaje, tan distante en su quietud de las ciudades vertiginosas, cuando uno de mis acompañantes me dice:

—Mire usted allí. Hoy lo encontrará increíble, pero cuando ya conozca esto más, le parecerá natural.

Y miro hacia el punto que me señala. Por la proximidad de los pueblos se empieza a ver gente. Están sobre los tajos del barranco. Completamente verticales se ven los cultivos, alfombrando en toda la gama de los verdes estos declives fantásticos. Y allí están

ellos: los alpujarreños. Duros como el acero, obstinados en vencer las breñas, insobornables al cansancio físico, sufriendo nieves, soles, vientos huracanados. El campesino de esta comarca es el que más tiene que luchar con los elementos porque su vida es de cara a una intemperie extrema, da siempre. Donde ningún labriego de otras regiones hubieran pensado sembrar, ellos han sembrado. Porque no tienen otro remedio. Porque aquí no hay llanos, sino sólo montañas y hay que conquistarlas, vencerlas y domarlas por hombría, pero, naturalmente, sufriendo. Por eso, también dice el refrán de por aquí:

«Si quieres a tu vecino mal, dale en La Alpujarra un bancale»

Mirando estos bancales causa piasmo pensar que un hombre pueda trabajar en ellos. Pero más piasmo causa todavía el verlos bajar o subir con sus acémilas cargadas.

La caballería es aquí imprescindible. Los hombres y las bestias tienen que ser inseparables. Jumentos grises, casi blancos, mulas de fortaleza y hasta caballos de buena estampa se empiezan a ver ya por todas partes. Es el aliado de estos hombres de los pueblos de las cumbres en su trabajo diario del campo, pues allí donde al hombre le es difícil sostener el equilibrio, las caballerías afianzan sus herraduras.

GITANOS TRABAJADORES

Cuando al fin coronamos la altura de La Cebadilla, a 1.510 metros, parece que se respira con dificultad.

—Si ahora volviésemos a Orjiva vería usted cómo se encontraba completamente sorda por efecto de la presión. A nosotros siempre nos ocurre al subir hasta aquí y volver a bajar—dice el ingenie-

ro de la Compañía Sevillana, don Luis González.

Aquí están también los técnicos de esta Compañía, porque se están dando los últimos toques de montaje a esta central del Poqueira que está instalada en La Cebadilla. Hoy se espera también que suba el ingeniero jefe de esta central y de la de Pampaneira, don Antonio Martín Muñoz. Hablan ingenieros y ayudantes de «punto fijo», de «cámara de carga» de este salto que tiene 585 metros. Los dos alternadores que lleva son de fabricación nacional, construidos por la General Eléctrica. Para último de año se instalará aquí el alternador más grande de España. Subimos un poco más.

Ahora estamos precisamente en la cota 1.527.

Por un plano inclinado se sube hasta Loma Púa y el Peñón del Fraile y el tajo de Pelines, a 2.100 metros, y a 2.150 la Fuente de la Raja, pues hasta aquí llegan las obras hidroeléctricas. Detrás, sobrepasando los 3.000 metros, el picayo del Veleta, las moles cercanas una de otra de la Alcazaba y del grandioso Mulhacén dominando el espacio. El río Horcajo y los parajes de Valdeinferno, y entre todo esto, ventisqueros y nieves perpetuas.

Cuando visitamos por dentro la central, el ayudante de la Sevillana, Francisco Lamonda, me señala un muchacho esbelto y cetrino. Es un gitano y un excelente trabajador. El padre, Miguel Cortez, lo mismo, y los dos están empleados aquí.

De Miguel Cortez se cuenta la siguiente anécdota:

El era calderero, y cuando empezaron las construcciones se le ofreció que viniera al tajo del trabajo. Lo aceptó. Y estaba contento e ilusionado. Una noche se

presentó a las cuatro de la madrugada al capataz.

—¿Qué pasa hoy que amanece tan tarde?—pregunto.

—Pero, hombre, si son las cuatro. ¿Cómo vienes a estas horas?

—Pues... mire usted. Ya me extrañaba a mí que estuviera tan oscuro, pero como mi muchacho pequeño me pidió agua, pues me levanté y me vine; como a uno le gusta ser cumplidor...

—Pero ¿y qué tiene que ver que tu hijo te pidiera agua?

—Pues que como no tengo reloj, él es mi despertador. Siempre le da sed a la misma hora. Hoy se ha desnivelado.

Se reía el capataz de buena gana. Cuando el gitano, dándose un golpe en la frente, dijo:

—Ya calgo por qué ha pedido agua antes. Es que anoche comimos sardinas arenques...

«SI QUEREIS JUSTICIA VENID AHORA...»

Quando bajamos camino de Capileira siento los oídos zumbándome y una sensación de hormigueo en la cabeza. Como si todo mi cerebro se durmiera. Debo de haber palidecido, porque me dicen:

—No se preocupe. Es el cambio de presión. Lo que le dijimos antes.

Y eso que Capileira está también colgada a 1.446 metros.

Antes de llegar al pueblo, por un ramal de carretera en construcción, un hombre grueso y de mediana edad saluda afectuosamente al pasar el coche. Todos mis acompañantes le contestan de la misma forma.

—Es el Alcalde del pueblo de Pitres que es capataz de esta carretera—me explican.

Este Alcalde trabaja aquí, pero otros de esta comarca labran su propia tierra, sin dejar por ello de llevar con empaque y compostura de hidalgos la vara de la autoridad. En estos alcaldes sencillos se cumple aquello de un alcalde rural de hace siglos que decía a sus convecinos: «Si queréis justicia, venid ahora, que después me voy a labrar...»

La entrada de Capileira es anchurosa y forma como una plaza. En ella, casas blanquísimas en curiosos desniveles. Una taberna muy grande y a la derecha de esta taberna un bonito chalet que dice «Casa del Médico». Es una de las tantas casas para médi-

cos que el Patronato de Santa Adela acaba de construir por toda la provincia. En esta explanada de entrada, departiendo amigablemente con algunos campesinos, con la llaneza de los grandes señores, está don Diego Castilla. Don Diego es médico, pero por su ancianidad ya no ejerce. Aquí tiene sus posesiones y de aquí es él y aquí nacieron sus hijos. Uno de los hijos del señor Castilla es eminente cardiólogo en Granada, otro teniente coronel del Ejército, y el otro, don Ramón Castilla, Gobernador Civil de Almería.

TECHOS DE CANIZOS DONDE PUEDEN ANIDAR REPTILES

Aquí la fonda es la casa del Alcalde, Francisco Robles. Pepe Martín me lleva hasta ella porque dice que tiene muy buena amistad con esta familia.

Vamos por calles inundadas de una luz blanquísima que hiere la vista. Es la luz de Capileira. Una luz incomparable. Dicen que aquí para hacer fotografías hay que abrir bien el diafragma y a pesar de ello se quemaba a veces la película de esta claridad deslumbrante. Cuando llegamos, Martín llama:

—Señora alcaldesa, señora alcaldesa.

La alcaldesa viene y me besa. Es la costumbre y el saludo. Las alpujarreñas no se besan entre sí si se encuentran o si van de visitas, pero sí besan a la forastera que llega a un pueblo o que entra por primera vez en una casa. Después me dice:

—Ya hemos comido. Pero volveré a encender la lumbre. Y le «gobernaré» algo para comer. ¿Qué quiere usted? Se lo haré yo misma. No tengo moza estos días y mis hijas están en el campo trabajando con su padre.

Y a mí me dió apuro molestarla y le mentí:

—No, no señora. Muchas gracias. He comido ya.

Y la verdad era que me moría de hambre. Eran las tres de la tarde y había viajado toda la mañana. Pero la cortesía obligaba. Como además estaba muy cansada, opté por acostarme un rato:

—¿Quiere usted despertarme a las cuatro?

—Ya lo creo. Y verá como encuentra buena la cama. Las he

puesto nuevas ahora hace muy poco.

La cama era buena, pero, ¡el techo! Los terrados de launa por dentro de las casas están hechos de cañizos y especies de losas que son como piedras lisas puestas no sé cómo. Entre piedra y piedra quedan grandes huecos. Y en esos huecos imagino que deben albergarse toda clase de reptiles por la proximidad del campo y de las tierras. Y de miedo no puedo conciliar el sueño. Cuando voy a cerrar los ojos el más pequeño ruido me hace abrirlos creyendo que va a caer encima de mí una víbora o un lagarto. Y eso que es de día. Y me horroizo pensando en la noche. ¡Dios mío, cómo podré dormir hasta que me acostumbre a estos techos!

SETENTA Y DOS AÑOS Y OCHO O DIEZ CAFES AL DIA

Quando me levanto, la alcaldesa está pesando con una romana grandes cestos de peros. Pesa meticulosamente mientras le dice a una muchacha anclenquilla que debe de ser la vendedora:

—Las cosas como deben de ser y en razón. A cada uno lo suyo. Aquí falta un poco para la arroba, así que quiere decir que tú me traes ahora tres peros más.

Se exportan a Cataluña principalmente. Esta es una de las riquezas además de las judías y de sus cerdos de Capileira. No son peros ni manzanas. Sino peros, peros de La Alpujarra, grandes, colorados, dulces, riquísimos que se crían por todas partes de esta tierra. Los que se consumen aquí los echan en el suelo de una habitación y así se les conservan todo el invierno. La alcaldesa me ofrece uno diciéndome:

—Va usted a probar lo que nunca ha probado.

Y, efectivamente, jamás he comido una fruta de esta clase tan jugosa ni de tan exquisito sabor. Luego le pido agua. Y un vaso de agua aquí es un placer. El agua de estas sierras altas es un placer beberla y un placer contemplarla en el vaso. Un vaso de agua aquí es como un brillante. Transparente clarísimo. Hay que verlo para saber apreciar que en ninguna parte ni con el más refinado cristal resulta como aquí. La Alpujarra es diferente en todo. Hasta en la manera de hablar como ya dije en mi primer reportaje de este recorrido. Aquí en Capileira esta anomalía se hace más patente. Se habla un castellano perfecto, impecable.

Entra don Fernando Soler, padre de la alcaldesa, menudo, nervoso. Habla también correctamente. Se sienta y la vista de los peros le hace decirme:

—¿Sabe usted? Ningún año en Navidad le falta un cesto de peros a don Natalio Rivas. Era una costumbre de mi padre y cuando él murió yo seguí haciendo igual.

—Pero don Natalio es de la Alpujarra Baja, de allá lejos, de Albuñol...—le arguyo.

—Pero de una a otra parte se le conoce. Todos le queremos como de la familia y él a nosotros.



La fuente de la Teja naciendo en la Sierra. Una fuerza que ya no se perderá

Siempre hemos estado orgullosos de él todos los alpujarreños.

Don Fernando decide acompañarme a ver a don Enrique y a Daniel, como aquí llaman a dos suecos que han comprado el cortijo de «La Suerte», hace muy poco. Cuando pasamos por el bar, don Fernando propone:

—Va usted a tomar café del que hacemos aquí. Para que vea cómo vivimos en estos pueblos. Buen café, como no se toma en la capital y, además, nos gastamos buenos cuartos en tomarlo muy a menudo. Y en Trevélez, no digamos. Allí son borrachos de café.

Tomamos el café y después yo me abismo en charla con la tabernera. Le pregunto cómo puede dar de tapa con los chatos de vino que sirve a sus clientes un trozo tan grande de longaniza.

—Ya ve... Como tenemos por todos estos pueblos tantos cerdos, pues está la magra barata.

Cuando termino de hablar, don Fernando pide otros cafés. Yo rehúso. Pero él se lo toma tan tranquilo y cuando me asombro se ríe.

—¡Bah! Si esto no es nada. Yo tomo todos los días de ocho a diez cafés. Depende de los amigos que bajen de los cortijos. Con cada uno un rato de charla y un café.

—¿Y qué edad tiene usted?

—Pues setenta y dos años.

VIVIMOS AL BUEN FIN Y EN LA LEY DE DIOS

No hay ruidos tampoco en Capileira. Silencio como en las agrestes cercanías. De este paisaje único y de este silencio es de lo que se han enamorado, sin duda, los súbditos suecos Erik Munters y Dan Grenholm, don Enrique y Daniel para esta sencilla gente: don Enrique porque es más serio; Daniel simplemente, porque alterna con todo el mundo, quiere aprender las costumbres pintorescas y toca ya muy bien la guitarra. Tan bien que en uno de sus frecuentes viajes, tomó en Siena un curso de guitarra con Andrés Segovia. Y todo por amor a España y a esta tierra incomparable. Primero vino Munters, que es pintor, y cuando fué a su país contó a su amigo el rincón montañoso y bellissimo que había descubierto y cómo sus habitantes trataban al forastero como un hermano. Vino también Grenholm y ya no supo marcharse. Aprendió a cantar, aprendió a tocar la guitarra y se pasaba las horas muertas apuntando el costumbrismo mientras su amigo pintaba el paisaje.

Ahora van todos los años a Suecia, pero vuelven. Han comprado la tierra de «La Suerte» y en ella están edificando una casa de campo. La gente de aquí se desvive por servirlos y dicen de ellos:

—Son dos caballeros completos. El cura es también un buen amigo de los extranjeros.

Cuando yo voy a verlos me detengo a hablar con los albañiles que trabajan en la casa. Me han dicho que aquí es costumbre trabajar de sol a sol. Y les pregunto que por qué siguen haciendo eso.

—Pues... ya ve usted. Porque estamos muy «antiguísimos»...

Otro interrumpe:

—No, no; lo que pasa es que vivimos al buen fin y en la Ley de Dios. Cada uno debe de rendir lo suyo. Y no como dicen que ocurre en las capitales, que el trabajador se aprovecha y escurre el bulto. Eso no es razón; al que paga se le debe servir bien.

Un jovencuelo me pregunta de pronto:

—Oiga, usted. ¿Es verdad que Granada es como un cortijo, comparado con Madrid?

—¡Hombre! ¡Qué ocurrencia! ¿Cómo va a ver esa diferencia? ¿Usted conoce Granada?

—Yo no. Yo no he salido nunca de aquí.

—Ni falta que te hace. Aquí vivimos en la gloria. Aire, sano, comida sana y de todo. Y el «panorama» tan precioso. Dice la gente que viene que estas vistas no las hay por ahí. Se ve hasta la tierra del moro. Súbase usted aquí arriba y verá—me dice un viejo.

Y cuando me subo en unos trancos del cerro donde se está edificando la casa de «La Suerte» se siente la emoción de lo imprevisible. A pesar de la lejanía, por la altura en que está enclavada Capileira, se ve el mar y al fondo tierra de África.

EL TAJO DEL DIABLO

En los insolubles problemas hay que exprimir el ingenio. Eso han hecho los campesinos alpujarreños. Tenían que aventar el trigo y no disponían ni de un palmo de tierra llana para hacerlo. No podía haber eras, y las hubo. Eran fabricadas de piedras, plazoletas edificadas rampando el abismo. Me lo contaron y quise verlas, y estando sobre ellas sentí vértigo, hasta llenármese de pequeñas gotas de sudor de angustia la frente. ¡Si aquello se desmoronara de improviso! Estas eras se hacen con piedras y argamasa en las mismas cuevas de los barrancos. Se van poniendo piedras y ensanchando la circunferencia a medida que se va subiendo. Se sube así unos veinte metros apoyándose en el cerro. Abajo queda en forma de cono y arriba una era perfecta, pero inestable, creo yo, a las inclemencias del tiempo. En fin, esto no se puede describir; hay que verlo. A mí me flaqueaban las piernas andando por estas eras, y más cuando dos mozaibetes que allí había se pusieron a describirme con gráficos saltos lo que le ocurrió al diablo. Me parecía que al saltar ellos se iba a desbaratar aquella construcción e íbamos a ir todos abajo.

Los muchachos habían convencidísimos. Aquí, la imaginación de los alpujarreños le ha quitado su inmortalidad al diablo y le ha hecho perecer en un barranco que se llama el Tajo del Diablo. Dicen que como el Tajo era tan hondo y alto, el diablo fué a saltar y no pudo, y se cayó al fondo.

—Y ¡zas! Allí se estrelló. Ni con sus alas pudo cruzarlo—cuentan muy convencidos los muchachos.

La noche empieza a caer lentamente. Va a ser mi primera noche en estos pueblos altos. Hace un rato, el cura, don Serafín Sabio, me dijo:

—Rezo el Rosario a las diez, porque así les da tiempo a la gen-



En las faldas del Veleta van a comenzarse importantes obras



Las obras llegan hasta la Loma Pira, cerca de los 2.000 metros de altitud

te a venir del campo y a cenar. Después, cuando termina el rezo, los mozos y las mozas juegan delante de la iglesia, en la plaza, a «los remerinos». Es una cosa preciosa y muy pintoresca. No deje de ir.

¿Cómo será la noche aquí, donde todo es tan grandioso y distinto? Ya lo veré. Y también veré el juego de las mozas y los mozos. Lo más sencillo aquí es un poema.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial)

AZOR



*Compruebe
la calidad exquisita
del*

BRANDY VIEJO

VETERANO

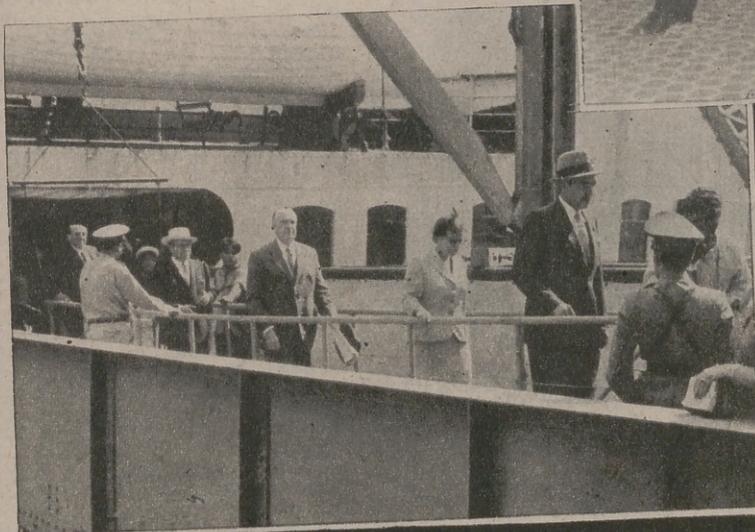
OSBORNE

EL CONDE DE VALLELLANO

CUARENTA Y DOS AÑOS EN EL CONSEJO DE ESTADO

EL PLAN DE OBRAS HIDRAULICAS EN LA ETAPA FINAL

Horas libres en la jornada del Ministro: cero



El conde de Vallellano desembarca del «Marqués de Comillas» en el puerto de La Guaira, durante su última visita a Venezuela

ACABA de abrirse la puerta del despacho del Ministro de Obras Públicas: un amplio salón de grandes ventanales que da a la ruidosa glorieta de Atocha, siempre atosigada de camiones, turismos y tranvías.

Al fondo tras la mesa de trabajo, el conde de Vallellano. —¡Adelante! ¡Adelante! Acérquese usted.

El espacio a cruzar hasta la mesa del Ministro aparece como un inmenso pasillo. Impone un poco caminar aislado durante tanto tiempo y en un tramo casi desnudo: gruesa alfombra, un tresillo a mano izquierda y a la derecha una larga mesa. En el extremo, tras otra mesa, el Ministro. Pero su voz ha sonado afectuosa y familiar.

—Acérquese usted—dice, mien-

tras se levanta y sale a mi encuentro—. Tenemos buen día ¿eh?

Al llegar estaba sentado, con las gafas puestas, leyendo unos papeles. Ha dejado sus gafas y ahora le tengo aquí, al lado.

—Sí, señor. Un buen día. Aquí parece que el sol da desde muy temprano.

—Pues sí, está bien orientado el despacho. Pero, siéntese. Siéntese y charlaremos mejor.

La figura del conde es sobradamente conocida. Alto siempre joven, pulcro, elegante y de una amabilidad y llaneza extraordinarias.

—Así que ahora, me tiene usted a su disposición.

—Muchas gracias. Estos días, la atención se ha centrado muy especialmente sobre su persona



El Ministro de Obras Públicas inaugura un nuevo paso subterráneo para comunicar los ferrocarriles que pasan bajo la plaza de Cataluña en Barcelona

con motivo de haber sido jubilado como letrado del Consejo de Estado.

En efecto, así es sin que se me alcance que un hecho tan corriente y repetido que se da todos los días en la Administración y en la vida pública española haya producido tanto interés y los afectuosos comentarios que vivamente agradezco. Sin duda, las buenas condiciones de salud, que tanto tengo que agradecer a Dios, y la actividad que impone el cargo que desempeño, hayan sido los motivos determinantes de ello.

A los veintisiete años ganó las oposiciones de oficial letrado del Consejo del Estado.

—En este organismo he permanecido desde 1914 hasta 1945 en que fui nombrado consejero permanente del más alto Cuerpo Consultivo de la nación. Como usted ve un buen número de años en los que he despachado no cientos, sino miles de expedientes en las secciones de Gobernación, Justicia, Educación Nacional, Ejército y Obras Públicas, y que han constituido para los cargos públicos que fuera del Consejo de Estado he desempeñado, utilísima e insuperable preparación y aleccionamiento.

—¿Qué ha sido para usted el paso por el Consejo?

—Como acabo de decirle el



«Los accesos a las grandes ciudades ha sido una de mis preocupaciones para anticiparme a las exigencias y a la enorme cantidad de tráfico que es característico en las modernas poblaciones, y, en general, estoy satisfecho de lo logrado.»

compendio de gran parte de mis actividades administrativas. Ello permitió que tanto en la Dirección General de Primera Enseñanza, que desempeñé en 1922, como en el Consejo de Educación Nacional, así como en la Alcaldía de Madrid, años más tarde, y en fin, en cuantos cargos obtuve después, tuvieron una fase que insustituibles aprendizaje y de feliz recuerdo y de amor a los mismos. Ya que no en aquella carrera que se elige en los tiempos juveniles se tienen puestas todas las ilusiones. Y cuando en 1914 pasé del Cuerpo de Letrados de Gracia y Justicia al del Consejo del Estado, me hallé ante una de las etapas más felices de mi vida. Por eso, el sentimiento natural que produce el apartamiento, se ve paliado con la seguridad de que ese abandono no es definitivo, ya que mi cargo de consejero permanente de Estado, donde no existe límite de edad, me permitirá, Dios mediante, el día que cese en el Ministerio de Obras Públicas volverme a ocupar de los temas que han constituido la actividad de gran parte de mi vida.

DESDE EL 20 DE JULIO DE 1951, MINISTRO DE OBRAS PÚBLICAS

La extraordinaria juventud del

conde posee una sólida base física ya que, como ha dicho alguna vez, en sus años mozos practicó los tres deportes del casallero: equitación, esgrima y caza, o más certidamente en este caso, cetrería. Por otro lado, la constante actividad mental y física a que está sometido por su trabajo ministerial son prueba palpable que la lozanía persiste.

—Señor Ministro, la capacidad reconocida a lo largo de una etapa de trabajo unida a la experiencia y al aumento de la edad vital de hombre; ¿no cree que hacen necesaria una reforma de la legislación vigente sobre jubilaciones?

—El tema que no me corresponde abordarlo ni darle a usted, por otra parte, respuesta que pudiera parecer interesada. Siempre he creído que la edad de los hombres ni en sus límites mínimos ni máximos debe ser obstáculo para nada porque, además, no debe contarse, en cada caso, sino con la edad que cada cual pueda demostrar.

—Actualmente, además del Ministerio de Obras Públicas ¿desempeña algún otro cargo?

—No habría tiempo material, y por mi parte, me anticipé a la ley de incompatibilidades dictada por el Gobierno para renunciar a todos los que ejercía. Y

desde el 20 de julio de 1951 en que tomé posesión del cargo de Ministro de Obras Públicas, no soy más que eso, y le aseguro que ya es bastante.

UNA LABOR QUE TRANSFORMA LA FISONOMIA DE ESPAÑA

Hace más de dos años que el conde de Vallellano expuso la fecunda obra del Ministerio que regenta en estas mismas columnas de EL ESPAÑOL. Desde entonces, la cadena de realizaciones no se ha interrumpido un sólo momento.

—Dentro de las diversas especialidades que abarca su Departamento ¿existe alguna que considere primordial sobre las otras?

—La simple enunciación de las cuatro Direcciones generales, con la Subsecretaría demuestran la importancia de las materias a mi cargo. Tan importantes son los asuntos de la Dirección General de Carreteras como los de la de Ferrocarriles y los de Puertos como los de Obras Hidráulicas. Así, pues, todas por igual merecen mi atención. Como más rápidamente remuneradores deben considerarse, a mi juicio, las grandes obras hidráulicas que lleva a cabo el Ministerio para los aprovechamientos hidroeléctricos y para los grandes regadíos que están transformando la fisonomía de España. Como más empujada por las evoluciones que los medios modernos de transporte imprimen a la vida moderna pueden considerarse los de carreteras y los de ferrocarriles, y por la posición geográfica de la Península de España los de puertos tienen una trascendencia considerable.

—¿Podría adelantarme cuáles serán las más inmediatas realizaciones de interés tanto en lo que se refiere a regadíos como a energía eléctrica?

—El desarrollo del plan de grandes obras hidráulicas queda, puede decirse, terminado con los grandes pantanos subastados o en vías de construcción. Dentro de cinco años habrá que hacer un examen que pudiéramos llamar exhaustivo para buscar los de segunda o tercera categoría o importancia porque, con la construcción, como le digo, de los actuales y con la terminación de los de Iznajar y Contreras, pongo por caso y ejemplo, ya no quedará sino la ordenación sistemática y científica de los afluentes de los grandes ríos en un estudio que será altamente interesante. Todo ello sin contar con las fundadas esperanzas de la energía atómica, que es otro factor en este aspecto de la evolución moderna con el que hay que contar nos tenga también preparados.

EXCELENTE BALANCE EN EL PLAN DE MODERNIZACIÓN DE CARRETERAS

Uno de los elementos más importantes y fundamentales de la vida moderna es el transporte. El conde de Vallellano ha encarrilado la conversación hacia este campo, donde todo tiene interés. La pasión rezuma de sus palabras.

—Es una de las preocupaciones obsesionantes con que luchan los

Estados. Hoy su modernidad hace que todos los sistemas del mismo se queden atrasados. Por eso, a veces, como en el caso de España, ocurre que lo que parece un inconveniente pueda constituir una ventaja saltando de unos a otros sin escalas intermedias o peso muerto. Es el mismo fenómeno que ha permitido en muchas ciudades españolas pasar del candil a la luz eléctrica. Y en el orden de los transportes nos ocurre, por lo que a ferrocarriles, automóviles y aviones concierne, algo parecido.

—¿Qué política ha seguido con respecto a las carreteras?

—En el quinquenio que llevo al frente del Ministerio se han desarrollado las obras del Plan de Modernización en las de más acusado tráfico y se ha mantenido lo mejor posible—dentro de los medios económicos disponibles y habida cuenta del encarecimiento progresivo de mano de obras y materiales—toda la red de carreteras españolas. Dése usted cuenta de que dentro de las circunstancias de nuestra Orografía constituyen un sistema muy considerable y que hay que evitar se pierda por no cuidarlo en la medida que nuestros medios nos permitan.

—¿Y qué proyectos existen?

—Se tiende a la extensión de ese Plan de Modernización incorporando al mismo los de aquellos otros recorridos que sean impuestos por la densidad de tráfico ampliando en la prelación para esas obras los que vayan de mayor a menor. Este es un asunto que ya está en marcha y en este sentido los españoles imparciales pueden apreciar, y así lo reconocen por cartas y muestras publicas de reconocimiento que recibo, que la orientación es acertada. Claro es que no faltan algunas quejas aisladas. Todas procura este Ministerio recogerlas para en aquellos casos que sean fundadas atenderlas en la medida de lo posible.

—¿Hay algo concreto sobre el túnel del Guadarrama?

—Existen peticiones que al amparo de la ley de Carreteras de Peaje se están tramitando para darle el curso que dicha disposición legal señala—una de las obras en que más entusiasmo pone en Ministro es ésta de la puesta a punto de nuestras vías de comunicación. Su palabra es rápida y fluida. Precisa, recuerda con toda exactitud el más pequeño dato. Como un buen general, sabe dónde se halla su mínima unidad de combate. Ahora ha pasado a charlar del grave problema de la conservación de las carreteras.

—Los técnicos del Ministerio no sólo estudian sino que llevan a la práctica todos aquellos métodos y procedimientos que se usan en otros países. Tanto con el empleo de la maquinaria norteamericana como por los viajes que han realizado a los países más adelantados de Europa y Norteamérica las representaciones de nuestros cuerpos técnicos. Los procedimientos nuevos ya han comenzado a aplicarse.

También habrá que dictar normas sobre el peso desmesurado de los camiones que son, como es natural, enemigos de una conservación de las carreteras, y el de los carros. En este sentido me complace señalar la iniciación

de una política de supresión de llantas metálicas que se ha iniciado con la colaboración y prudencia necesaria para armonizar todos los intereses de la agricultura y los del tráfico. Y en esto colabora el Ministerio de Agricultura concediendo un crédito especial a los agricultores, a fin de que poco a poco pueda hacerse posible la total transformación del sistema de rodaje en los carros.

LOS SERVICIOS DE LA R. E. N. F. E., EQUIPARADOS A LOS DEL EXTRANJERO

—En España suele criticarse con bastante frecuencia a la R. E. N. F. E. ¿Es que en los restantes países no presenta dificultades la explotación de los ferrocarriles?

—De ninguna manera. Los males y defectos—cada vez menores—que tiene aquí el transporte ferroviario existen en todos lados. Por ello el ferrocarril cuesta muchos millones a todos los gobiernos. Aquí nos hemos encontrado con infinidad de problemas heredados de la época anterior al 36. Pero a ello hemos de añadir las especiales características de nuestro territorio que presenta unos perfiles de gran dificultad. No obstante, el cambio que se ha experimentado en los últimos tiempos es muy grande, y prueba de ello es que hoy la R. E. N. F. E. con sus «Taf» y «Talgo» presenta unos servicios equiparables a los mejores del extranjero. En algunas innovaciones como las de fuelolizar algunas líneas se han invertido muchos millones de pesetas. Pero ello ha sido un gran beneficio que permite ahorrar más de 7.000.000 de toneladas de carbón.

—¿Qué se ha hecho en los últimos dos años en orden a electrificación?

—Está bien a la vista y en la memoria de todos los españoles, principalmente de los muchos beneficiados. Electrificación de la línea de Asturias, casi totalmente modernizada y reconstruida. La de la línea Miranda-Bil-

bao, así como la de la rampa de Santander a Alar del Rey y gran parte del llamado «ocho catalán» que, para fin de año quedará terminado hasta Mora de Ebro. Nunca pudo darse un balance tan nutrido como satisfactorio.

—¿Cuáles serán las electrificaciones inmediatas?

—Por orden de necesidad se seguirá el de las de mayor tráfico y, entre otros, el de la rampa de Despeñaperros, o sea la línea de Andalucía desde Alcázar-Córdoba.

—Y la inauguración del ferrocarril Zamora-La Coruña, ¿será una próxima realidad?

—Tan próxima que hasta Carballino se podrá verificar en los primeros meses del año venidero ya que de hecho yo he recorrido todo este trazado el pasado verano. Desde Carballino a La Coruña están adjudicadas las obras que se seguirán con el mismo ritmo e interés que el empleado en estos cinco años últimos en lo ya inaugurado o pendiente de inauguración.

INTERES Y ESFUERZO PARA LA MEJORA DE LOS PUERTOS

La actual situación internacional, así como el eterno problema de Gibraltar, han puesto, últimamente, en primer plano algunos de los puertos españoles.

—¿Cómo se ha desarrollado la labor del Ministerio en nuestras grandes zonas portuarias?

—Han sido tan acorde en su ritmo de intensidad y de importancia como en los demás ramos de este Ministerio. Las magníficas instalaciones de Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife, hoy tan de actualidad por los sucesos del Oriente Medio y paralización del canal de Suez, han permitido que las previsiones puestas en ellos alcancen el volumen de tonelaje y de movimiento en condiciones de facilidad que admiran nacionales y extranjeros. Igual le digo de los esfuerzos llevados a cabo en el resto de grandes puertos españoles—Palma de Mallorca, Barcelona, Bilbao, Santander, Valencia, Cartagena, La



Vallellano nos muestra un pergamino que le ha dedicado el Ayuntamiento de Loja

Coruña, Vigo—y ¡qué sé yo! sin contar aquellos otros pesqueros, más pequeños, que han absorbido grandes sumas y cariñoso interés, siguiendo el que el Caudillo tiene para todos los temas marítimos.

—Y Algeciras, ¿se halla en condiciones de responder al incremento de tráfico que cada día le afectará más?

—Todavía no. Pero es un empuño de carácter nacional el que tiene el Gobierno para dar a Algeciras la importancia que por sus condiciones de todo orden merece.

COLABORACION EN EL REAJUSTE DEL TRANSPORTE Y CIRCULACION DE MADRID

Gran parte de las grandes ciudades españolas han experimentado un cambio total en su fisonomía. Han quedado atrás las estampas de unos suburbios angostos y llenos de cohambre que laboraban para que la estampa de una España «negra» se mantuviese vigente entre los visitantes de nuestra Patria. En este terreno la labor del Ministerio de Obras Públicas ha sido de una efectividad total.

—Los accesos a las grandes ciudades ha sido una de mis preocupaciones para anticiparme a las exigencias y a la enorme cantidad de tráfico que es característico en todas las grandes ciudades modernas, y en general estoy satisfecho de lo logrado. No será tanto como deseara por las mismas razones a que aludo antes al tratar de las carreteras; pero cuando considero lo que en estos cinco años y medio últimos se lleva realizado en Madrid, Barcelona, Valencia, Vigo, La Coruña, Sevilla, Zaragoza, Bilbao, Córdoba, Santander, Valladolid, Tarragona y tantas otras poblaciones que no recuerdo en estos momentos, puede uno considerarse satisfecho, porque además existen otras poblaciones que por no tener preparados estos estudios, como ocurre en Granada, Burgos, San Sebastián, etc., se han constituido unas Comisiones con elementos representativos de las mismas para que, conjuntamente con el Ministerio, alcancen la posibilidad de llevar lo que oras han obtenido o van obteniendo.

—Usted, gran conocedor de los

problemas de Madrid, ¿puede decirme cómo colabora el Ministerio en los actuales reajustes del transporte y la circulación dentro de la capital?

—De momento ocupándose en la terminación del ferrocarril subterráneo plaza de España-Carabanchel y los dos trozos del Metro Tetuán-plaza de Castilla y Puente de Vallecas-Palomerias, más la colaboración al plan previsto por una Comisión de la que forman parte el director general de Ferrocarriles y Transporte por Carretera y un adjunto, y que ha estudiado, preparado y dispuesto, conforme a lo que prescribe la propia ley que dió al Ayuntamiento de Madrid autonomía para resolver estos problemas.

—¿Cuál le parece el problema más agudo a resolver por el Ayuntamiento madrileño?

—A mi juicio, el de alcantarillado y saneamiento de la ciudad así como el ya insular del transporte, amén de otros muchos que el celo y la actividad del Ayuntamiento resolvían seguramente, como alumbrado, pavimentación, etc.

—Y el antiguo Alcalde de Madrid, ¿cómo ve hoy a la capital de España?

—Tal como la concebía hace treinta y dos años, cuando fui Alcalde, y con la esperanza de que esta hermosa realidad no se distinga nunca, como feliz exponente de lo que debe ser la capital de una gran nación como España.

HORAS DE DESCANSO, CERO

Un Ministro tiene los minutos contados. El conde de Vallano hace esfuerzos sobrehumanos para que sus horas sean más elásticas y quepa una mayor actividad en su tiempo. Pero la rigidez del tiempo es inflexible. Si la labor debe continuar sin interrupción.

Hay que concluir, ya de pie y caminando por el despacho, la conversación:

—Aquí he colocado las mejores pinturas que existían en el Ministerio. Todos estos retratos son de gran calidad. El del Caudillo es obra de Sobremayor. Magnífico. Y los de estos cuatro antecesores míos son de lo mejor que había por las paredes del caserón. Ros de Olano. Bravo Murillo, gran ministro al que Madrid debe una de las obras fundamentales, como es el Canal de Isabel II; el marqués de Molins y Alcalá Galiano, aquel de las Cortes de Cádiz.

—¿Cómo rellena usted las horas de asueto en sus tareas?

—Le confesaré franca y sinceramente que poco es el tiempo que me queda libre fuera de la ocupación ministerial. Ella me absorbe la totalidad del tiempo, pues, como podrá observar, hasta los «puentes» entre la celebración de Consejos de Ministros, domingos y festivos, los dedico a los viajes de inspección. De modo que ponga usted cero. Momentos de asueto, cero. Si tuviera alguno mi ideal sería una cura de silencio y soledad, aunque fuese

por breves momentos, en una butaca.

De todos modos, resultaría imposible imaginarse al conde de Vallellano descansando en una butaca. Problemas y actividades tiene la vida que le empujarían siempre a la acción.

—Mire, ahora estoy muy entusiasmado con el homenaje nacional a Calvo Sotelo. ¿Qué le parece esta preciosa reproducción a monumento que le elevó el Ayuntamiento de Loja? Me la han regalado, así como aquel otro pergamino que descansa sobre la chimenea.

—¿Se ha recaudado mucho?

—A fines de este año se cierra la suscripción. Y no podemos quejarnos, puesto que el presupuesto para la elevación del monumento ya ha sido superado ampliamente. Pero cómo a lo que aspiramos es a que el homenaje sea algo vivo y perdurable, querremos que la recaudación sea lo más alta posible a fin de crear una fundación que conceda becas a todos aquellos que demuestren una honrada dedicación al estudio. Este año daremos tres premios extraordinarios a otros tantos alumnos de Derecho de cada una de las Universidades en que estudió Calvo Sotelo: Santiago de Compostela, Zaragoza y Madrid. Además proyectamos una reimpresión de sus obras.

—¿Han quedado contentos de la forma en que ha respondido el pueblo?

—En líneas generales, no podíamos esperar un mejor resultado. Pero, en cambio, analizando particularmente, nos hemos llevado bastantes sorpresas, unas agradables y otras bastante tristes. Algunos pueblos claramente deudores a la obra de Calvo Sotelo han respondido pobremente, sin el menor entusiasmo. En cambio, otras han sobrepasado todos los cálculos sin sospecharlo nosotros. Es el caso de Loja, que, sin tener una vinculación especial, ha sido la primera población de España que le ha erigido un monumento.

El entusiasmo que despierta en el conde el nombre de Calvo Sotelo, con el que estuvo en íntimo contacto constantemente, se ha reflejado en la emoción de su rostro, que tal vez recuerde todavía aquella histórica sesión del 15 de julio de 1936 —dos días después del asesinato— en que Vallellano, como jefe del Bloque Nacional, leyó ante la Diputación Permanente de las Cortes una concreta, serena e incisiva acusación contra el Gobierno de Casares Quiroga, haciéndole responsable del crimen tramado en la Presidencia del Gobierno.

Calla un momento, con la mirada algo perdida, pero pronto torna a su jovialidad habitual.

—Bueno, pues ya sabe, creo que ha levantado usted los tejados de todo el Departamento. Usted dirá si le queda algo más por preguntar.

Pero ya estamos ante la puerta.

—Bueno, muy buenos días, señor Ministro.

—Adiós, hombre, adiós.

Y todavía asoma la cabeza, sonriente, por la puerta, en última despedida.

—Ya sabe, a su disposición. La puerta se ha cerrado. Dentro se reanuda su trabajo.

Luis LOSADA



Una visita a la Central de Garraf, una de las que suministran corriente a la línea Tarragona-Barcelona

SOLUCION DE NUESTROS PROBLEMAS

UN MANDAMIENTO NUEVO

Por Fray Albino G. MENENDEZ-REIGADA
Obispo de Córdoba

VAMOS en cierta ocasión a un hombre que se estaba dando de cachetes en la cabeza con cierta furia y todavía alguna vez se daba con la cabeza contra las paredes. Y según nos dijeron, a pesar de estar en un invierno muy crudo, iba con riquísima ropa, y en la cama no tenía ni mantas ni colchón, sino unos andrajos desgarrados y una porción de guedejas de lana esparcidas por el suelo. Y era inútil ponerle ropa de abrigo, porque con uñas y dientes todo lo deshacía.

No hay que añadir siquiera que estaba loco; que tenía enteramente perturbada su sensibilidad, su instinto vital y su cerebro. Su unidad personal entre el alma y el cuerpo, entre el espíritu y la materia estaba quebrantada. El alma no cuidaba del cuerpo, sino para atormentarle, mirándole, por lo demás con absoluta indiferencia.

Cuando se trata de seres con unidad personal, esto se llama locura. Pues, ¿cómo se llamará cuando no es física y personal esa unidad, sino más bien moral o espiritual?... Porque también hay unidades de este orden no menos reales—antes al contrario—que las de carácter físico. Por ejemplo, la unidad de la familia. De los esposos, que han contraído matrimonio por la Iglesia, dice la liturgia (San Pablo) que «serán dos en una sola carne» y que «a su propia carne nadie le suele tratar como si la odiara». Menos el que esté loco, naturalmente; y con una locura peor que la otra a que antes nos referíamos, porque se trata de cosas infinitamente más importantes.

Y, sin embargo, ¿quién no ha visto también o no ha sabido, por lo menos alguna vez de estos locos?... Hacer sufrir a su esposa; mirar con indiferencia, aun sin causarlos, sus sufrimientos; no procurarles apenas, o no procurarles nunca, el lenitivo y el gozo interior de un verdadero cariño... ¡Cuesta muchas veces tan poco hacer gozar a otra persona!

Y si de la esposa pasamos a los hijos... ¡Cuánta indiferencia también en muchos casos! En los cuales, hasta el amor natural es, a la larga, perjudicial y dañino porque no suele remontarse un ápice sobre la esfera del sentimiento o de la sensibilidad y el instinto. Es frecuentísimo en nuestros días el criterio de muchos padres para los cuales la norma general es no molestar al niño, aunque con eso se le deje abandonado a sí mismo, a sus caprichos y sus gustos, para toda la vida; con los que

será, probablemente, toda la vida un desgraciado. Y sus hijos son como prolongación de ellos mismos, son de alguna prolongación de su propia carne, a la que, más que amar, parecen odiar...

Nuestro ser no termina en la materia ni en relaciones puramente humanas que en la materia se fundan. El hombre es un animal racional; y algo más, o mucho más todavía: *un animal racional elevado al orden sobrenatural*. Y, desde este punto de vista, nuestras relaciones con Dios y con los demás hombres cambian por completo. Por ser Dios nuestro Creador y Conservador, al cual debemos en todo instante cuanto en cada instante tenemos, y es también nuestro Dueño. ¿De quién ha de ser la casa, sino de quien la construye...? Por eso, en el Antiguo Testamento, Dios se presenta a sí mismo, en el trato con los hombres, poniendo por delante esa palabra: *Dueño*, «Ego Dominus», como haciendo con ella su propia presentación.

Pero esas relaciones cambiaron por la Encarnación del Verbo y la Redención. Porque Cristo vino al mundo para darnos el poder de volver a ser hijos de Dios, por la gracia. De poder volver a hacer efectiva en nosotros la primitiva elevación al orden sobrenatural, por la cual recibimos de Dios una participación de su propia vida divina. Pero el que recibe de otro una vida semejante a la del mismo que se la da es proplamente un hijo; y el que se la da es su padre. Por eso, a Dios le llamamos *Padre nuestro*. Padre de todos los hombres, en Jesucristo y por Jesucristo, porque es tan sólo en Cristo en quien reside sustancialmente esta vida, de la que todos participamos, como los sarmientos participan de la savia y la vida de la vid, mientras están unidos con ella.

¡Ah!, pero siendo esto así, todos venimos a formar con Cristo, de algún modo, como un organismo viviente, del cual es el mismo Cristo como el alma o la cabeza. Y ya no somos tan sólo miembros de una sola familia, aunque fuera la familia de Dios, como el pueblo de Israel; sino que somos miembros de algún modo del mismo Cuerpo de Dios humanado, que es Cristo, «Unum Corpus multi sumus», somos muchos en un solo cuerpo (San Pablo).

Y si el Apóstol decía que los esposos vienen a ser dos en una carne, de los hombres redimidos viene ahora a decir lo mismo, por el desposorio de Cristo con su Iglesia. Y así, mi carne es carne de Cristo, como la carne de Cristo se hace mía; y a las dos

HOMENAJE A JUAN RAMON JIMENEZ EN "POESIA ESPAÑOLA"

Hasta cincuenta nombres se han conjuntado para llevar a cabo el número extraordinario que la revista "Poesía Española" dedica a Juan Ramón Jiménez con motivo de la concesión del Premio Nóbel al poeta.

La revista con su número 60 cumple precisamente sus cinco años de publicación mensual ininterrumpida. El esfuerzo y la constancia han hecho de esta publicación un documento ya indispensable para quien quiera saber lo que ha sido la poesía española en estos últimos años.

ADQUIERA ANTES DE QUE SE AGOTE ESTE INTERESANTE EXTRAORDINARIO QUE "POESIA ESPAÑOLA" HA PUBLICADO COMO HOMENAJE A JUAN RAMON.

les anima el mismo espíritu vital, pudiendo llegar a decir: *Ya no soy yo quien vive, sino que Cristo vive en mí.* Pero como esto mismo se puede decir de los hombres todos, a los cuales llega el fruto de la Redención, si mi carne, por ser yo miembro suyo, es carne de Cristo, y la carne de Cristo es mía, como la del último de mis prójimos, que también es carne de Cristo y sarmiento de la misma vid y participando de la misma vida, todos ya somos, en consecuencia, una sola vida, una sola carne y un solo cuerpo..., salvando siempre la distinción de personas. *El cuerpo místico de Jesucristo.*

¡Qué natural resulta, después de todo esto, la forma cómo el mismo Cristo, la Cabeza, nos ha de juzgar algún día: *Tuve hambre, y me diste de comer, etc.*... «—¿A ti, Señor?» «—Sí, a Mí, porque lo que hiciste con el último de mis hermanos y de tus hermanos, los que viven con nosotros la misma Vida, que soy Yo mismo—*Ego sum vita*—, conmigo mismo lo hiciste.» Y qué sentido tan hondo y tan real, en la esfera de un superior misticismo, adquieren esos hechos que encontramos en las Vidas de los santos, de San Martín de Tours, de Santa Catalina de Sena, de San Alvaro de Córdoba y de otros, cuando Cristo se les aparecía en la figura de un pobre, para luego revelárseles—como a los discípulos de Emaús y más aún, en su propia persona y figura.

¡Todo esto es de fe; todo esto es Evangelio puro; y, sin embargo qué poco lo meditamos! Y ¡qué sorpresa nos causaría, cuando estando tratando mal a una persona o mostrándonos indiferentes a sus sufrimientos y a sus penas y a sus necesidades, de pronto se nos revelase en ella el mismo Cristo, visible a los ojos de nuestra cara y tangible, como a Santo Tomás Apóstol al tacto de nuestras manos!

Los ojos de la Fe deberían infundirnos más confianza, porque los de la cara se engañan y ellos no; pero suele ocurrir al revés, como si la Luz de la fe no alumbrase para nada nuestros caminos. Sobre toda esa doctrina que tan breve y sumariamente acabamos de explicar, se apoya el *Mandamiento Nuevo*, que Cristo vino a enseñar al mundo. Pero el mundo después de veinte siglos no lo ha aprendido aún, ni ha comenzado apenas a practicar.

Al aparecer en Roma el Cristianismo llenó de asombro al mundo pagano con la práctica sincera de este Mandamiento Nuevo, que viene a ser como el *sello distintivo* que Cristo quiso poner a las ovejas de su rebaño: «En esto conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos a los otros... como yo os he amado.» Pero, ¿vamos en verdad marcados con este sello?... ¿Nos distinguimos de veras los seguidores de Cristo de los demás hombres por este nuestro amor... por este amor que es justicia y caridad y entrega, por esta unión que el amor produce, por encima de partidos y capillistas y de humanos afectos e intereses?... Pues éste es el *testimonio* que el mundo de hoy como el de ayer y el de siempre, espera de nosotros. Y no nos contentemos con aducir el ejemplo de los misioneros ni de las hermanas de la Caridad, ni de tal o cual religioso o sacerdote heroico...; se nos pide más y *estamos obligados a más.* El mundo va cayendo hacia un abismo de dolor y de desgracia, del que no se sabe cómo se podrá librar. Y los ídolos todos en que hasta ayer confiaba van cayendo, van cayendo... Y tiene ansias verdaderas de luz, que tan sólo por el camino del amor—del fuego que Cristo trajo a la tierra, y del que ha de brotar la llama...— puede venirle.

Porque el mundo se muere de frío. Y busca, busca... donde calentarse. Ya nadie se fía de la razón, proclamada y venerada como diosa al principio de la época moderna. Ni hay ningún sistema de Filosofía que se tenga en pie; ni el *existencialismo*, que desde el principio previendo su caída, se instaló en el fango. Ni sistema social que satisfaga, fuera de lo que nos enseñan las Enciclopedias, cada día, teóricamente al menos, más respetadas. Ni los sistemas pedagógicos con los cuales se esperaba construir al hombre del siglo XX con la perfección con que se construye

una máquina llegando, como resultado, a todo lo contrario: a una criminalidad entre los hombres y entre los Estados que verdaderamente horripila. Ni la paz soñada y ardientemente deseada se vislumbra por parte alguna, a pesar del Palacio de La Haya y la Sociedad de Naciones, y las Naciones Unidas, y los mil intentos de unificación de Europa, de unificación del mundo... Los ídolos van cayendo, cayendo...

Por eso, al terminar la segunda guerra mundial el año 36, surgieron por las principales naciones, de Europa sobre todo, partidos de *Democracia Cristiana*, pidiendo un poco al cristianismo, como último recurso, que gobernara al mundo, tan descompuesto; y surgieron los De Gasperi y Adenauer y Schuman y Bidault, etc. y apenas hubo Gobierno en Europa en que no figurasen católicos.

Pero la acción de los Gobiernos, en una sociedad que desde hacía dos siglos venía poniendo todo su empeño en apartarse de Dios, ¡puede tan poco!... Porque «nadie puede poner otro cimiento que el que puesto está, que es Cristo Jesús».

Todo el progreso moderno parece consistir en crear cada día nuevas necesidades para malamente satisfacerlas. Malamente y desigualmente; con lo cual crece la injusticia y el malestar. Y necesidades de goce material, que más estimulan el hambre que la apagan. Pues el que bebe de esas aguas tiene cada vez más hambre y cada vez más sed... Y todo es divertirse y huir de sí mismo y entontecerse. Pues con razón dice un escritor que *el pueblo, desde que aprendió a leer y le declararon soberano, entonteció.* Ya no canta ni crea bailes artísticos, ni inventa juegos que le diviertan, ni sabe inventar refranes ni conservarlos siquiera, ni inventar estilos, ni maneras artísticas de vestir, ni de amueblar su casa... Hay que dárselo ya todo hecho, y hasta decirle lo que es bonito y lo que es feo, pues ni aun eso sabe distinguir. Y así se entristece horriblemente; y entre ambiciones y anhelos no satisfechos vino rápidamente a parar en desesperación... ¡Ah!, que «no sólo de pan—ni de diversiones—vive el hombre, sino de toda Palabra que procede de la boca de Dios». Y esa Palabra de la boca de Dios es el Verbo, Luz y Camino y Vida, que vino al mundo a enseñarnos el camino del verdadero amor. A darnos el *Mandamiento Nuevo*, que es la única receta que puede salvar al mundo.

¿Somos cristianos? Pero ¿de veras?... El que no ama a su prójimo no ama a Dios. Y si otra cosa cree, como nos dice San Juan, él a sí mismo se engaña. Pero, ¿en qué se conoce nuestro amor si no nos duelen los dolores de nuestro *propio cuerpo en el prójimo*—del Cuerpo Místico de Jesucristo—, de nuestra propia alma, del *alma grande* de todos nuestros hermanos, antes bien somos causa por nuestros escándalos, por nuestros malos ejemplos, por nuestra indiferencia ante su *hambre* y su *desgracia*, somos causa de que esos dolores se aumenten cada día? Sufrir horriblemente en nuestros días la Humanidad en su *carne*, que es *nuestra carne*; en su alma que es de algún modo *nuestra alma*, porque *es carne y alma de Cristo*, que como tal, como Redentor que nos compró para hacernos suyos, como real representante de los hijos todos de Adán, cargado con todas las penas y dolores de los hombres, para juzgarnos a todos ha de venir en defensa de los hombres todos.

Y nosotros, insensibles para nuestro mal; haciéndonos a nosotros un mal infinito, como el loco del principio que a sí mismo, sin sensibilidad ya siquiera, se atormentaba. Para su mal. Sí, sí, para nuestro mal...

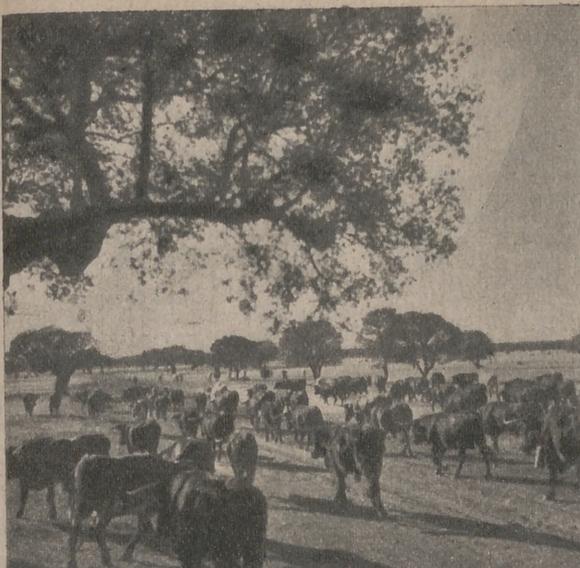
Pero ¿cuándo será, Señor, que vuelva a ver el mundo a tus seguidores, mostrándole el camino que Tú dejaste marcado con tus huellas ensangrentadas, el camino del amor, que es el camino de la salvación y de la vida? Y que vuelva el mundo a exclamar ante el testimonio de nuestra conducta y nuestra vida, viéndonos amar así: *¡Cómo aman estos cristianos!*

No olvidemos, pues, el ejemplo del loco del principio, pues no cuidarse de los males y sufrimientos del prójimo es no cuidarse de nuestros propios males o causárnoslos nosotros mismos, como si nos empeñáramos en darnos con la cabeza las paredes

CON 98 TOROS

de SALAMANCA a EXTREMADURA

UN ESCRITOR ENTRE VAQUEROS



SI me asomo a la ventana puedo contemplar una buena parte del inmenso campo salmantino—especie de pequeño mar con horizonte limitado—, en el que varias cabezas de reses bravas están de careo. Nadie diría que de este ambiente bucólico de primerísima calidad pueden salir dentro de unos meses tan sólo otras tantas reses que darán a la fiesta horas de alegría, de arte, y puede hasta de dolor... Entretanto solamente los cercenros de los cabestros y de los bueyes parecen dar la nota alegre y de color, mientras, repito, las reses bravas siguen tranquilamente de un lado para otro, vigiladas a distancia prudente por los vaqueros.

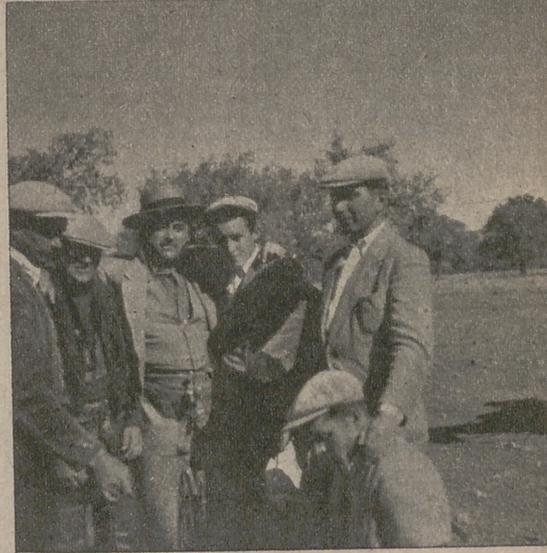
EN LA DEHESA, PUNTO DE PARTIDA

Esta estampa que puedo contemplar a mis anchas, tan requeteespañola, ¡cuántos siglos tiene de existencia. La pregunta se pierde en la lejanía de la mismísima historia de nuestro país. Sin embargo, el protagonista, es decir, el toro, ahí está, casi diríase al alcance de mi mano, y en el mismo sitio en donde en años idos existieron y pastaron otros toros. La misma casa desde donde escribo es un buen pedazo de

la historia interna de las reses bravas.

Ganadero, y acreditado, es el actual propietario. Lo fué su padre. Sus hermanos lo siguen siendo como lo habían sido su abuelo y su bisabuelo. En el año 1851 salió de esta dehesa la primera corrida que se lidió en Madrid, y fué lidiada por José Redondo, «el Chiclanero» y «Cúchares», el inmenso. Un ambiente de señorío y de p a triarcalidad máximo lo preside todo en esta casa solariega, en donde de padres a hijos se han ido transmitiendo y se mantiene una tradición españolisima: amor al campo y a la fiesta.

Bajo el mismo techo viven los hijos del ganadero ilustre. Uno, es abogado y técnico agrícola; el otro fué torero, y de los buenos.



Hoy solamente viven pendientes del padre, de sus hijos y del campo. Por la noche, y alrededor de la cocina—con amplísima y muy charra chimenea—, luego de rezar el Santo Rosario se habla de grancs, de hierbas, del plan para la mañana siguiente, y de vez en cuando salta la anécdota, pues al ilustre ganadero nadie

le gana en memoria y en gracejo. «Allá por el año 1891... encontrándome en Sevilla...» Y entonces hijos, nueros e invitados todos, absolutamente todos están pendientes de los labios de este hombre, puntal destacado por méritos y prestigio propios de la fiesta, que habla despacio y dice sentencia tras sentencia. El mayoral ha venido a recibir órdenes. Las criadas empiezan a servir la cena. Todo en la casa respira y tiene aire de señorío y de patriarcalidad. Y es además la misma cocina una especie de pequeño museo de la fiesta.

La presiden dos cabezas de toros maravillosas, recuerdo de otras tantas tardes de gloria a los acreditados hierros de la ganadería. En el zócalo de la cocina se pueden ver fotos que la acción del tiempo ha ido volviendo amarillas. Retrato estupendo de Ricardo Torres Bombita, aquel gran torero que casó con rica y guapísima catalana siendo su boda cosa más que sonada. Otro, curiosísimo, de Joselito, Jack Johnson y el propio ganadero, que luce un bombín soberbio. Belmonte casi niño. Domingo Ortega. Los Pedes Echevarría. Fotos de toros y muletazos que quedarán en la historia. Caballistas. Uno carifiosísimo de Manolete el grande. Y fotos de banquetes de ganaderos, de los cuales en la actualidad pocos existen. Un gran capítulo de la gran familia taurina en las paredes de esta cocina salmantina se puede ver y admirar, mientras, repito, el señor de la casa y sus hijos dan órdenes o anotan en unas pequeñas libretas de hule cosas, o juega con sus nietos, que a no dudar también serán unos enamorados del campo, criadores de reses bravas, y puede que toreos.

Este hombre, pese a sus años, mejor dicho, a su eterna y sorprendente juventud todos los días monta a caballo por lo menos durante seis o más horas. De un campo salta a otro siempre vigilando lo que es el secreto mismo de su propia vida y existencia: los toros de los que sabe muchas, pero que muchísimas cosas.

UN CABALLO LLAMADO «CASIANO»

Ayer tarde, sin ir más lejos, me presenté y monté el que durante unos días tendrá que ser mi compañero inseparable de fatigas: «Casiano», caballo noble de unos cinco años, que, si bien es cierto sabe galopar lo suyo, cuando las espuelas entran en juego, aparenta tener, y luego los hechos lo han confirmado, un carácter tan bondadoso como tranquilo. ¡Qué contraste entre mi caballo y la jaca de mi amigo el ganadero, toda nervio! Pero también ¡qué actividad, qué seguridad la de este mi noble amigo dándome instrucciones a mí en el difícil arte de montar, del que hace años recibí las primeras lecciones... que casi tenía olvidadas... ¿Cuántas veces bajó de su jaca y subió a mi caballo, o viceversa? Innumerables. Y siempre tan fresco. ¡Qué española quedaba su figura!

Amigo lector, conviene decirle que si uno hasta aquí ha llegado es porque va a emprender pronto por cañadas y caminos nada fáciles la ruta de Extremadura, acompañando precisamente las reses bravas de mi amigo. Es decir, una vez más se va a intentar convertir en cuartillas y en pequeña historia esta travesía, que de antemano ya se me ha dicho, no tiene absolutamente nada de fácilona. Tampoco fácil cosa era mi travesía con la buena de «Doña Platera», y llegue a donde me propuse en la vida: a veces la fuerza de voluntad hace milagros. Pero yo pertenecía a una generación en que el fútbol no estaba tan extendido, y aun recuerdo en la vieja plaza de toros de Las Arenas, de Barcelona, la impresión enorme que me produjera la primera corrida de toros a la que asistí, sentado en barrera entre mi padre y el bueno de don Emilio Junoy, senador que fué del Reino político de muchas triquiñuelas y además padrino de boda de Rafael «el Gallo» y Pastora Imperio... Los tiempos actuales —bien lo sé— son muy otros. Siguen apasionadamente, sin embargo, los toros y el campo. Y si buena parte de algunos señoritos no hubieran abandonado sus tierras o las hubieran permutado por martinis, otro gallo —seguro estoy de ello— les cantaría. Quizá por ello, la noble figura de este mi amigo acreditado gánadero salmantino y la de sus hijos se me agiganta, porque para ellos, repito, el campo y los toros lo es absolutamente todo.

La tarde va cayendo. Montando a «Casiano» y agudizado por el tronar de la jaca de mi

amigo el ganadero, estoy rendido. El ganadero, no. Mucho menos sus hijos. Es la costumbre. Yo, en cambio, en tanto que novato, me duele todo. Al llegar a la casa nos esperan unos maravillosos vasos de leche y el fuego del hogar. Reconforta todo ello. ¡Por qué—se pregunta uno—en la época de los inventos más sensacionales solamente se puede tomar leche, leche, lejos de las ciudades?

Quede ahí el interrogante. Entretanto «Casiano» y los otros caballos, fieles servidores, los han llevado a la cuadra. Mañana es la marcha. Y la cosa, según me dicen, empezará a las siete en punto de la mañana. Habrá que apartar primero las reses. Organizar a base de los cabestros la llamémosla «caravana del ganado». Y habrá, sobre todo, que estar descansado y muy despierto. Paciencia.

LA EXPEDICIÓN, EN MARCHA

«La mañana está helada...» oigo que dicen los vaqueros. Entretanto mi caballo «Casiano», que ha sido ensillado, me espera. Monto en él y nos dirigimos casi galopando a buscar los toros. La expedición se compone—según se puede leer en la guía que habrá que legalizar en el pueblecito fronterizo de El Bodón—de noventa y ocho novillos, cinco bueyes y nueve cabestros, que son trasladados de este término municipal con el fin de aprovechamiento de pastos, esto en cuanto al ganado. Al frente de la misma va el mayoral, que siempre está en todo; dos vaqueros, tres aprendices, y además seguirá a la expedición el volquete, que por caminos inverosímiles a veces, otras por la carretera, llegará con los viveres antes que nosotros a los sitios en donde cenaremos y haremos noche. Yo voy en calidad, llamémosle de espectador, pero con el decidido propósito de hacer la misma vida que estas nobles gentes, y sin aceptar nunca trato especial. En una palabra, quiero vivir la cosa o la aventura lo más directamente que pueda, dentro, claro está, de mis personales impresiones, y puntos de vista.

Tengo que confesar—vaya por delante esta declaración de principios—que el toro, contrariamente a lo que pudiera suponerse, es un animal de una nobleza impresionante, al que, naturalmente, no se le ha enseñado cosas de tipo concreto. Por ejemplo, si hubiera manera de decirle que perdonara el que alguien se le cruzara en su camino... (que es precisamente lo que más le molesta), no habría problema y puede que ni fiesta. Pero las cosas son como son, y yo te aseguro, lector, que a pesar del frío y de mis puntos de vista al verme rodeado de tantos toros, la verdad, no las tenía todas conmigo. Y no las tenía todas porque si se me arranca alguno—pensaba para mis adentros—, ¿cómo me voy a salvar y qué voy a hacer...? Así las cosas, las primeras horas fueron de pánico contenido, cosa que, también tengo que decir, luego fué evaporándose a pesar de las muchísimas veces que un



«Estoy rodeado de toros, y algunos de ellos los tengo a menos de dos metros...»

toro berrendo marcado con el 103, me miraba y me volvía a mirar. Se ha escrito mucho de la nobleza del caballo. Muy exacta es la cosa y yo no lo dudo. Pero el toro también lo es, aunque no admita caricias. Quiere, ¿cómo diría yo?, vivir su vida sin que se le moleste lo más mínimo. Su fuerza, su fiera y su bravura empiezan precisamente cuando se le molesta, entendiéndose por esto las puyas y todas las demás cosas que le conducirán con el tiempo a las plazas de toros.

TOROS EN EL CAMPO

El paisaje de esta parte de la provincia de Salamanca es de una belleza sencillamente única. Las encinas y los robles se van sucediendo, y de los campos suben oleadas de un lirismo de primerísima calidad. En esta época en que nos ha tocado vivir de atomos y de invasiones desgraciadamente «toleradas» le entusiasma a uno revivir una de las estampas más típicas de su país, y además poder andar por caminos y cañadas viejos de cientos de años. Por estos caminos que siempre han sido respetados, los rebaños los atraviesan en busca de climas más benignos, como luego los tornarán a andar. Tal es nuestro caso, mientras a caballo vamos de un lado para otro, vigilando siempre. Si los toros se encelan—cosa muy corriente—, separarlos para después llevarlos a la cabeza de la expedición, o séase, con los cabestros, que son una maravilla también de ejemplares, conocedores, diríase profundos, de sus deberes y de sus obligaciones, valga la paradoja que esto pudiera suponer. Pero ellos recuerdan y conocen las cañadas y los caminos, y desde luego, cuando hay que atravesar una carretera lo hacen con un andar muchísimo más ligero que si por los montes se tratase de caminar.

Aparte de lo que de cierta valentía pudiera tener mi aventura—y que yo desde luego brindaría a todos los que sobre los toros escriben—, lo que sí importa afirmar es que esta parte de la provincia de Salamanca es como si uno atravesara un muy especial e inmenso jardín en donde los ojos no saben qué admirar más: si la naturaleza propiamente dicha o esta estampa que estoy reviviendo del toro suelto en el campo, sobre la que tanto se ha escrito y dibujado. El toro aquí—no me cansaría de repetirlo—es de una docilidad impresionante. El animal va tranquilo, siempre siguiendo el camino que los cabestros o nosotros le marcamos, y ni se arranca ni se escapa. Al contrario, cuando uno oaja del caballo y lía un pitillo, rodeado como está de toros, es decir, del peligro, lo hace de manera tan natural que aquél pero ni remotamente asoma. ¡Y cuidado que a veces estamos tocando al toro materialmente! Una cosa hay cierta, de paso sea dicho: ver los toros desde una barrera teniendo al lado una señora guapa, etc., no tiene ninguna importancia: depende de las posibilidades de uno. Si en cambio lo miro, porque aquí no tengo ni

asomo de capote, ni burladeros, ni barreras. En cambio, estoy rodeado de toros sueltos, y a menos de dos metros los tengo algunos de ellos. ¿Imprudencia? ¿Valentía? Ni una cosa ni otra. Máxime cuando el toro aun desconoce bastantes cosas, ni nunca ha sido encajonado. Naturalidad, sí, en cambio, pudiera llamarse mi situación. El hombre es un animal de costumbres, y de esta manera no da importancia al hecho de bajar del caballo, rodeado como está de toros bravos, y fumar un pitillo, y al hacerlo, no tener, pero, ni por asomo miedo.

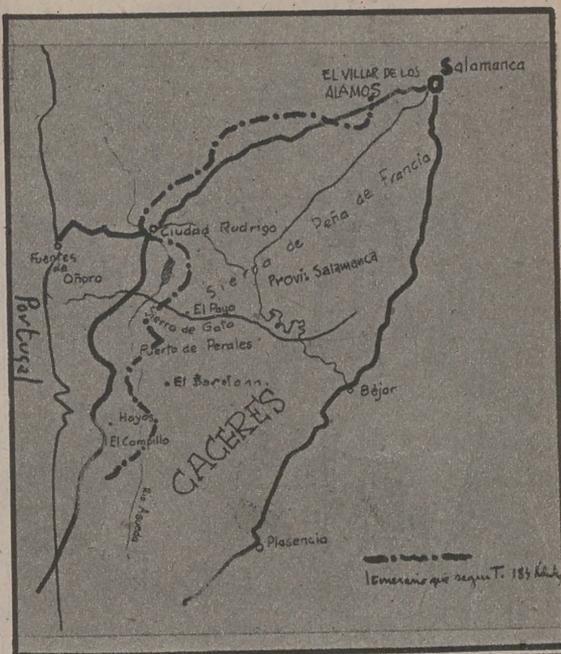
QUIEREN SER, Y YO QUE LO VEA, VAQUEROS

Otra cosa que me sorprendió en el grado máximo es que, tanto el mayoral como los demás vaqueros—constante y fina estampa españolísima, sin folklore del falso, al contrario—hablan además un castellano purísimo. Doy sentencia tras sentencia. Para ellos los hombres de campo, cada recodo del camino, que conocen al dedillo, les produce una reacción tan humana que yo, en tanto que «paletos» en estas cosas y menesteres, quedo maravillado. Claro está que estos hombres están al servicio de la casa y de la ganadería desde niños. Para ellos el Señor lo es con mayúsculas y le quieren y respetan, como si se tratase de algo que lo es ciertamente—no ya de un patriarcalismo auténtico, sino de su propia familia. Aquí en el campo salmantino la legua sigue siendo la legua y nadie hable de kilómetros. Aquí se rigen por leguas y por jornadas. Igual que desde cientos de años se viene haciendo. Es una tradición y, por lo tanto, cosa admirable.

Pregunto al mayoral por sus hijos:

—Estudian en Salamanca el bachillerato. Pero cuando terminen queren ser, y yo que lo vea, vaqueros. Para ellos igual que para mí el campo lo es todo, señorito.

El contraste es inmenso. Mientras en la ciudad estos hombres quedarían absorbidos totalmente, aquí en el campo representan algo muy vinculado al paisaje, a la tierra que modernamente el tractor se cuida de fructificar más y más. De estas tierras, de un color maravilloso; de estas encinas y robles centenarios la mayoría saben estos hombres absolutamente todo. Y al verlos montados en sus caballos respectivos, que aman con delirio, uno no



Este gráfico del itinerario seguido, como las fotografías que ilustran estas páginas, son de Miguel Utrillo

pueda menos que pensar en la moda que en determinadas esferas ha entrado a la chiquillería española de jugar al vaquero del Oeste americano. Cuando estos nuestros vaqueros quizá son despreciados por su españolidad rúbrica y tan hondamente sentida. Contrastes de la vida.

Superado el pánico de las primeras horas, maravillado por la contemplación del paisaje, acostumbrado a la cercanía de los toros, hemos hecho un alto en el camino para comer algo. Otra sorpresa me esperaba: estos hombres son de una frugalidad única. Debajo de una encina, y de pie, hemos comido unas lonchas de jamón, lomo embuchado, fariñata, pan y vino. Un pitillo, y otra vez a nuestras monturas.

El día es espléndido. Llevamos ya siete horas desde que la conducción del ganado se inicia. Y, sin embargo, no hay ni asomo de cansancio en sus rostros. Yo, la verdad, no puedo decir lo mismo. Pero hay que continuar. Precisamente un toro encelado ha empezado a embestir a los bueyes. En un momento la expedición se ha puesto en marcha.

—¿Qué hora debe ser? —pregunto.

Un vaquero mira al cielo y me responde muy categóricamente:

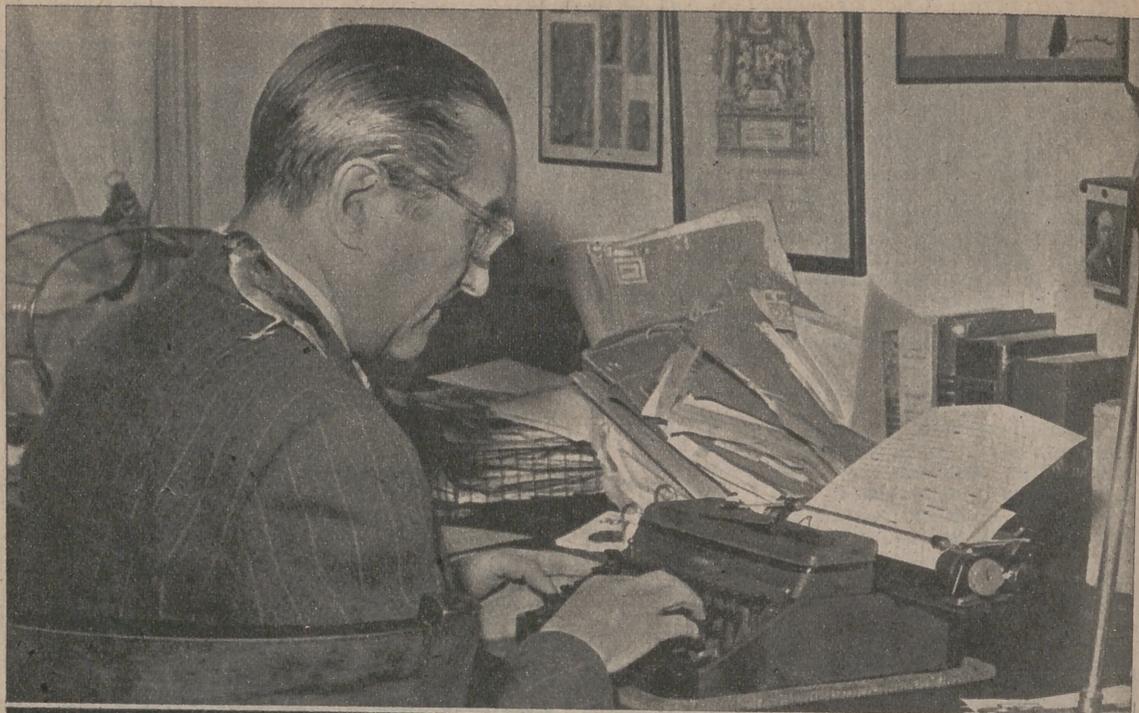
—La una y pico del mediodía.

La tradición aparece otra vez. Inicio un galope con mi buen «Casiano». Hay que procurar avanzar el paso. Puede que así mi cansancio vaya también desapareciendo, como ya me ha desaparecido el pánico de que al principio se habló.

El hombre, decididamente, es un animal de costumbres, y yo no iba a ser una excepción...

Miguel UTRILLO

(Fotos del autor.)



El pájaro en libertad descansa sobre el hombro del escritor, al que acompaña durante las horas de trabajo



La charla del escritor y el periodista se prolonga paseando por la calle

PROFESIONALMENTE uno es espectador en las tres cuartas partes y en la otra, obrero. Obrero de la pluma. A veces ocurre que nada merece la pena y el oficio ha de resarcir, sobre las cuartillas, el escaso botín conseguido en el encuentro con hombres y cosas. Hoy, sin embargo, ha ocurrido el estupendo suceso de hallarnos ante Tomás Borrás. Honradamente no puede uno, a estas alturas, descubrir el Mediterráneo. Lo único posible es navegar

TOMAS BORRAS, UN PAJARO Y UN LIBRO

“PASE USTED, FANTASIA”

Desde los doce años escribiendo en los periódicos

lo y procurar extraer de la rosa el viento más original, la ruta menos hollada. Ya en la mejor altura de su biografía, Borrás posee una luminosa capacidad para forjarse esperanzas nuevas, infinitamente más valiosas en cuanto a veces son forjadas con restos de naufragios.

Tomás Borrás ha escrito ahora un libro. El libro lleva por título «Pase usted, Fantasía», y demuestra, aparte de la exquisita educación del escritor, cuál es su fibra más sustancial. Hace falta un golpe de sangre muy vigoroso y libre para cederle el paso a la fantasía, sobre todo cuando la primera hoja del otoño cae, aun con ritmo de vals, hasta el corazón.

PRIMERA DESCRIPCION

Empezamos. Está el escritor en una habitación regular, algo revuelta de libros y papeles, con todo a la mano, ante una pequeña máquina de escribir. Hay silencio en torno. Borrás está sentando ahora de espaldas a la máquina, a su trabajo, a lo que le da de comer, y ello porque desea atenderme por completo. De un libro a otro, de un ángulo a otro ángulo, revolotea un pajarillo. Toda su vida no es más que un murmullo leve, si cabe hablar de levedad en los murmullos. Es el

único punto de apoyo del silencio que rodea al escritor. El pajarillo no duerme en la jaula. Prefiere aquel último rincón de los libros, entre dos autores demasiado serios para sus alas. Va ya para un año que es huésped de Borrás. Fué rescatado—como ocurre siempre—de las manos crueles de unos niños. Y hoy, este pajarillo sin odio, sin memoria, es el corazón de este silencio.

Después de hablar del pájaro y de algunas cosas de la vida—no de todas—hablamos de las palabras. Muestra Tomás Borrás un gusto muy hondo por la filología.

—Mire usted—me dice—hay una palabra horrible que se utiliza constantemente, una palabra sin ninguna gracia: «control». Todos los verbos que indican una acción caen bajo ella. No tiene medida, es odiosamente elástica.

—En efecto. Ahora que yo me ocupo en escucharle a usted, le controla. En cuanto ponga la mano en el pomo de la puerta con objeto de abrirla, controla la puerta...

—Eso es. El genio de nuestro idioma consiste precisamente en sus grandes posibilidades para matizar. Es el matiz. «Control» es palabra que corresponde a idiomas pobres. Nuestra lengua es onomatopéyica. Esa es su mayor gracia. El trayecto entre la voz



Los dos exóticos perritos del escritor. Ellos y el pájaro componen la íntima fauna con la que, a veces, conversa Borrás

y la palabra es mínimo, se recorre sin demasiado esfuerzo, sin demasiada gramática.

Hablamos después de algunos escritores y de sus palabras.

—Por ejemplo—dice el escritor— Baroja. Baroja no utilizará más allá de siete u ocho mil palabras. Sin embargo, el repertorio de Gracián o Azorín es ostensiblemente más numeroso.

—¿Hasta qué punto es fecunda para la actualidad idiomática la acción de la Academia?

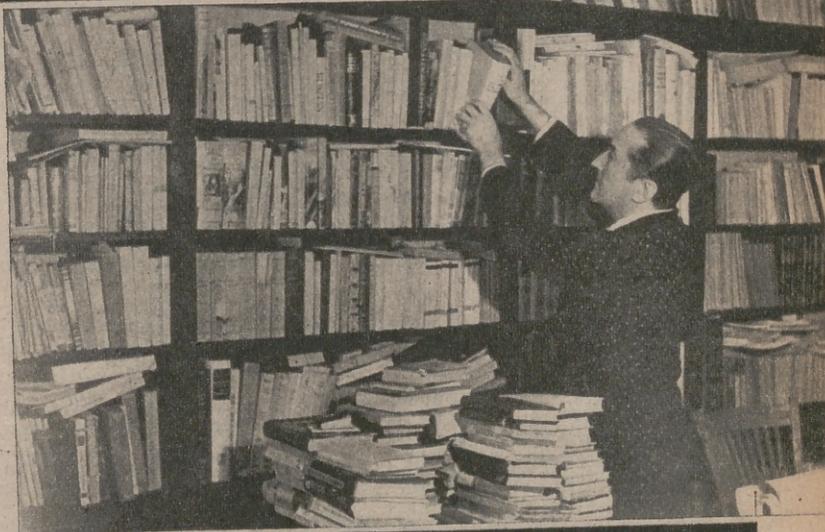
—Hasta un punto que no se suele creer. La última reunión de Academias de la Lengua, aquí, en Madrid, con la realizada anteriormente en Méjico, me parecieron de una gran trascendencia. Lo que puede achacársele a la Academia—la lentitud en la aceptación de los vocablos, la pretensión de que las palabras duerman largamente—se debe a que posee conciencia de su responsabilidad. Su alto magisterio no puede afrontar el menor peligro. Y menos, claro, el de apresuramiento. Por otra parte, la Academia conserva la unidad del idioma. Hace algunos meses me decía Amezá, que en paz descanse, que todos los escritores de habla castellana deseaban conservar aquella unidad. Fué precisamente lo que se demostró en la última reunión de Academias.

Revolotea nuestro pajarillo de un lado a otro, radicalmente primaveral y onomatopéyico. El es pura expresión musical, simple y eterna voz. Voz que viene de lo alto, a veces. Voz que se duerme al sol, otras.

—Hispanoamérica nutre en grado sumo la lengua castellana. De allí han venido palabras hermosísimas. Por ejemplo, «jícara».

SEGUNDA DESCRIPCIÓN: EL ESCRITOR POR DENTRO

Tomás Borrás me habla del diccionario de Benot. No lo co-



La grande, completa, magnífica biblioteca, jungla del pensamiento más granado



Esta fotografía es muy expresiva: rendido por el sueño o por la fantasía, el novelista descansa sobre la propia faena

nozo. Como todo lo suyo está pronto a la mano, el diccionario de Benot aparece en seguida. No recuerdo la fecha del libro. Si sé que es amarillenta, una fecha que cae fuera de mi biografía. Me enseñan palabras, voces, expresiones con una fuerza y una exactitud totales. Son citas de cientos y cientos de escritores, unos en las historias de la Literatura, otros desconocidos por completo. «Estaba enclavado en aquella hora»...

—«Enclavado»—repite el escritor—, ¿no es definitivamente elocvente esa palabra?

De las palabras, vistas una a una, pasamos a su conjunto, a su racionalización, a su «vistas en función de»... En una sola: a la Literatura.

Por mi parte, deseo ver ahora la Literatura en función de Tomás Borrás. Su ritmo, su tono, sus palabras. En una sola: su estilo.

Hablamos de los estilos.

—El estilo directo—aun contando que lo han practicado escritores geniales—contiene la siguiente desventaja: lo explica todo con el mismo repertorio. Lo diferente con iguales palabras.

—¿Cuál ha de ser la actitud del escritor ante lo que se dispone a escribir?

—Subordinarse al tema. Oscurecerse en favor de su obra. Despearse de su personalidad.

—Muéstreme un ejemplo extraordinario de ese aniquilamiento.

—El siglo XVII. El siglo XVII trata de borrar las huellas del individuo, para que la obra se parezca en todo a la vida.

Pensemos las palabras de nuestro interlocutor. En efecto. Los escritores del XVII buscan siempre y hallan trozos palpitantes de civilización. El siguiente, el siglo XVIII, dará lugar a la puesta en escena del individuo.

Hemos leído bien el último libro de Borrás. «Pase usted, Fantasía», es un libro de cuentos. Todos ellos son esencialmente diversos, quiero decir, vistos desde ángulos diferentes, siempre de acuerdo con el tema tratado. Esta diligencia literaria, este saber lograr el observatorio adecuado a través del cálculo que nos dicta

los obstáculos y distancias existentes entre el escritor y aquel objeto o personaje, es de las más brillantes cualidades de Tomás Borrás. Veamos dos ejemplos claros:

«Como se llamaba Similiano, por imitar marchó a la aldea desde el hocino del monte, en el cual, así se dice, se movía de hoyos a hoyos, tumbado o sentado; en apariencia pastor de sus redes heredadas; rebaño que se quedó en triste punta, pues él por no mover la mano dejaba sin tapa el bostezo. Y cuando cantó el ayo, que es mote de primavera, se desesperezó, se avispó se picajeó y salióse del hondilón»...

Se contiene en esas breves líneas copiadas todo un saber conformarse a los ritmos exigidos por el pedazo vital y geográfico que describe. Hay, como puede observarse, modos y curvas del lenguaje aldeano captados con tal gracia, con tan súbito y natural arranque que el lector no advierte ni la amplia labor ni el agudo ingenio que los ha producido. Veamos ahora el segundo ejemplo:

«Entretanto, aquello, blanco, desnudo, hermoso, gallardo, da los pasos que le corresponden, espera, graciosamente mueve la cabeza crinada, se muestra poderoso, de forma ágil, armonioso y sedoso. blanco, desnudo, despeinado al erguirse, resurrección de la naturaleza entre el maquinismo maquinizado de la época de la máquina, evoca aire libre de bosque, sol y nube, el ancho horizonte que ensancha al respirarle el alma, la libertad de correr envueltos en lo elemental que alguien donó como arte y vida. Así pasa el caballo ya increíble, por la avenida de José Antonio.»

En este hermoso párrafo, tan lleno de calidades de todo orden, en donde la gracia y rapidez de las oraciones yuxtapuestas imitan, si os fijáis bien, el trote au-

gural de todos los galopes tendidos, y la nerviosa quietud del potrillo joven alza y baja una pata delantera con vigor, y sacude las crines, y se debate, y piafa por lanzarse a la carrera; parrafo tan perfecto como para ser mostrado a los niños y que ellos lo desahagan en sustantivos, en verbos y en complementos directos, es, indudablemente, un trozo de vida. Un pedazo de civilización. Y además, profundamente onomatopéyico.

Es esta, pues, la inicial descripción interior del escritor: su diversidad.

TERCERA DESCRIPCIÓN: EL ESCRITOR VISTO A TRAVÉS DE LA CRÍTICA

Tomás Borrás lleva más de trescientos cuentos publicados en libros. Habría que contar después todos aquellos escritos para los periódicos y revistas. Hablamos de la diversidad de los cuentos.

—La diversidad de este género literario es enorme: el apólogo moral, la fábula, el cuento psicológico, el poético... En su iniciación, todos los cuentos poseen como origen el consejo el aviso de la vida.

La conversación adquiere mayor amplitud y caben ya en las palabras del escritor el cuento y la novela. A través de su crítica, de la que él realiza, obtendremos ahora nuevos datos de su intimidad. Hablamos de los más señalados escritores norteamericanos.

—Su ritmo, su modo de entretarse a la vida, no puede parecerse al nuestro. Se debaten en el protestantismo de Zuinglio y Calvino. Lo respiran. Además, los norteamericanos han leído mucho a los griegos. Debido a ello, y supuesto su protestantismo, consideran la vida en el sentido de que no es posible evitar la fatalidad.

—Ciertamente. Y creo que no solamente en la novela. También en el teatro, y en el teatro que se representa en nuestros escenarios. «Cuarto de estar», por ejemplo.

—Sí. Hay no obstante, uno que presenta cierta titánica singularidad. Es Faulkner. El individuo de las narraciones de Faulkner es aquel que puede eludir la fatalidad por su propio esfuerzo.

—Pero aun contando con ese dato hercúleo, la fatalidad continúa gravitando sobre las criaturas de Faulkner.

—Sí, sí. Su línea es la misma que la de los demás. Frente a ellos, el escritor católico halla siempre una puerta abierta.

La conversación entra de lleno en la esperanza. Y el pajarillo, sin odio y sin memoria, que horada las palabras invisibles, hechas sonido en el aire, mira, de vez en vez, por la ventana.

CUARTA DESCRIPCIÓN: EL PROFESIONAL

Es larga ya en popularidad y en sucesos la biografía profesional de Tomás Borrás. Fué corresponsal en la guerra de Africa, en la Europea. Fué cronista de la nuestra... ¡Ha sido tantas cosas! Tomás Borrás nació en Madrid. Hizo sus primeros estudios en el Instituto de «San Isidro». Allí tuvo como profesor de Literatura a Navarro y Ledesma.

—Era un gran erudito y un gran profesor. Desgraciadamente murió muy joven. A los treinta y tres años.



De esto hace ya algunos años, según puede verse por los uniformes. El escritor era entonces un recluta

Luego, Borrás estudió Derecho. Acabada la carrera se colocó de pasante con un notario, como Balzac. Ya desde mucho antes la llamada de la literatura era irremediable.

—He escrito en los periódicos desde los doce años. He colaborado desde entonces en todo lo que usted se pueda figurar.

Su padre le llevaba a unos y a otros periódicos. Estamos por el año 1903. Muy pronto se colocó de meritorio en «La Mañana», un periódico sin filiación política, que dirigía Manuel Bueno.

—Manuel Bueno... ¡Qué periodista y qué escritor era aquél! ¡Cuánto talento y cuánta gracia hay diseminada y perdida por los periódicos españoles!

—En cuanto a usted, ¿cuánto le pagaban por aquellos tiempos en concepto de colaboración?

—Un duro.

—Y eso, ¿qué es? ¡Un duro!

—De corresponsal a la Guerra Europea fui con quinientas pesetas.

De «La Mañana», Borrás pasó, en 1912, a «La Tribuna», que dirigía Cánovas Cervantes. Estuvo allí hasta el diecinueve, año en el que Aznar le llevó a «El Sol». Y de «El Sol», a «A B C».

Me cuenta algunas aventuras y desventuras de Africa. Había allí, cuando lo de la guerra, un corresponsal de América del Sur, creo recordar que de Buenos Aires, magníficamente sostenido por su periódico. Además tenía un coche. Un coche o algún otro vehículo resultaba indispensable, ya que el frente se hallaba a considerable distancia. Como Borrás carecía de medios de transporte, arregló con el periodista sudamericano. Este le prestaba el coche, y Borrás hacía las crónicas de ambos. En fin.

Borrás me habla después algo de sus empresas teatrales. Hubo una vez que, mediante el teatro, creyo poder evadirse de la dura tarea de la colaboración en periódicos. No lo logró del todo. Durante algún tiempo se mantuvo en equilibrio, sobre el alto alambre de otro oficio. Demasiado incómodo. Y volvió a su mundo natural, al mundo deslumbrador, monótono y sucesivo de los periódicos.

—Llegué a tener un hotelito, un coche, una cierta independencia... En fin, todo acabó y hubo de volver a los periódicos.

No se lo he preguntado con demasiada insistencia. Pero, en el fondo, yo sé que volvió feliz. Feliz como Ulises.

Poco a poco la conversación deriva hacia el problema más hondo del escritor español.

—Hoy—me dice Borrás—no puede uno dedicarse en serio a la literatura. Hay que andar por ahí partiéndose la vida. ¿De dónde sacar el tiempo preciso? El tiempo... Si el tiempo fué siempre un artículo de lujo, ahora lo es doblemente.

—¿Le es necesario al escritor abrir en su vida paréntesis de ocio?

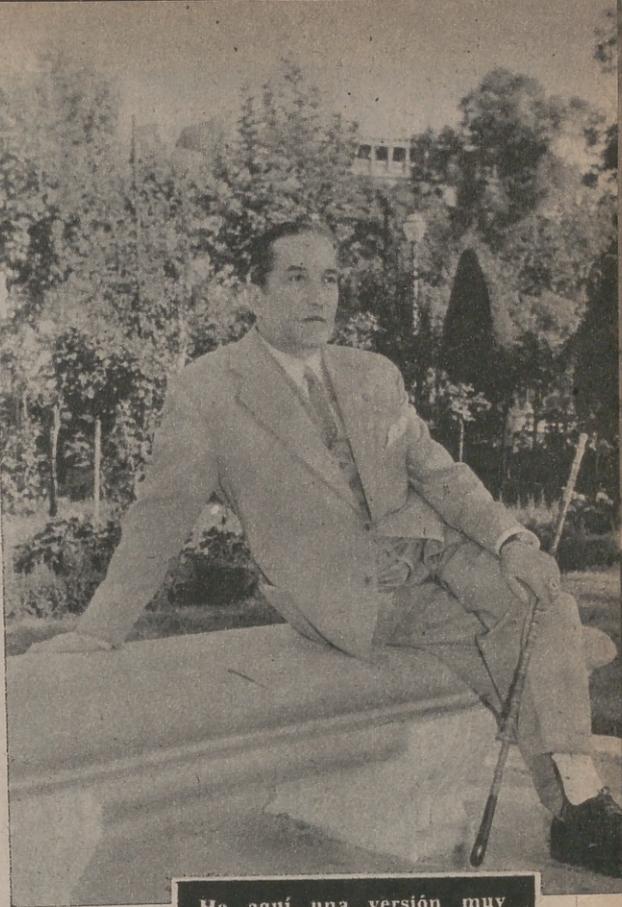
—Totalmente. Goethe, que pensaba agudamente, habló del «ocio fecundo». Mire usted: uno va y viene de la mañana a la noche en busca de la colección mensual de recibos, sin posibilidad de ver las cosas sino a través de su actualidad urgente. Las cosas poseen algo más que su propia noticia.

—Sí. El tiempo...

—El tiempo modela la sensibilidad.

Y el espacio.

—Podría escribir mucho. Pero, ¿cuando? Y lo malo no es que este sea fundamentalmente mi problema. Es que es el problema de la mayor parte de los escritores. Nuestra situación es un puro equilibrio entre las exigencias domésticas, siempre indeclinables, perentorias, y el desarro-



He aquí una versión muy propia del escritor: la de «gentleman»

llo normal de la vocación.

Toma el diálogo la dirección de otros asuntos. Borrás vive en Cuatro Caminos, en la Avenida de la Reina Victoria. Hemos ido a verle en una mañana cruda, despellejada. Como ambos tenemos alguna prisa hemos abandonado la casa. Hace mucho frío. Entramos en una taberna. Borrás no puede beber. Tampoco puede fumar. Como solución, volvemos a hablar de escritores. Hablamos de este y de aquel. Sale el tema de los inventos. Luego, el de los autobuses. Otra vez los escritores. Azorín. De Azorín apunto un juicio muy interesante de Borrás: «Azorín es un Proust fracasado».

Poco después nos separamos. A los dos días tuve que volver a casa de Borrás en busca de unas fotografías de esas que son retrospectivas. Estaba como siempre, trabajando. El pájaro me miró atentamente, como queriendo recordar.

LO INDESCRIPtible

La verdad es ésta, parezca o no literatura: pocas veces he hallado un hombre de raíz tan pura y limpia como Tomás Borrás. Se encuentra tan capacitado para la esperanza—y volvemos a lo del principio—como un adolescente. El, que desde su innegable altitud podría hacerlo ya todo de oficio, pone en todo el corazón. El corazón es su herramienta. Por muchas razones debería estar ya liberado de la minucia periodística. Han sido muchos años dando la cara. Aun en aquellos en que lo más fácil hubiera sido que se la rompieran. Bueno. Poco me queda ya que decir. Sólo que a Tomás Borrás se le van acumulando—como al hombre solo del que una vez escribió—las cosas más puras: la fidelidad de unos perritos, un pájaro...

Carlos Luis ALVAREZ



Borrás ante sí mismo. Al fondo, colgante e inclinado, un corazón atravesado por un puñal

LAS MATEMATICAS, LAS ESTRELLAS Y

CABALAS, PRESENTIMIENTOS, CONSEJOS Y

EL 18, PRIMER NUMERO PREMIADO EN NUMEROS CON GRACIA Y OTROS

746 millones de pesetas

ESTE SORTEO ES DE
25 PTS. Decimo 250 PTS. Billete
Premio Mayor 1.000.000 pts.

**NO. HAY
DECIMOS
NI
BILLETES
PARA
NAVIDAD**
**PROXIMO SORTEO
DECIMO 25 PTS**

TOLOS años el día 22 de diciembre la mayoría de los españoles encendemos la radio y buscamos esas vocecillas que tienen un matiz inconfundible para oír cantar una vez más el sorteo de Navidad. Volvemos a escuchar, pues ese sonsonete especial de las «diez mil pesetas», repetido durante 1.958 veces, escaparse por las rendijas de todas las ventanas e inundar y ganar las calles, y ese murmullo que acompaña el nacimiento de los premios grandes de los «seis ceros a la cola» (como decía un andaluz, empedernido en jugarse las pestañas a la lotería.

Y oiremos también—y cómo no?—el rumor de enjambre mecánico de esos planetas de la ilusión que son los bombos al girar—nuestro posible cortijo y nuestra posible casa volteados en sus entrañas—, y esa expectación incontenible, ese casi no respirar hasta la salida del «gordo», un número que pasa en unos minutos del más completo anonimato a la más fabulosa popularidad. ¿Porque quién no tutea en nuestro país al «gordo» unas horas después de aparecer triunfal en el mundo? Preguntadle al pastor encaramado en el risco más solitario y agreste y os lo dirá en el acto. Ha quedado ya inmortalizado en esa galería de los números ilustres donde se sitúan, en un puesto de honor, el centenar y pico de flamantes «gordos» de Navidad.

Este será así, aproximadamente, el ciento treinta y tantos, una edad ya algo avanzada. Mas si queréis seguir en su biografía, añadi-

remos que lo apadrinó el rey don VII. A él se deben estos sorteos de Navidad. Pero nuestra es más antigua. Se justifica por decreto del 30 de setiembre de 1763 y cumplirá de todo en este diciembre 193 años. Fue Carlos III la trae de Italia y constituye un gesto!—en hipoteca su hacienda para seguridad engo de las suertes. Aquella —llamada hoy Primitiva— muy distinta de la actual, reís saber de ella, podre un manual explicativo se especifican sus jugadas, ociones», como se decía. En resumen, consistía en cinco números de noventa y uno de ellos o dos), tres (terno), cuatro (cuadró o los cinco (quinterno). Es el sùmmum de la suerte.

Por otra parte, el primero se realiza el día 10 de enero de ese año 1763, y el primero que sale de nuestra es el 18. He ahí un número de recordarse, a la vanguardia de esas cifras doradas por una fortuna.

«LA MINA DE ORO DE JUGAR A LA LOTERIA»

Pero para quienes gusten de borear la historia de nuestros más afortunados loterías y separar con horror los números con la desgracia a c y, sobre todo, para los que aún todavía con las cábales martingalas por el estilo un

Desde hace muchos días este aviso se lee en todas las Administraciones de Lotería



Los niños de San Ildefonso van cantando alegremente los números afortunados



Los jugadores siguen expectantes la salida de los dos» con cola de muchas pesetas

EL SORTEO DE NAVIDAD

SE Y OTRAS HISTORIAS

ADN NUESTRA LOTERIA

TE CON "MAL FARIO"

tas esperan dueño

rinóan-
e estos
uestría
inust por
e sobre
de todo
añous-
III la
tituyen
su ha-
ad eligo
ueliería
mitivera
actuque-
podréar
ivo y se
adas, ac-
ecia des.
tia car
oventer-
dos),
(Cua o
) Es el
te.
primero
de dire
primere-
tra Le
nero y de
angus de
por Ana

delicioso libro en el XIX publica-
do con el siguiente título: «La mi-
na de oro o sea arte de jugar a
la Lotería Primitiva con seguridad
de cuantiosas ganancias fundado
en la observación de la marcha
continua de este juego, por J. L.
Madrid, 1854». El tal J. L. era, por
lo visto, un visionario, y estaba
tan convencido de la seguridad de
sus procedimientos que quiere ha-
cer, en un acto de generosidad, co-
participar de sus combinaciones al
resto de sus paisanos. A él le pro-
porcionaron «días de jolgorio»
—nos lo figuramos de juega con
chistera y plastrón—, y como no
tiene nada de «egoísta», desearía
ver a todos «nadando en la abun-
dancia». (El librito se vende en el
Iris de la Ilustración, plazuela del
Angel, 12, y estamos seguros que es
su importe, cuando lo compren
unos centenares de incautos, lo
que desea firmemente el tal J. L.)

Sea como sea, la cosa es bien
sencilla. «Aquí no hay más temor,
más esperanza, ni más trabajo que
llegar el jueves o viernes, dejar en
la Administración unos cuantos
reales y volver el martes a perci-
bir las ganancias...» Y si esto fuera
así sólo, ¡qué felicidad! Lo cierto
es que nuestro hombre se tortu-
ra la cabeza con sus tablas y res-
támenes. Ahora —el libro en nues-
tras manos— nos parece ingenio
ese «sueño inútil»; sin embargo,
tiene su gracia ver las anotacio-
nes —a lápiz, a tinta— de lecto-
res que se lo bebieron y se quema-
ron las pupilas, en larguissimas ve-
ladas invernales, intentando des-
cifrar y afinar aun más las com-
binaciones hasta conseguir una
cédula de tres, palacio, coche a la
puerta, palco en el Real... etcéte-
ra... ¡el sueño en aquella época!

Veamos, a continuación, algu-
nas de las consecuencias sacadas
por J. L. a la vista de las 1.191
«extracciones» —sorteos, en la ac-
tualidad— celebradas durante no-
venta años: desde la del 10 de di-
ciembre de 1763 a la del día 3 de
abril de 1854.

Por lo pronto, se encuentra con
que de los 90 números es el 10 el
que salió más veces: en 86 ocasio-
nes. Y con el 10, el 34, el 50, el 90
y el 18, por ese orden. Por el con-
trario, son el 68, 70 y el 86 los que
sallieron menos (de 44 a 50 veces).
En general, los números altos
—del 46 para arriba— aparecen en
una proporción un poco mayor
—el 1: 36 y media— sobre los res-
tantes.

Hay veces también en que los
mismos números se repiten en
«extracciones» sucesivas y, por
tanto, «no es razón el que un nú-
mero haya salido para dejar de

jugarle». Ejemplo al canto: el 21,
el 10 y el 53 son premiados por
dos veces consecutivas: el 10 y el
30 de abril de 1849. El 34 es el
que más se repite: hasta siete
veces.

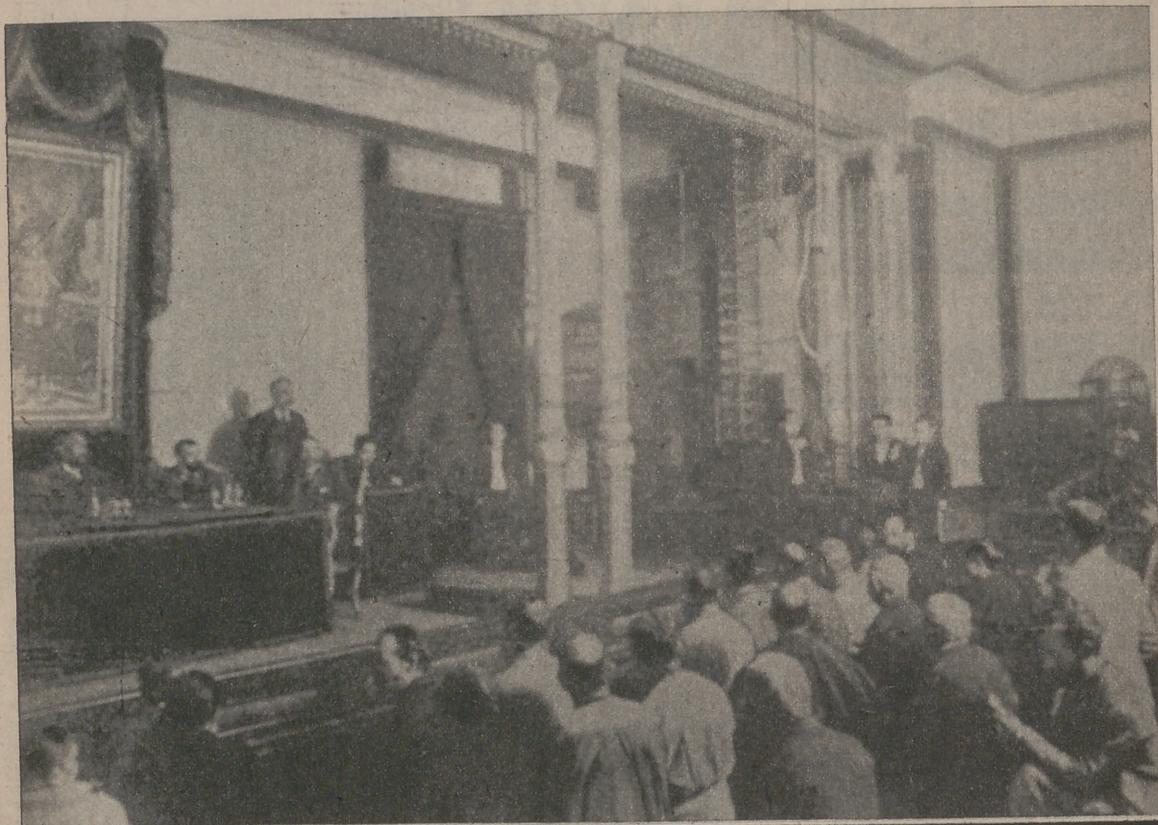
Después se ocupa de los nú-
meros correlativos en una misma
«extracción» y aquellos otros de
una misma decena. En «ambos»
son los del 50 al 59 los preferidos.
Por excepción, y por una sola vez
en nuestra Lotería Primitiva fue-
ron premios cinco números de
una sola decena: la primera. El
17 de abril de 1812: el 1, 5, 9, 7 y
2. A J. L. se le ponen los dientes
largos, de jugarse esa decena
bien combinada y a mil reales la
cédula, «apuradillo se hubiera
visto el erario de Cádiz para pa-
garle». Porque, entonces, funcio-
naban, al par, dos loterías: la
de Madrid y la de Cádiz, y en
lugar de doce «extracciones» por
año, había hasta treinta y tres y
aún más. Luego se regularizó en
catorce, una cada mes y dos en
mayo y septiembre.

Pero, a lo que íbamos. Con el
conjunto de todos esos datos,
J. L. realiza una combinación de
números por figuras. Coloca
—supongamos— el 5 de número
base, de fondo, y hace subir el
número inicial. Verbigra: 15,
25, 35, 45, etc. De ellos saca sus
cédulas de tres. Estas podrían

Esta es la bola que todos
persiguen: quince millones
de pesetas

ser: el 15, 25, 35 ó el 15, 25, 45,
sucesivamente. Más combinando
seis números —para lo que son
precisas veinte cédulas— se pue-
de contar con un «terno» de se-
guro. O sean: 125 reales por 2
maravedis. La cosa bien merece
la pena. A partir de aquí revela
su «importantísimo secreto». La
jugada de ese año —del 1854— y
del siguiente será esta: 7, 27, 72...
Aquel que juegue ese «terno» al-
canzará 8.500 rs. con 40 reales.
«¿Quién no quiere ser rico?», se
pregunta. Pues, no hay más que
seguir sus consejos prácticos y
dejarse de operaciones algebrai-
cas, porque «hasta ahora a nin-
gún matemático hemos conocido
enriquecers con los productos de
la Lotería...» Sus recomendacio-
nes finales son: Formar una
combinación con arreglo a las
observaciones prácticas y jugar
con constancia y moderación...
Por último, inserta una jugada
cabalística en verso quebrado:

«19 al derecho y al revés,
no te engaño,
darán terno 33
en este año.
Animo, pues, todos a una
en busca de la fortuna.»



1901. Acaba de salir el Premio Gordo. El público se ha puesto en pie y la emoción es inmensa. Como veis, el patetismo de este instante permanece intacto

EL TELEGRAMA DE LOS MILLONES

Pero como el número de apasionados a la Lotería ha sido siempre muy fuerte en nuestro país —más de 17.000 billetes de la Lotería llamada Moderna o «americana» (el billete fraccionado en décimos) se venden en Cádiz, en 1812— han sido también muchos los ingenuos en buscarle los cuatro pies al gato de oro de la fortuna y hacerle cosquillas al cálculo de las probabilidades, como si la suerte se pudiera traer y llevar a nuestro antojo.

Se suceden así, los que pierden su tiempo con los cálculos cabalísticos los que someten a operaciones los números anteriores —«si sale el 61, el siguiente na de ser el 45» acaban por decir— y los que se aferran, como a una tabla de salvación, a las jugadas triangulares, pifias de las tres tiplas y otras zarandajas, que las había para todos los gustos en aquella antigua Lotería. Otros preferían barajar las cartas y colocarlas en tres montones. Si en el primer montón sale un as y dos figuras, no cabe duda: a jugar el 31.

Mas la inefable Lotería Primi-

tiva tenía sus días contados: en 1867, una fuerte jugada hizo temblar las arcas del Tesoro y se ordenó quedara tan sólo la moderna. Entretanto, el «gordo» de Navidad subía de las 40.000 pesetas a un millón (1865) y entra en el siglo con los cinco millones, una cantidad casi de fábula en aquellos días. En la Prensa de entonces se publica la fotografía de los cinco millones en saquitos de plata de a mil duros, apilados en los sótanos del Banco de España. Ese retrato auténtico del premio «gordo» produjo escalofríos. También se podían leer, por doquier, las siguientes líneas teñidas aún de un sensacionalismo romántico: «Los españoles esperan trémulos el misterioso instante en que la loca fortuna arroje al azar el más grande de los aguilaldos». «El «gordo» es la obsesión nacional durante un mes», escribía Eusebio Blasco. Y tenía razón. Las conversaciones en diciembre venían a parar siempre a lo mismo. Se conocían los mínimos detalles de su nacimiento. Que las bolas, por ejemplo, eran de madera de boj de los Pirineos, limpias y sin nudos ni vetas, estaban numeradas a fuego, se trasladaban en bolsas de «peluche» y se encerraban en arcas de tres llaves... Quince días antes del sorteo imponía la cola a la puerta de la Casa de la Moneda y unos ciclistas con un bigote a lo Káiser aguardaban para volar, en seguida, por Madrid, con el número del premio «gordo» pintado a la espalda. Las gentes arrebataban las listas y los listines de las manos de los vendedores, mientras el telegrafo esparcía los números felices por todo el ámbito nacional. Cualquiera telegrama

que llegara a un pueblo ese día 22, a las dos de la tarde, caía como una bomba. ¿Vendrían con él los millones?

CONSEJOS PARA TENER MAS SUERTE

Pero, ¿qué hacer para tener más suerte en la lotería? Esta pregunta flota, ahora, en el ambiente y atormenta a quienes, una vez y otra, jugamos con esa inquebrantable esperanza—tan española—de que algún día habrá de tocarnos? Naturalmente, hay una extensa relación de presentimientos, de pequeñas supersticiones y otras historias, para tratar de contestar a esa pregunta.

En primer lugar, se recomienda despreocuparse un poco. Basta estar pendientes del sorteo para tener ya menos probabilidades. Las buenas, como las malas noticias, llegan casi siempre de sopetón. Por eso, será buena señal perder el billete. Claro que ahí está lo difícil: perderlo a conciencia. Perderlo, con la seguridad de encontrarlo cuando se desee. Pero que la suerte acompañe a los distraídos es cosa sabida. Sólo que con este sistema se pasan a veces muy malos ratos. Un ingeniero, Ludovico Pompei, perdió el 10.048 de la Lotería Nacional italiana, premiado con 25 millones de liras, y a poco más si se le pone el pelo blanco en las horas que invirtió hasta dar con él.

También se aconseja no mirarlo. Para Luis Gabaldón, el billete conservado sin echarle un vistazo encierra bastantes probabilidades de convertirse en un «talon contra el Banco de España». Otros hablan de las ventajas de

Lea todos los sábados
LA ESTAFETA
LITERARIA

comprarlo por la mañana. después de entrar en la Administración elegida con el pie izquierdo. O la de pedirlo por correo, con el tiempo encima y, a ser posible, recibirlo ya sorteado. (Lo que creo sucedió en un sorteo de Navidad hace unos años.)

Hay quien se entrega a las temáticas y a las estrellas. (En Oeylán un abogado ha ganado 7.000 libras en las carreras, luego de consultar más de 200.000 mapas astronómicos. Ellos le indicaron el caballo ganador.) Los primeros os hablarán con entusiasmo de las raíces cúbicas y los múltiplos de los números que llevan sin salir no sé cuantos años. O de la estética oculta en algunas cifras y os describirán los «números bonitos y feos», como si fuesen cuadros, y de las ventajas de los billetes terminados en 5—el número perfecto para los chinos—o en 13 para ir jugando a la contra, porque, como todos conocéis, el 13 «da mal fario». Judas hacia el número 13 y, por si acaso, hay aviones y barcos con la plaza número 13 suprimida. (En Londres, en Park Lane, el propietario de la casa número 13 le colocó el número 12-A.) Por todo ello, la suerte—enterada quizá—gusta de hacer la trastada de irse, en ocasiones, del brazo de los 13, y hay que estar prevenidos de antemano...

A su vez, les oiréis hablar de sus sueños. En España, cuando se sueña con un toro negro hay que salir corriendo a comprar lotería. Aquí todo el mundo lo sabe, aunque no se sepan las razones. Pero un toro negro en un sueño es algo más seguro que las añejas razones de Aldo Bini en su «Guía a la fortuna» o las de Edwin T. Fradley, en ese libro clásico de «Now to get money», para encontrarse, de la noche a la mañana, con una fortuna en nuestra casa.

Sin embargo, soñar con que toca no es buena señal; otra cosa son esos números que dicen oír

algunos mortales con una voz de ultratumba. Recientemente, se comentó mucho un caso de ese estilo. María Cattaneo, una campesina de Ponte-Stura, cerca de Milán, oyó cómo su madre le dictaba los números 16, 12, 6 y 25. María jugó 10.000 liras a la combinación y le tocaron 83 millones. Cuando se enteraron, muchas campesinas italianas se pasaron las noches sin dormir esperando oír voces parecidas. Entre los casos de presentimiento conocemos el de la bordadora que, al ver a los niños que iban a la Casa de la Moneda, se fijó en uno y dijo:

—Ese me va a dar a mí el «gordo»...

Y así fue.

«MIENTRAS HAY VIDA, HAY ESPERANZA»

Lo cierto es que junto a todas estas fábulas, hay a quienes la suerte se empeña en ir con ellos y, lo quieran o no, se han de llevar a viva fuerza al «gordo» de Navidad... Entre éstos, el de aquel extranjero que comprara un billete, en Burgos, de paso; o el de los dos hermanos de Zaragoza. Uno de ellos se marchó a Vitoria y compró un billete para los dos. Vino premiado y se negó a darle su parte al otro. Este volvió, resignado, a su zapatería y al año siguiente jugó de nuevo, y entonces le tocó a él sólo. La suerte, además, viene por rachas. Todos los jugadores de cartas os dirán cómo se dan cuenta de cuándo la suerte les viene o de cuándo se va. Regla del jugador será jugar fuerte en el primer caso, y mantenerse al palo en el segundo. Lo que ocurre es que se quiere seguir jugando fuerte, aun cuando la suerte se haya ido, y se acaba perdiendo la cabeza.

Una racha fabulosa de esas cogió por su cuenta a don José Alemañara, encargado de la gasolinera en Pedanía de la Aldea, en el pasado año, y le proporcionó, que se

sepa, un tercer premio de 20.000 pesetas en el sorteo del día 5 de noviembre; el segundo de la de Santurce—en combinación con la Nacional—, en diciembre; 200.000 pesetas en la del Niño—el segundo premio—, el 5 de enero; y, por si fuera poco, 500 pesetas, al día siguiente, en los cupones de los Ciegos, y un boleto de 13 resultados en las quinielas.

En el polo opuesto, aquellos a quienes la suerte les jugó la mala pasada de acercarse, rozarlos con su varita mágica, y cuando la tenían ya segura, dejarlos con tres palmos de narices. En este punto hay casos impresionantes también. Quienes jugaron, por ejemplo, en un sorteo de 1884, porque les tocó y fué como si no les tocara. Se olvidó un millar que se quedó sin entrar en el bombo, y hubo que meterlo y realzar el sorteo otra vez. Y a los que les toco por primera vez, se les fué la fortuna como por ensalmo.

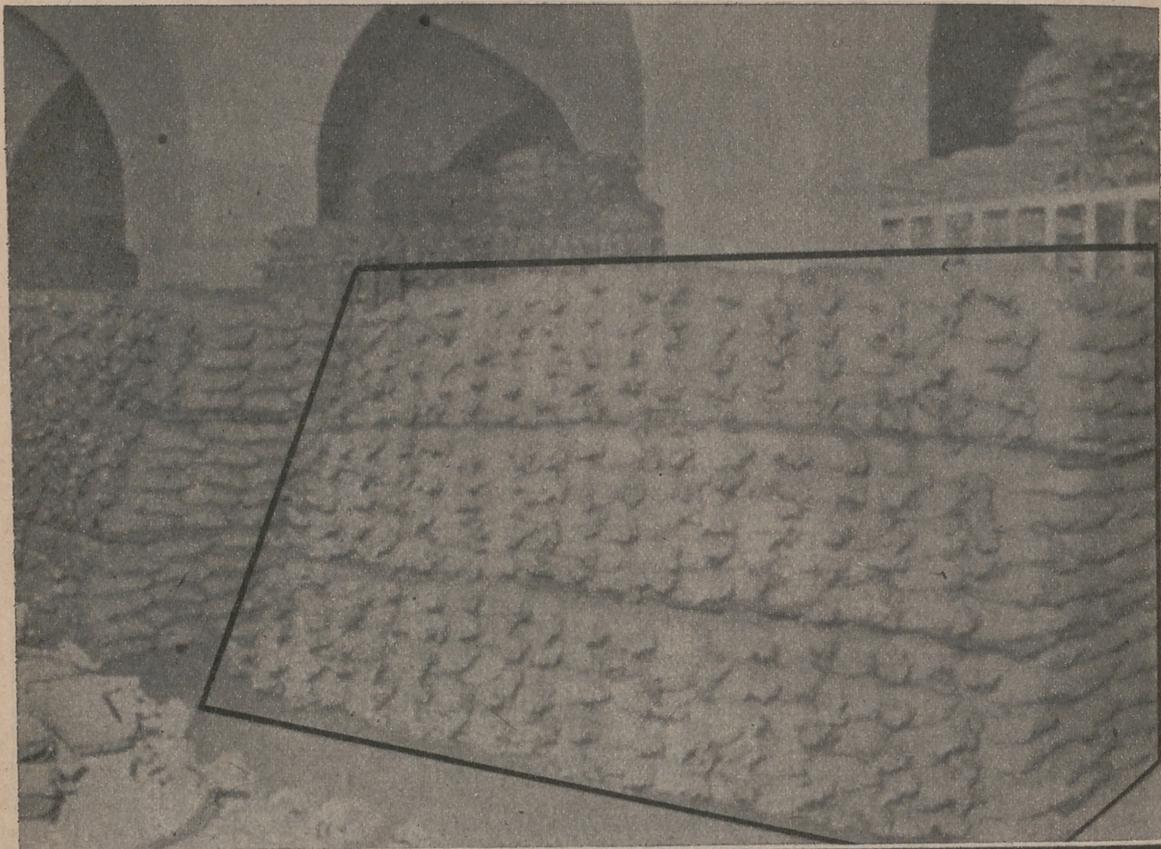
Recordemos a los premiados con las participaciones célebres de Escámez, en Sevilla, y a don Pedro Alonso, de Vergara, quien quemó, entre un montón de papeles viejos de su despacho, nada menos que millón y medio de un décimo del 50.580.

Pero de lo más triste quizá, lo ocurrido a Annie Harris. Annie era una viejecita muy pobre de Nueva Gales del Sur. Compró un billete y en una esquina escribió: «Mientras hay vida, hay esperanza». Al otro día murió, y a la otra semana el billete salía premiado con 6.000 libras.

Esto me lo contó un amigo que era un verdadero arsenal viviente de noticias y anécdotas sobre la lotería en cualquier país y en cualquier fecha. Más aficionado a ella que el Rey Carlos de Portugal, que conocía al dedillo como Luis XIV de Francia repartió 3.000 billetes entre las damas de su corte, o se rifaban 29 aldeas, dos fábricas y 10 hectáreas

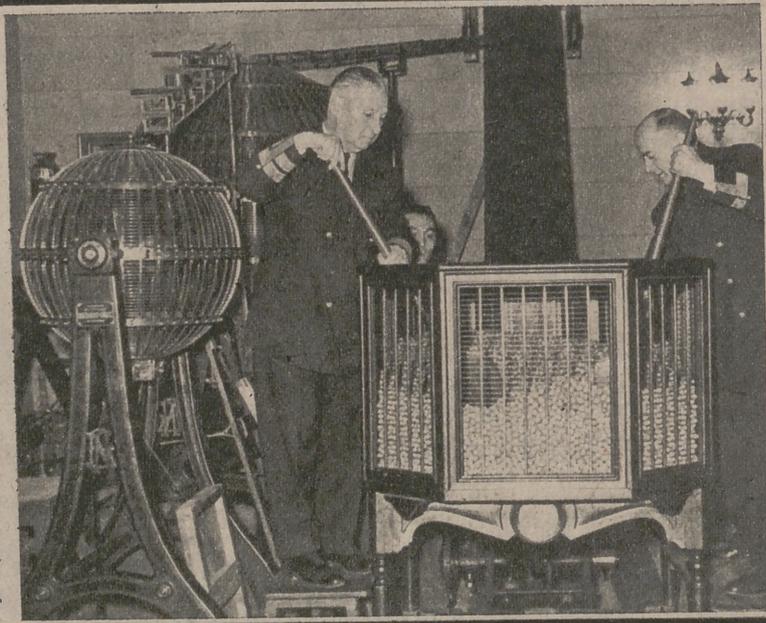


1906. El primer año de los seis millones. Expectación en torno de la Casa de la Moneda. A través de sus ventanas se filtra el número que pronto volará por toda España



¡Gran publicidad para la compra de la lotería! Espacio que ocupan los seis millones del «gordo» en los primeros años del siglo. «La línea negra indica el lugar que tienen reservado en el Banco de España.» (Fotografía de la Prensa de entonces.)

de bosque en algunas antiguas loterías alemanas. ¡Y si es de la Lotería española, a qué hablar! Sabía del «gordo» más alto—el 50.047—y del más bajo—2.048— desde 1868 a 1914, la Edad Moderna—como él decía—de nuestra Lotería. Y de los dos nueve mil del año 70 y 71. Y cómo de esas noventa y cinco veces, a Madrid le correspondió el «gordo» 22 veces y a Sevilla, seis. Y a Huelva, León o Guadalajara, ni una sola. Y se le hacía la boca agua al referirnos la racha de los cuarenta mil en 1947, con los finales en 6,



A paletadas se remueven las bolas que este año van a reparar setecientos cuarenta y seis millones de pesetas

billete se ve asaltada de continuo por la multitud...»

Y ¿POR QUE NO HABRA DE SER EL...?

En resumen, que nueve series de 60.000 billetes de 2.000 pesetas cada uno se juegan en este sorteo de Navidad, tan tradicional y tan popular entre nosotros. La venta total del papel de este sorteo representa unos 1.080 millones—más de 746 millones en premios—y el «gordo» supone 135 millones, ni más, ni menos, para el feliz mortal que se lo juegue completo y exponga 18.000 pesetas en los nueve billetes afortunados del mismo número. Para los restantes aun quedan 3.091 premios y 5.999 para reintegrarse del gasto. Sólo que no nos fijamos ya más que en el «gordo», y todos aspiramos a él, a ese señorón que reparte los millones a voleo y los siembra a su gusto, como quien tira grano por el aire.

9 ó 7... Y de cuando en cuando en 1896-97 pensó arrendar el Estado la Lotería y de cómo en 1913 se jugó mucho, y muy poco en 1931, aunque el «gordo», no vendido, volviera a parar a la Hacienda... Y describía, encendido de entusiasmo—como ya escribí una vez—la llegada del «gordo» de seis millones, en 1906, a Huércal-Overa, repartido por don Miguel Aguiló en 1.300 participaciones, hasta de 10

céntimos. Y enseñaba una fotografía: el vecindario apretado alrededor de don Miguel—unos municipales en primer término—y todos más contentos que unas Pascuas. O de cuando se vino el 26.265, en 1901, a Villajoyosa, y conservaba sobre ello unos recortes de Prensa inolvidables: «Desde que llegó la noticia no duermen ni sosiegan...» «La casa de los compradores y depositarios del

titas en los nueve billetes afortunados del mismo número. Para los restantes aun quedan 3.091 premios y 5.999 para reintegrarse del gasto. Sólo que no nos fijamos ya más que en el «gordo», y todos aspiramos a él, a ese señorón que reparte los millones a voleo y los siembra a su gusto, como quien tira grano por el aire.

Jesús DE LAS CUEVAS



FELICES NAVIDADES

CON...

“Cada 7 días, el número SOBERANO de González Byass”

Con cada botella, una tarjeta para concursar
¡SOLICITELA!



Vd. no tiene nada más que elegir un número, del 1 al 121, y si acierta, puede obtener cualquiera de estos 8 regalos que se darán **TODAS LAS SEMANAS**, sorteándolos entre los acertantes:

- | | |
|--------------------------|------------------------------------------|
| 1.º Un scooter LAMBRETTA | 5.º Una máquina de coser ALFA |
| 2.º Un frigorífico EDESA | 6.º Un reloj de pulsera OMEGA |
| 3.º Un VeloSolex ORBEA | 7.º Un mueble-bar ALFA |
| 4.º Una radio PHILIPS | 8.º Un barril de lujo de brandy SOBERANO |

Y un coche SEAT al final del concurso para sortearlo entre los acertantes no agraciados en los premios anteriores

Escuche la emisión de los viernes, a las once de la noche, por la cadena de emisoras de la SER, donde al azar, se sacarán los números premiados.

GONZALEZ BYASS



mal. ¿Pasaré la noche o seré yo como una de esas estaciones ferroviarias de tránsito que se asoman al camino tan sólo para atestiguar su paso?

Hay que agradecerle a Silvela el mensaje de afecto expresado en una frase hecha... «¡Felices Pascuas!». Hubo un tiempo en que estas dos palabras no formaban yunta; corrían desligadas, cada una por su lado, carentes de emoción y de sentido. Ser feliz en el tiempo Pascual, cuando nace... Bueno, la vida queda sintetizada en dos o tres actos señalados, en dos o tres pisadas que dejan huella en el camino. Mas entre la presencia de cada una, en el espacio que media desde la huella a la pisada existen días, cosas, sucesos que no hemos vivido, que no están incorporados a nuestra personalidad. Bachas, tajos del camino... Puede ser que esos días olvidados los viváramos sin amor, días minerales a los que faltara el soplo angélico.

—¡Felices Pascuas!

—Ah, gracias, igualmente.

La verdad es que no había reparado nunca en el chico del ascensor, al que saludo desde hace dos o tres meses cada vez que... El oficio nos deforma los ojos y la curiosidad hasta el extremo de no reparar en lo mínimo, en lo que tenemos al lado, en lo familiar. Vemos manifestaciones de cuatrocientos mil obreros agitándose como si fueran perdigones sobre un tambor; concentraciones deportivas, huelgas, número, masa... Como cuentan el ganado allá en Tejas, por el instinto de la aglomeración.

¿Felices Pascuas?

En estos momentos, entre el piso quince y el catorce no puede comprender si han sido pronunciadas en mi idioma estas palabras. El ascensorista ha cobrado ahora realidad, ha huido de los rebaños que cuento todos los días, ya no es sombra, sino alguien, acaso porque hoy, bueno, porque esta noche, sea excepcional.

—¡Felices Pascuas!...—Y el chico sonríe porque instintivamente comprende que acabo de sacarle del anonimato, que cobra ante mí un valor humano.

La cabina metálica del ascensor está pintada de gris verdoso, color que nos desprende de nuestra propia sombra, decapitada por la luz uniforme que corre a lo largo de las cuatro paredes ocula, remetida en un friso de latón dorado. Al la altura que sobrepasa nuestras cabezas, un enrejado que envía y chupa el aire. El ascensor es como un satélite del edificio que en vez de recorrer su órbita se contenta en medir su altura. Todo es ajeno, dentro del ascensor, a cuanto ocurre en la casa. El tiempo, su viajero, no permite ser fraccionado; se nos aparece en su plenitud sin orillas, como noción absoluta.

En el doceavo piso—vamos de bajada—hay que detenerse más de la cuenta, impacientando los guifos de luz del tablero de llamadas. Nos espera la ilustración, el dibujo que a estas horas ya ha firmado el jefe de dibujantes: un hombre de unos

cuarenta y pico de años, con el sombrero casi en la coronilla, jadeante, que lucha por meter dentro de la cabina del ascensor un abeto. A duras penas,

ayudado por todos logra su propósito, no sin que las ramas arañen las planchas metálicas, como si mil uñas rasgasen un trozo de seda. Se abre una sonrisa de comprensión por nuestra parte, de disculpa por la suya.

Una de las ramas llega justamente a la altura de mi cuello intentando colarse, vencer la blanda barrera de la bufanda. Nos envuelve el perfume de savia recién derramada, de bosque herido, de tierra fructificada en árbol. Naturalmente, sentimos la presencia de manos calculistas, de habilidosa energía que van arrancando los abetos con criterio mercantil. El árbol aún no se ha ahogado, aún no ha muerto definitivamente, pese a que del lejano bosque al mercado caminó leguas y días; aún tiene la gallardía y la flexibilidad de un atleta joven.

La presencia de la Natividad cobra ahora definitivamente categoría de hecho real, de noticia iba a decir. Pero no; no me admitirían esa noticia, la que informase que en el piso doceavo un hombre lleva a los suyos un árbol de Noel.

Vamos cayendo por el hueco del ascensor tres personajes y un abeto y tan pronto como lleguemos a la primera planta el grupo se dispersará rompiendo la tenue razón, el destino que nos une. También sobre el piso del ascensor—«espuma de plástico»—

DOS O TRES PISADAS

NOVELA por José Fernando AGUIRRE

—...De acuerdo... ¡Felices Pascuas!... ¿Cómo pasarás la noche?

Es verdad; las horas nos separan del tiempo al prestarlas nuestra atención. Nos contentamos con desgranar la mazorca rubia, molturar el grano sin que el fruto despierte el ansia total y generosa de poseerle. Por si fuera poco, aislamos las horas del tiempo y nos aislamos de las horas al reducir nuestra vida a momentos. De uno a otro, senos profundos donde habita la nada, donde no se da sino el palpito animal de la vida...

«Es verdad, Nochebuena».

Y de la memoria sube el recuerdo no en forma de imágenes, ni ese otro dolorido sentir que nos toma por el costado de los afectos. Hay días que huelen y días con sabor. La memoria ya no es un espejo enmarcado con grandes molduras que dan una sensación de profundidad, de lejanía; es un casi nada reducida, pues, por eso, por un perfume o un sabor a...

—¿Cómo pasarás la noche?

Pasar... Huellas sobre el camino, huellas del corazón apenas sin relieve; y en otras ocasiones, camino o escenario de nuestras pisadas el propio corazón. Cuando así acaece es que en nosotros se repite o se inaugura el torneo entre el bien y el

quedan nuestras huellas inmediatamente suplantadas por otro viajero. Pero no son producidas por la pisada—no pisamos tierra ni tampoco cabe decir que pisamos aire—; dejamos nuestro olor, nuestro perfume: el que desprende el cuero de la cartera de negocios; el del traje que soporta nuestra humanidad, nuestros movimientos—el roce continuo de las mangas de la chaqueta sobre el escritorio va triturando las fibras del tejido—; olor de almendras amargas de los zapatos recién embetunados; los artificiales de la peluquería o aquellos otros que subleven los sentidos denunciando la presencia femenina...

El árbol se va repantigando en el breve espacio de la cabina, con esa irrepertinencia jovial de los gordos; dentro de nada nuestro cuerpo quedará convertido en un acericó. Tal vez por su presencia incómoda nos va ganando la antipatía al hombre que lleva el árbol; aún no representa nada para nosotros, no simboliza ninguna fecha: es simplemente un objeto molesto, hiriente.

—Debería usted usar el montacargas.

Pero ni el hombre del árbol ni el chico del ascensor se vuelven a mí. No he debido pronunciar en voz alta este pensamiento que ha brotado con furia, como protesta ante un atropello, con la intención del hacha al descargar sobre el tronco.

Casi nunca puede romperse el silencio dentro de un ascensor; no cabe hablar del frío o del calor, de la despedida azul de la tarde, porque dentro de la cabina nada cambia, ni días ni estaciones. En posición de firmes, muertos en pie, subimos o bajamos. ¿Dónde mirar? ¿A quién mirar? Nos convertimos en nuestros propios espejos, sombras metálicas, cipreses civiles de la ciudad.

II

Navidades de ausencia, lejano todo desde el paisaje hasta las manos que pueblan de huellas los objetos al uso. Estoy aquí, dentro de un ascensor que ahora mismo estaba en la frontera de dos pisos, en el «aire de nadie». Ausencia de...

En estos días' el ambiente, la atmósfera cobra la apariencia de espejos opacos, de virutas de aluminio que enfrían todas las cosas. Se entremete el frío haciéndonos sentir más que nunca los límites de nuestro cuerpo; tenemos que defendernos, que defenderle por lo que brota un egoísmo, una complacencia amorosa de nuestro propio ser. Jornadas de descanso que permiten escuchar cómo van parándose todos los motores de las fábricas, la actividad y hasta el pensamiento.

Días invernales y golosos cuando el aire huele a nieve. Recuerdo la casa de la abuela arropada por el caserío humilde; ancha y firme con sus siglos a cuestras, sancristobalón familiar, raíz y fruto de mi sangre. En estos días decembrinos la abuela lanzaba el toque de asamblea a los cuatro vientos. Jolgorio, risas, asombros a cada llegada, conforme recalábamos. Nunca coincidíamos en el momento de la bienvenida, tal vez obedeciendo a un rito. Hasta que nos reuníamos todos pasaban dos o tres días de amor en vilo, de presagios, de amplia y generosa tensión familiar.

—Aún falta tío Alberto...

Y tío Alberto aparecía tocando ya el límite de la espera, justamente en el minuto preciso para que su llegada no fuera descortesía o impaciencia.

—Hijo, hijo, siempre llegas tarde, cuando ya tenemos el corazón en un puño, reconviene la abuela mostrando lentejuelas de emoción en los ojos.

—¡Por poco no llego a tiempo!

—¡Pero hijo...!

—En la ciudad se nos pasa el tiempo volando; cuando quieres reparar se te ha echado encima.

Y la caricia verbal, piropo que aún levanta rubores escondidos en el almarío de la feminidad.

—Madre, por ti no pasan los años!

—Ay, ¡cuánto tiempo sin verte, Alberto!

—¡Qué quieres, madre!

* * *

El hombre del abeto trabajosamente deshace el nudo de la bufanda, una bufanda de confección, de bazar.

* * *

—Abuela, ¡felices Pascuas!

Aquello daba gusto, eran unas Navidades íntimas, empapañas de espíritu, liberadas de los reconcomios a cabo suelto la alegría. La abuela se presentaba con sus antiguos arreos, como si quisiera quedase en nosotros lo mejor de ella: el ser la razón de todos, su sangre derramada por los canales de la estirpe.

Conclave de la familia, largos interrogatorios so-



bre la vida y milagros de cada uno, dulces reproches con el aquel dengoso de achaques y fatigas. Cortejo de turrónes con escolta de jaleas, melones de cueiga, frutas de sartén, espanto en los corrales, plata bruñida y mantecos clorosos a membrillo. Devocionarios con manecillas de plata y aquel Niño Jesús expuesto permanentemente en la sala, barroco, rubeniano con destino ya para la parroquia, «cuando yo muera y ya no os acordéis de mí».

La tarde que precede a Nochebuena me gustaba salir a las eras, algunos años completamente nevadas. La torre de la parroquia era como un lápiz dibujando los puntos suspensivos de las estrellas. Soportar el abrazo del frío, los tirones con que nos empuja para alejarnos más y más de la casa, sabiendo que nos espera el calor, el atosigante calor de la chimenea de leños, imán de los ojos, atrayéndonos el mismo calor, pues si nos apartamos mucho se nos clava el espadín del escalofrío, del espeluzno.

—¡Felices Pascuas, abuela!

La rueda de tías—tía Luz, tía Adela, tía Luisa—trajinaban por las cámaras para montarnos el belén. Se desempaquetaban las figurillas envueltas en papel de seda y acomodadas entre paja con ternuras de maternidad.

—Niño, no toques nada... Ya os llamaremos.

Antes se había barrido la cámara para que no cobrasen polvo los pastores con sus zamponas y caramillos, pastores dieciochescos con actitudes principescas de minué.

Y lo divertido era ver cómo las bajaban al salón del que antes habían retirado una consola de triste espejo, salón sahumado de espliego para matar un poco las humedades.

Tía Remedios cantaría villancicos con su voz de contralto pasada; mientras, en la cocina, con su gran espetera reluciente de cobres—los grandes calentadores de cama, de chocolateras, los cazos de nariz...—, Sinfo preparaba las migas con torreznos tomadas tras la misa del gallo...

—¡Felices Pascuas!

Tiempo desprendido de la memoria, juvenil por las aguas de mayo con su mochila de olores, de nuevo en mí tenso y elástico. No era preciso encaramarse en los peldaños del recuerdo; está en mí y vuelvo a pasarle con el gozo de lo primerizo, con el agrídulce de la fruta temprana con que despierta a la vida el huerto.

Sí, es verdad; pero ahora me encuentro en el ascensor con el chico y un hombre que lleva un abeto, donde entrelazarán guirnaldas de papel de plata y campanillas de cristal. Ahora estoy próximo al octavo piso donde reclaman el ascensor con cierta prisa. El registro se ha encendido varias veces antes de que la puerta corredera dé entrada a un militar; es un «mayor» de infantería.

—¡Felices Pascuas!

III

—Sargento, póngame con el puesto de mando.

A nuestra izquierda tiraba una batería de «cho con ocho» rectificando constantemente el alza. Serían las cuatro y media de la tarde. A unos diez metros de nuestro pozo de tirador más avanzado, un olivo enseñaba sus garras al cielo.

—Es la maldición de la tierra, «pater».

Y el hombre me miraba en silencio sin columbrar si aquello era broma o una barbaridad de las muchas que aguantaba desde que le destinaron a nuestra bandera. Llevábamos dos días clavados en aquel sector casi desértico, sin más puntos de referencia que el olivo y una paridera. La tierra crujía por las heladas, frío en visperas de nieve que no llega a reventar. Si nevase subiría la temperatura, pero en esa espera se hacían más penosas las guardias y a punta de pistola había que mandar a los chicos a montar las escuchas.

Hería las manos rozar siquiera la tela del capote que se esponjaba hediendo cuando nos acercábamos a la lumbre. Dos días con silencio hurafío sin que lograsen romperlo el fuego de la batería; bien es verdad que la boca estaba desquijada y todo nuestro cuerpo parecía de aluminio.

Silencio en el «morse» de las ametralladoras, en el «paqueo» de las troneras; silencio ante lo tajante de las órdenes; silencio en lo alto, hasta llegar a los escalones del cielo.

—Dios nace esta noche, mi teniente.

No supe qué responder. La historia de aquel hombre se la imaginaba cada cual a su manera; bu-

hardillas de la personalidad donde se aprisiona el pasado; entereza para labrar la máscara, aferrada ya para siempre a nuestro cuero... Lo más que sabíamos es que era griego o de «por aquí», según decía el sargento. Algunas veces le sorprendí de charla con el «pater», pero mi presencia cortaba el tema de la conversación.

—Es un cura de los otros...

Bien pudiera ser. Subía entonces a la memoria la presencia de un algo no visto pero real. En silencio le tendí la petaca que me rechazó. ¡Vaya gente que lleva mi carro! dije para mis adentros. No se tocaban los pulpejos, engarbitados en forma de horquilla, como si estuvieran rotas las articulaciones; me costó Dios y ayuda liar el cigarrillo y darle a la ruedecilla del chisquero, de gruesa mecha color zanahoria, que oscilaba como un péndulo merced a mi temblor y al airecillo que anticipaba el crepúsculo.

«Dios va a nacer entre nosotros, entre nuestro miedo, entre nuestra cobardía; va a nacer rodeado de hombres, sin la presencia femenina que le acorra con caricias. Dios nacerá en la guerra, con la flor estéril del odio, con pañales formados por bayonetas... En el caldo de todas las pasiones, soñadas aparentemente por la disciplina; Dios entre hombres, solo, precisamente en su Niñez, anticipándole la Semana Santa, la injuria pareja del balbuceo... Dios nace esta noche, mi teniente; frase que anticipa, que avisa la Pascua, Pascua de Dios en la tierra, cuando...»

—«Pater», hoy es Nochebuena.

—Precisamente se lo iba a recordar, mi teniente.

—¿Habrá...?

Una andanada del «quince y medio» rompe la interrogación?

Nos refugiamos en la chabola del puesto de mando, nuestro «mas», como dice Eugenio, uno de mis alféreces que se educó en Inglaterra. Me senté sobre un cajón de galletas; me dolía la espalda, me dolía el silencio calando hasta los músculos, mezclándose con la sangre.

Empezaba a asomarse la noche por la baranda de los cielos, la noche de la luz, la luz misma, luminaria encendida todos los años, rito repetido como el relevo de antorchas.

—Esta noche...

—Por favor, cálese, se lo ruego...

La soledad ahondaba su agujero una soledad nacida de nosotros mismos, padecida con regusto salvaje.

—Sargento, que repartan doble ración de coñac.

—A la orden, mi teniente.

Con la navaja rasco la costura de tierra de las botas; es una tierra sin zumo, una tierra molida por todas nuestras pisadas, batanes de suela que de tanto zurrarla la han dejado estéril, tierra regando de sí misma...

* * *

El ascensor reanuda la bajada y con la presencia del «mayor» empezamos a estar molestos; el hombre del árbol de Noél pone un gesto tímido de disculpa, gesto que abarca todo su ser; quisiera convertirse en pura sonrisa de agrado. El «mayor» permanece rígido, como si le estuvieran pasando revista. No puedo menos de mirar en él unos años de mi vida, años que comienzan cuando por primera vez llegaron las Pascuas y por lo menos faltó uno a la reunión de mi abuela. Su uniforme adquiere la apariencia de espejo, por donde desfilara mi juventud, una juventud de uniforme que supo de miserias y de grandezas, lejano el tiempo, desgranado de las horas que contaba aquel reloj de sonería de casa.

* * *

Empieza a «cocer la olla», el ruido que forman los disparos de fusil, las ráfagas de ametralladora y el estampido de los morteros, ritmo sincopado del frente. Salimos apresuradamente.

—¡Todo el mundo a sus puestos!...

«Dios nace esta noche», y la frase me sube del hondón del alma con agrio desespero con melancolía, como si desnudasen las raíces de bondad que nos sustentan. La noche... Dentro de nada—deriva cuatro segundos ocho décimas...comenzarán a alzarse los telones que matan la luz, bosque de aire, árboles de sombras... Por las trincheras se

camina arañando el cuerpo los entrantes y salientes, el clásico zig-zag, camino entibado con troncos sin pulir, por una apresurada mano de obra que denuncia llegamos a un pozo de tirador Pílpito reducido para el sermón de las bombas de mano, el único argumento contundente, sin ergotismos...

La guerra agranda los ojos de los hombres y su memoria visual; de noche hay que identificar la sombra de los tomillares, recordar el socavón que está a la izquierda de una lata de sardinas, buñelo oxidado.

—¡Camilleros!...

El pavor, el miedo, el miedo infantil que convierte en manos las palabras, los gestos, todas las potencias; manos para asirse, para eferrarse porque nos enfrentamos con la nada; ese miedo en una mirada tira de mi carne. Me mira un hombre pidiéndome con angustia infinita que recoja hasta la última gota de su sangre y se la devuelva; que mis manos sean cangilón, cuchara, recipiente que envase de nuevo lo derramado. Pero no ha ocurrido así; el herido piensa en la sangre o, mejor dicho, piensa únicamente en sí, en paroxismo de egolatría: yo... Y es uno más y es uno menos...

Se lo llevan como pueden, fardo de correa, de ropa costrosa y de gemidos.

—Dios nace esta noche, mi teniente.

Me lo dice como despedida como mensaje, como el primer parte de paz que pariera la batalla.

El miedo alarga las horas añadiendo una sobrecarga al tiempo que cuentan los relojes.

—¿Aun no son las...?

—Todavía no.

—¿Qué hora es?

—Hace un momento lo has vuelto a preguntar.

* * *

El hombre del Arbol de Noel saca un bloc de notas y apunta; debe estar calculando los gastos de su noche, reconviniéndose interiormente, promesa de que el próximo año será más comedido. El chico del ascensor no quita ojo a la hilera de botones, pues al encenderse el último, bueno, el primero, pues estamos de bajada, habrá acabado su trabajo. El «mayor» continúa impassible, asistiendo a la parada de un imaginario regimiento. ¿Imaginario? No del todo; en algún lugar están sus hombres y no sabe de ellos más que la lectura del parte publicado en la Prensa. Muchos habrán obtenido permiso para pasar la noche con la familia. ¿Y el «mayor»? Por la cuesta de la frente suben y bajan pensamientos y recuerdos, ese exceso de equipaje de nuestra personalidad...

* * *

Al escuchar «Dios nace...» vuelvo a la realidad; sí, es el compañero del «pater», ahora me acuerdo... Poco a poco va cediendo el crepitar de los disparos. El crepúsculo se incendia con el rescoldo del sol y en la línea del horizonte—a la cuadrícula treinta y seis del plano, una batería enemiga—se ha proclamado una orla sucia, primer anticipo de la noche.

Disparan bengalas blancas del otro lado y respondemos con el mismo color.

—Sargento, redacte un parte... «De jefe de posición a puesto de mando: enemigo lanza bengalas blancas... Sin novedad... ¡Felices Pascuas!»

Alguien, por esos caminos que sólo conoce la tropa ha traído un trozo de turrón. «Radio macuto» transmitió a todos los puestos la noticia...

—Mi teniente, ¿pondrá usted «escuchas» esta noche?

Es el «pater»... Estoy por decirle que asumo todas las «imaginarias», que si quiere pasar conmigo la noche sin pegar ojo. Felices Pascuas... Sí, para alguien, para muchos, en países lejanos será una noche caliente.

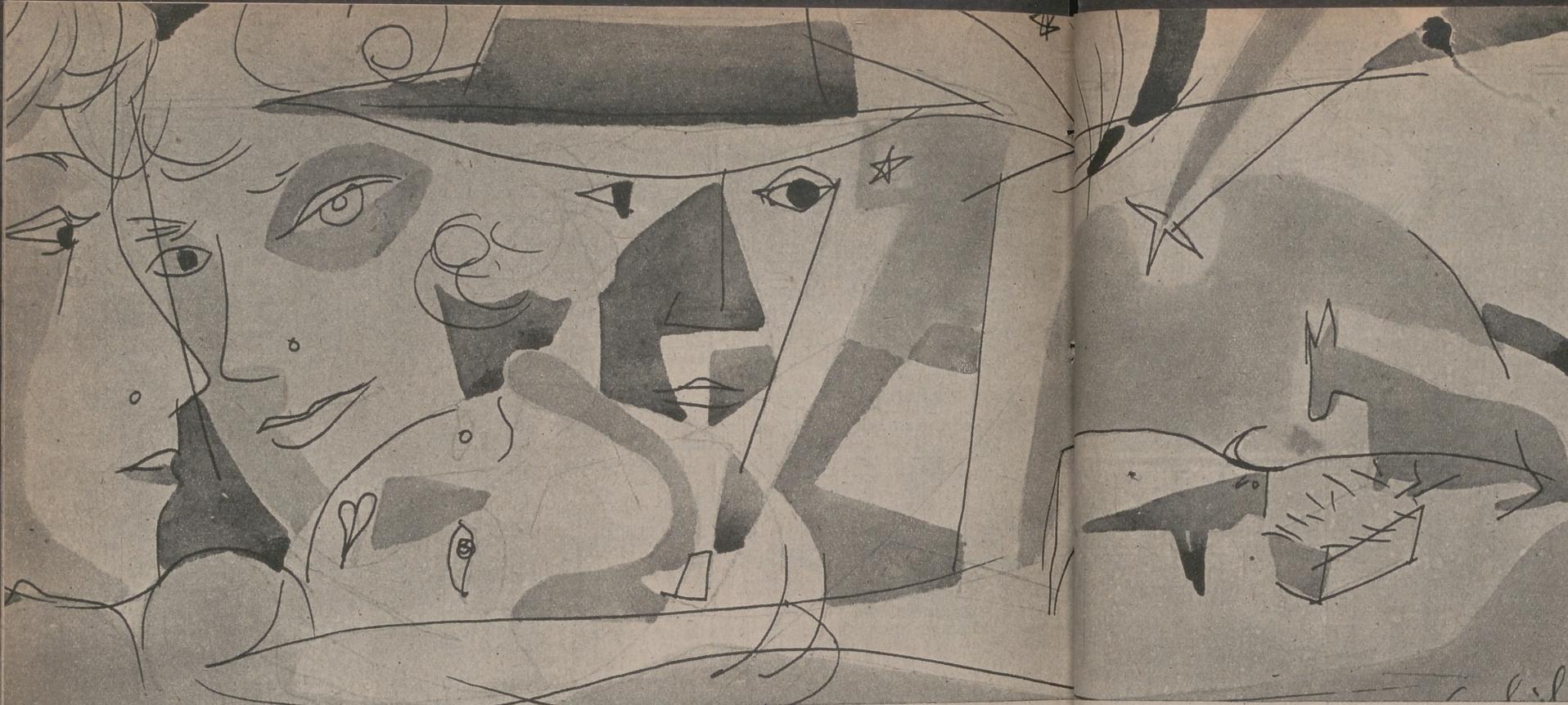
* * *

...Entonces, la abuela presidía un cortejo de embozos cuando nos llevaba a la iglesia. Nos calzábamos botas—como ahora—, nos tapábamos con bufandas de velludo y el bueno de Serafin marcha con su farol. Nos esperaba el banco familiar labrado con el producto de la poda de la noguera, auténtico archivo de nuestra sangre.

«Yo te engendré antes del lucero del alba... Don Calixto gorgoriteaba un latín ahumado por el d. s. uso... Misa del gallo en la hora cero, cuando el



Gabriel
56



día y la noche se desenganchan del tiempo para morir y para nacer.

«... et póstum in praesépió». Aurora del perdón, alba del tiempo nuevo que en la parroquia cobraba un sentido íntimo. Misa de la alegría, porque ha nacido Dios, alegría que repicaba en las voces que canturriaban los villancicos...

¡Ah! sí, casi había olvidado el repique de zambombas con la caña, florecida de papel y cintas de colores claro, era la marimorena con su bum-bum, instrumento rústico, voz de gañanes, contrapunto popular.

—Si a usted le parece, mi teniente, podríamos...
—Claro está, es Nochebuena, la misa del gallo...

Salí de ronda una vez más; el cielo lucía en su bocamanga todas las estrellas.

¡Felices Pascuas, árbol; felices Pascuas, tierra; felices Pascuas, paz!...

Un trozo viejo de uralita sirvió de mesa de altar. La «oímos» todos por más que presentes sólo estuvieramos los dos alféreces y yo. Misa de silencio, sin triunfo sonoro al alzar; misa en tinieblas, alumbrada por el santo cielo aquella noche tan alto y tan dentro de nosotros.

—¡Felices Pascuas, mi teniente!

—¡Dios nace esta noche!

IV

Al parar en el quinto piso nos asaltan las risas, el castañuelo de labios, doble bandera roja de una muchacha que está despidiéndose de otras dos. Casi al cerrar, se deciden las otras y bajan.

—¡Felices Pascuas!

—... pues como te decía...

—...esta noche...

Tenemos que repliegarnos al último hueco de aire. El hombre del Noel quiere ampararle, pues está a punto de ser arrollado. Las ramas se enredan en bolsos, en pañuelos de gasa y en perfume! otras veces quedan melladas al no poder perforar la chapa metálica del ascensor. Se adivina el crujido del árbol, sus voces de protesta, selva herida.

Ha cobrado una doble luz la cabina metálica; las tres muchachas se funden en una sola máscara, polichinela de seis brazos. Ante la mujer somos incapaces de emprender la aventura de fijar sus límites, de presentar nuestro pasaporte en su frontera individual.

¡Maravillosa! ¿Pero no son tres las muchachas del ascensor? En realidad aún no he conseguido distinguirlas; el espacio que ocupábamos se ha reducido sensiblemente y los codos se han lanzado a la defensa y al ataque. No cederán las paredes metálicas, no puede ceder nuestro cuerpo. Estos son los dos términos que justifican la lucha desesperada que algunos momentos nos precipita en la angustia. Sube de memorias antiguas el pánico, el miedo en su tiranía, miedo absoluto que imprime a los ojos el rodar vertiginoso de la ruleta. ¿Pero no son tres las muchachas del ascensor?

—...estrenaré una falda...

—...yo en cambio...

—... ¿Acudirán todos?...

Las tres muchachas se aíslan de nuestra contemplación matando el silencio con su charla.

—No te entiendo...
Aquello era el fin. ¿Qué la pasaba? Antes...
Playas calientes de sus ojos, hábiles para el quiebro y para encelar la suerte. Paladeaba la historia en su cielo completo, pues hasta el pasado era motivo de vida.

—¿Te acuerdas cuando fuimos al...?

—Pero, ¿con quién fui? Aquella mujer era casi una desconocida... No, no es eso. Acaba de llegar Ethel brindando por la juventud, pero al mirarla...

Sus palabras adquirían sensación de humedad en reposo, de agua calma, de fotografía que mata el paisaje y el vuelo. Sus palabras disecan el aire, inmovilizan el ajeteo de las calles. Está matando el tiempo con su recuerdo, con su memoria que no desperdicia detalles insignificantes. Pero en ella el recuerdo no llevaba por pareja nostalgia, memoria muerta; era un vivir otra vez. No, más aún: vivía continuamente la historia de su vida sin compases de espera, sin abandonarse al sueño.

—¿Pero qué te pasa?

—Nada, hombre; no me pasa nada... A ti sí... no te enfades... Estás cansado.

—¡Mujer!

—Déjame que te lo explique. Ya sé que no te canso; que para ti soy... Pero te fatiga el seguirme. Muchas veces quisieras descansar, ver cómo pasa el tiempo... De pronto te das cuenta de que ya no estoy a tu lado, que nos separan dos o tres pasos y tienes que levantar tus ensueños para seguirme... Y así siempre, a la zaga, llegando tarde...

—¿Quién era Ethel? La anécdota de la presentación es lo de menos, hasta que no llega el instante en que por el puente de las palabras o de los

ojos damos la alternativa, cobra personalidad, es «alguien» el otro que está enfrente. Ethel fué para mí —¿y por qué hablo en pasado si está junto a mí?— unas veces espuela, y otras, muelle de licia. Pero ahora...

¿Pero no son tres las muchachas del ascensor? Nos aprisiona el reducido espacio, nicho del aire en el que vamos descendiendo. El árbol de Noel casi nos cubre a todos fantasma de mil dedos, petrificado, metalizado. Las siete personas tenemos la rigidez del huso, del tronco del árbol, en realidad el único viajero del ascensor que es alguien. Se ha adueñado de todos nosotros, replegados en un rincón, confundidos, amontonados. De las tres chicas sólo nos queda la voz, los cabos sueltos de tres conversaciones; del chico del ascensor, la mano sobre la palanca; del militar, su envaramiento; del árbol, el hombrecillo que lo lleva, y de mí...

—No te entiendo.
—Pues es muy fácil. Cuando los hombres os aferráis a esa frase es que volvéis a la cerrazón de los chicos; por pura cabezonería, por enfurruñamiento... ¡Dios quiera que yo siempre lo entienda!

Plateaba el ademán para no herirme, metiendo luz y amor en cada palabra, con ánimo de que me levantara de una de esas caídas que el seguir su paso me proporcionaba.

Por ese prurito de Ethel de vivir todo el tiempo hemos llegado a esta situación que me atormenta; veo en ella todo, mi historia tendida desde donde alcanza el recuerdo hasta este momento en que casi no la oigo. Antes que Ethel... Sí, antes que ella hubo en mí otras mujeres que al subir los malditos del olvido se entremezclan, se enfundan en el cuerpo de ella y veo una Ethel deformada.

Al pronto pensé que lo mejor era romper con ella, añadir a la historia un capítulo extraño para aliviar los pesares. Pero no puedo; Ethel es mi historia, todo mi tiempo en vivo, y renunciar a ella sería morir apresuradamente y sin estilo. En Ethel se dan cita todas las mujeres que pasaron por mi vida; es el escenario o la panorámica de cuanto he sido. Me repele, quiero escaparme por el embudo de la noche para desembarcar en la luz que mate su presencia, porque de no ser así...

Los hombros se van declavijando cuando descendemos de un piso tan alto. Es inevitable con-

sultar el reloj varias veces, el pasar la mano por la gorguera, ahuyentando la sensación de ahorcado que produce bajar en ascensor.

El hombre del árbol de Navidad lucha por enderezar una rama; quiere cubrirle con su humanidad grasienta. He dejado de mirar a las tres muchachas; estamos en el piso tercero, cuando se enciende la luz del décimo, reclamando el ascensor. El chico sonríe ante la inútil llamada. El ascensor ya no volverá a subir para recoger a un nuevo viajero, pues ha cumplido su misión. Nosotros somos los últimos en usarlo. En algún lugar del edificio, en los sótanos, un operario espera impaciente que termine nuestro viaje para mover la palanca que desconecte la maquinaria. En cierto modo, cada piso quedará aislado, suspendido, pues aún cuando queda el recurso de las escaleras, nadie se decidirá a subirlas o bajarlas andanño. El precisamente el ascenso, el único medio de comunicarse y ha de parar justamente a las doce de la noche, cuando el mundo revive la Pascua, el Nacimiento. Quedará el ascensor abierto como cuenco vacío y abandonado tan pronto como lleguemos abajo.

También las rodillas se doblan, quieren doblarse mejor dicho, cansadas de soportar nuestros esqueleto.

—Yo soy el jefe de contabilidad de la Compañía de Seguros.

—Yo soy el «mayor del 45 Regimiento.

—Yo soy la secretaria del director segundo.

—Yo soy la encargada del Archivo.

—Yo soy la telefonista.

—Yo soy el chico del ascensor.

¡Nadie tiene nombre, nadie sabe su nombre! Ni siquiera si en realidad vivimos durante estos minutos en que bajamos por el ascensor. ¿Cuál de las tres muchachas es la «secretaria del director segundo»? Ninguna, todas las muchachas de la ciudad, todas las muchachas del mundo se funden en un molde de piernas de nylon.

—Me abrazó a la salida del cine.

—Me besó en el cine.

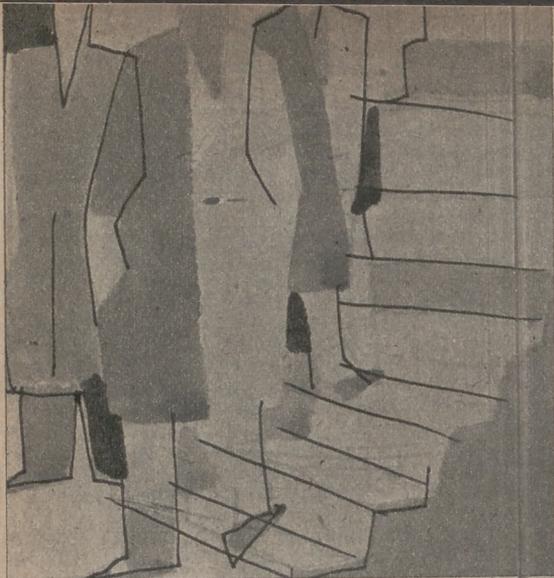
—Me conoció en el cine.

¿Pero no son tres las muchachas del ascensor?

Yo soy el jefe de contabilidad de la Compañía de Seguros, con un capital desembolsado de..., según el último balance que se ha publicado en la Memoria. Mi vida ha sido dura, pues he trabajado de firme. Tengo dos hijos, un chico y una chica, pues los tiempos no dan para más y aún es mucho, creame. Pero estas cosas no se piensan en la juventud. El chico es deportista..., estudia un poco, trabaja un poco... Los chicos de ahora no son como los de antes, creame. A sus años, yo era botones de un médico muy famoso... Sería poco más o menos como el chico del ascensor; pero, más serio, menos descarado que éste. Si no es por este señor joven, no hubiera podido meter en el ascensor el árbol de Noel... Es bonito... Bueno, igual que todos, pero he tenido suerte al comprarle; claro que no es suerte, sino vista, experiencia en el comprar, pues si no ando listo me largan aquel otro que tenía una rama tronchada... Bueno, como esto dure mucho más tiempo, no sé cómo llegará a casa, pues por haberme retrasado, aquí no cabemos... Los chicos darán un baile... Son cosas de la juventud, aún cuando en mi tiempo sólo ballábamos los domingos.

Yo soy el «mayor» del 45 Regimiento. Hasta pasado mañana el Consejo de guerra no sentenciará mi caso... Fué un error al cronometrar la operación... El Estado Mayor tenía una diferencia de dos segundos, los suficientes para que el efecto de sorpresa se viera abajo... Mi compañía atacó dos segundos antes que la del ala izquierda. Doscientas bajas entre muertos y heridos... No quisieron atender mis razones... Sus cálculos eran los que estaban equivocados... Pasado mañana... Sí, pasado mañana la sentencia, la única sentencia... Este pobre diablo podía haber cargado su arbolito en el montacargas. Ah, claro; mañana es Pascua... Pero pasado mañana... ¡Horrible!... ¡Doscientas bajas!... Dos segundos fueron suficientes... Mañana, Pascua... Pasado mañana; sí, pasado mañana... ¡Pasado mañana!...

Yo soy la secretaria del director segundo; tengo diecinueve años; bueno, no es exacta esa cifra, pe-



ro siempre queda bien, porque son los más publicitarios... ¡Qué aburrido debe ser ese chico!... Todavía no me ha mirado ni una sola vez...

Yo soy la encargada del archivo y tengo diecinueve años; bueno, pero verdad que no represento más?... ¡Qué lata, no voy a llegar a tiempo!... No está mal ese chico, pero es muy serio... ¡Mira de un modo!...

Yo soy la telefonista, y tengo diecinueve años aún cuando nadie se lo crea... Estoy deseando llegar a casa antes que papá... ¡Qué gracioso es ese señor tan gordito del árbol de Navidad!... Papá también habrá comprado otro y a estas horas estará esperando en la cola del autobús... ¡No va a caber!... ¡Qué interesante es ese chico!... Sólo mira a la secretaria... Claro, es mayor que yo... ¡Pero no son tres las chicas del ascensor?

Yo soy el chico del ascensor... ¡Anda que si contara las cosas que sé... Mi padre era maquinista y murió en un choque; desde entonces trabajo y llevo el jornal a mi casa y algunas veces me guardo las propinas... En este viaje no hay suerte. El tío del árbol no da nada... Es un chupatintas de la Compañía de Seguros... Quisiera ser militar como el «mayor»... Sólo hablan de novios estas tres tontas y nadie las hace caso... Bueno, a una de ellas, demasiada... ¡Uf la de cosas que sé!... El periodista está «atontao»; yo creí que todos eran divertidos, pero anda que este!... ¡Mira que si les gastase la broma de parar!... Sube, baja... Sube, baja... «Puerta efe, por el pasillo de la izquierda»... ¿Por qué no mirarán en el tablero de la entrada?... «En el piso catorce, los Grandes Almacenes, sección ropa interior»... En cuanto termine este viaje, ¡a casa!

Y yo, ¿quién soy? El séptimo viajero del ascensor, un periodista de provincias que acaba de ser destinado a la capital... En aquel periodiquito... Un buen día me dijo el director:

—¿Usted ha sido soldado?

—Sí, señor; hice la guerra hasta que me hirieron.

—¿Por qué no escribe una serie de reportajes sobre la vida del soldado cuando vuelva?

Conté mi historia barajando los distintos tiempos en que la viví... Los lectores conocieron la casa de mi abuela, a tío Alberto, a tía Remedios... El capítulo que dediqué a mis tías fue uno de los que tuvieron más éxito... Recibí muchas cartas.

—Bueno, déjese ya de hablar tanto de sus tías— me dijo el director.

Sin embargo, durante dos meses entregaba a diario doce folios, a máquina con la historia de mi vida... También hice salir a Ethel, pero la bauticé de nuevo... No quise... Porque hubiera tenido que contar ese sueño extraño que durante noches y noches se ha cebado sobre mí... Ethel es dos o tres o cuatro muchachas en una; todas las chicas que han sido algo en mi vida... Aquellos reportajes tuvieron éxito local y el director me recomendó al periódico de la capital... Aquí «hago» Comisaría; a todas horas en la Comisaría del distrito, jugando al póker con los agentes en las interminables horas de guardia, aderezadas con la presencia de un borracho, la señora que reclama a su marido ausente desde hace veinte años y alguna que otra vez, el «suceso»...

Algunas veces—trío de ases contra ful—, me pregunto si no estoy perdiendo el tiempo; porque en definitiva, ¿qué hago todas las noches en la Comisaría?... De mi época de soldado me queda el concepto del deber sin discutirlo, aceptando la orden, acatándola. Acudo porque me lo manda el director, pero es irreprimible se subleven las preguntas: «¿No estoy perdiendo el tiempo?» He perdido a Ethel, monstruo de tres o cuatro bocas, tres o cuatro pares de ojos, tres o cuatro pares de manos... Ethel, calamar en mi vida escupiendo tinta cuando me acerco preguntándola, en silencio: «¿Quién eres?...» Porque en definitiva no sé quién es... Ethel o Alicia, Ethel o Elena, Ethel o...

—No te entiendo.

Estas tres palabras, como pelota de tenis, nos las tiramos uno a otro en la diana del amor propio cada vez con más furia, hasta que es una bola manchada de sangre, de odio de rencor... El tiempo y yo contra todos... Pero el tiempo se ha pasado al enemigo, ya no es compañero de armas sino aliado de los otros... El tiempo es Ethel, con su implacable memoria, dando nueva sangre a los fantasmas que en un momento fueron sonrisas. Tic-tac, tic-tac... El tiempo muere y renace, devorando los hombres para parirlos de nuevo... Tiempo... Tiempo... ¡Tiempo!

Las siete personas que ocupábamos el ascensor habíamos molurado las palabras en el molino de silencio con urgencia de descabalar, con urgencia de salida para tomar cada cual su camino. Eran los últimos segundos de compañía, y pese a estar apetonados manteníamos nuestro aislamiento sin puentes cordiales, precisamente en esa noche de corazón en flor. Era un símbolo este cajón metálico que nos hundía más y más en nosotros; era la clásica pesadilla de estar cayendo sin encontrar el suelo.

El hombre de Noel sufría la congoja de cuando el esfuerzo, el trabajo o el sueño se nos tornan inútiles; el arbusto cobraba demasiada fuerza, fuerza desatada, grito de la naturaleza desbocada, rebelde frente al hombre.

Al llegar a la planta, las tres chicas —pero no eran tres las chicas del ascensor— rompieron el aire con sus prisas; el «mayor» inició un paso rítmico, y entre el chico del ascensor y yo ayudamos a sacar el árbol de Noel, un árbol ceñudo arisco, maldiciendo todas sus ramas el haber sido maltratado.

—¡Felices Pascuas, señor!

—Igualmente, hombre... ¿Pasarás la noche en tu casa?...

Estaba muy lejos de la mía, lejos de los recuerdos, de mi tiempo; lejos de la noche de Dios, arropada por los pañales que tendían los hombres... El zaguán nos mostraba, al fondo, el ojo de la puerta, dientes de la noche... Nos desprendimos todos, los siete, del tenue hilo que nos unía. Al salir di dos o tres pasos, dos o tres pisadas...

SUSCRIBASE USTED A LA ESTAFETA LITERARIA

Un año: 100 pesetas. Seis meses: 50 pesetas :—: Administración: Montesquiza, 2 - MADRID

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

LOS TAXIS DEL MARNE

Por Jean DUTOURD

EL 25 de junio de 1940, a la edad de veinte años y seis meses, después de haber sido soldado catorce días, fui hecho prisionero. No guardo mal recuerdo de esta experiencia. Después de cuatro lustros de infancia, de Liceo y de Sorbona, esto me resultaba distinto. Durante una semana marché a través de Bretaña en compañía de cuatro camaradas y un sargento alsaciano que se llamaba José, y a quien conocíamos como Cepi.

EL DESCANSO DE HABER PERDIDO UNA GUERRA

Mientras atravesábamos la Bretaña a pie, observando la desorganización de estos departamentos, la huida de las gentes, la desbandada de los cuerpos movilizad^{os} y el desbarajuste de los objetos (se veían los colchones 'abandonados' en los campos, que no es donde precisamente deben de estar), pensaba que Francia estaba tensa como una cuerda y que era necesario que la cuerda se distendiese o saltase. Recuerdo que la comparación me llenó la cabeza durante todo el tiempo de mi recorrido. Y la cuerda se aflojó, para gran alivio de todos, cuando Petain anunció por la radio que había pedido el armisticio.

¿Qué habría ocurrido si la cuerda hubiese saltado? No me atrevo a imaginarlo. Que Francia pudiese explotar como una pompa de jabón era algo que superaba mi capacidad de imaginación. Además de ser joven y sin experiencia padecía de ese defecto propio de la juventud: la timidez. No era capaz de concebir una transformación completa, una destrucción radical. Nos faltaba la desesperación. Hay circunstancias que exigen morir donde se está. Nuestro deber, evidentemente, consistía en detenernos en un pueblo, elevar una barricada y tirar sobre los primeros motoristas alemanes que aparecieran. Cinco mozos y un sargento como nosotros en cada pueblo de Bretaña y la faz de la guerra habría cambiado. Podríamos habernos mantenido durante ocho días en Finisterre, y las costas del Norte en estos ocho días se habría formado un Cuerpo de Ejército en alguna parte y se le habría enviado a la lucha. Y aun en el caso de que no hubiese ocurrido así, unos días como éstos merecen la pena de ser vividos. Una vez muertos todos habríamos salvado el honor.

Pero, por lo que parecía, la hora no era la del valor. Francia había olvidado esta palabra. El Gobierno había perdido hasta nuestras tradiciones de

DEL libro de Jean Dutourd «Les taxis de la Marne» dijo un crítico literario francés: «que se debía prohibir su exportación. Es indudable que para todos aquellos que venían al falso ídolo del republicanismo gallo el volumen que hoy resumimos constituye un catapúlico: ataca que apenas si deja nada en pie tras su demoledora fuerza. Todo: los mitos oficiales, desde la chistera del Prestige de la República francesa hasta la tan decantada glorificación de supuestos héroes—los prisioneros de guerra—, todo se esjuma y desaparece ante el apasionamiento de Dutourd que, por otra parte, proclama su adhesión a las verdades eternas y esenciales nacionales y se declara conformista, pues como él mismo dice, no tiene ningún mérito ser anticonformista en un país en el que los militares habían mal del Ejército y en el que los magistrados publican poemas obscenos. Naturalmente, no todo lo que se dice aquí puede admitirse como artículo de fe, y muchas veces el acaloramiento—justificable en la mayoría de los casos— lleva a apreciaciones que pueden considerarse como equivocadas o exageradas. Pero en esta obra sobran las introducciones, pues cualquiera de sus páginas es un umbral que se desea inmediatamente franquear».

DUTOURD (Jean): «Les taxis de la Marne». Gallimard, París, 1956.

mista que sea no puedo creer, sin embargo, que los soldados galos han sido felices durante estos ocho meses. En primer lugar porque nunca se es feliz con esperar. Ocho meses es mucho tiempo para prepararse para una tragedia.

LA MISTICA DEL DESASTRE

Se podría desarrollar toda una teoría de la Francia actual bajo el título: «Del fracaso considerado como éxito.» Esta mística del desastre no es nueva: aparece infaliblemente en las sociedades cansadas. Esta filosofía no es la de las gentes desgraciadas, sino la de los imbéciles. Se tiene el romanticismo que se puede. La opinión francesa fabricada por Gobiernos sucesivos semeja a un recluso estúpido que se hace tatuar sobre su pecho: «Me llaman el «Mala Suerte». Antes de hablar de derrota gloriosa se debería tener en cuenta que una derrota supone más tontería por parte del vencido que inteligencia por parte del vencedor y que no tiene gloria alguna el ser imbécil.

Se dice de algunos coroneles que son los padres de sus regimientos. El Gobierno de 1939 era el padre de su Ejército, pero un padre indigno, un padre fácil, uno de esos padres mimosos, como se ven muchos, que conducen a sus hijos al cadalso por pura cortesía. No se manda a los soldados a la batalla afirmándoles que no arriesgan nada. ¡Ciertamente teníamos unos hombres de Estado bien miserables! No sabían ni siquiera que a un pueblo se le puede exigir todo. Estos ministros estaban tan

JEAN DUTOURD

LES TAXIS de la MARNE

nr

GALLIMARD

elocuencia guerrera. Todo lo que se encontró para electrizarlos fué esta fórmula de propaganda: «Venceremos porque somos los más fuertes» ¡Bajas palabras, exhortación de un Gobierno ronzino a un pueblo corar-de!

La guerra no estaba perdida el 3 de septiembre de 1939. Se perdió en los meses siguientes, y por más que busco otra razón a nuestra derrota no encuentro más que ésta: tontería y cobardía. Los generales eran tontos y los hombres no querían morir. Estas dos cosas suceden frecuentemente juntas.

Que nadie crea que yo supongo que los soldados franceses entre septiembre de 1939 y mayo de 1940 han soñado con la gloria, que se han preparado piadosa y gravemente para vencer. Afirmando que no han albergado la más mínima ilusión. Por pesi-

conscientes de su superioridad, o mejor dicho, de su indignidad, que no se atrevían a pedir nada. Monsieur Daladier no se identificaba con Francia. A pesar de sus plenos poderes, sus decretos-leyes, su gran pasado parlamentario y su «victoria» de Munich, que hacían de él una especie de monarca absoluto tanto como Hitler, continuaba considerándose como el representante del Vauluse y contemplaba su carrera como un asunto personal. Por monsieur Daladier no hablaba más que la voz del partido radical socialista anticlerical, cosas que, independientemente del valor que puedan tener intrínsecamente, no eran las de las circunstancias.

El hecho de que se nos lanzase a Jean Giradoux, que ni él mismo creía en lo que escribía, como comisario de Información y de Propaganda, ilustra abundantemente esta época. Esta elección demuestra entre otras muchas cosas que los ministros debían haber tenido por lo menos un poco de discernimiento literario o algo de lectura. Un escritor que no toca nunca lo esencial en sus obras es un hombre ligero. Y en la guerra lo esencial es lo que cuenta.

Habría sido necesario nombrar a Claudel, que era el hombre de la situación. El habría encontrado las palabras capaces de despertar a nuestros soldados. Pero, naturalmente, Claudel era desagradable, como todos los hombres de genio, como todos los hombres profundos. Hay en Claudel cosas sublimas a fuerza de ser exquisitas, pero Claudel ti ne gracia de león, y sus delicadezas son las de los querubines, esos toros con cabezas de hombre; ba bados, Giradoux, con sus gentilezas de perrillo sabio, sabía imponerse a todos. Los que tenían la el gancia por la distinción creen siempre que el perrillo, llamado en león, es el león verdadero. ¡Pobre Giradoux, haberse dejado tallar en león! Su amable recuerdo podría haberse librado de este ridículo.

Y, finalmente existía también el hecho de que Claudel era un poeta católico, como si esto tuviese la más mínima importancia, aunque a los radicales de 1940 les parecía monstruoso. Lo cual no quita que a estos mismos radicales, devoradores de curas, les hayamos visto arrodillados en Notre Dame pidiendo a Dios, al Niño Jesús y a la Santa Virgen por el éxito de nuestros Ejércitos. El frente había sido roto en todas partes, el Ejército huía a la desbandada y esperaban todavía un milagro que iban a solicitar de Dios. ¡Imagináis nada más deshonesto y más idiota?

LA SUPERSTICION DE LA ETIQUETA DEMOCRATICA O M. LEBRUN, EL MEDIOCRE ENCHISTERADO

El culto a la chistera, la adoración del pedante de facultad practicada durante setenta años, acabó por marcar a todo un pueblo. Fué en 1885 cuando creo que surgió la palabra intelectual y cuando se descubrió que la inteligencia era un fin en sí y no, como se había juzgado hasta entonces, un medio de obtener la gloria y el poder. ¡Divino descubrimiento! La inteligencia no se juzgaba por los resultados, sino por los vestidos. El traje del gran sacerdote consistía en su levita, su bastón y su paraguas. ¡Feliz Descartes que había muerto hacía dos siglos, pues si no se habría demostrado que el hecho de haber sido gentilhomme y militar perjudicaba a sus dotes filosóficas! Los efectos de estas simplezas son incalculables. La derecha se puso frente a la inteligencia, que veía siempre bajo la forma y las especies de un profesor radical, y la izquierda contra la fuerza, la lucha, la Naturaleza, la realidad, la nación, personificadas por un coronel asiduo de los salones reaccionarios. M. Bergerat contra Gyp. Mediocridad por una y otra partes. ¡Desesperante!

Asistimos hoy a las últimas manifestaciones de este antagonismo irrisorio a la victoria despreciable del miserable Bergerat, que nos habla frecuentemente de libertad y de justicia y que hace todo cuanto puede por desarmar a Francia, fuente, madre e incluso cuerpo de esta justicia y de esta libertad. ¡Perezca Francia antes que los principios! Pero los principios mueren al mismo tiempo que su alma.

La falta de carácter de los hombres políticos nos ha hecho muy recientemente grandes males. El caso de M. Lebrun, último Presidente de la III República, es tan expresivo y muestra tan perfectamente

el daño que puede causar la mediocridad y la pusilanimidad que me sorprende que nadie, con motivo de la oscura muerte de magistrado del país, haya sacado la moraleja consiguiente. ¡Todos los ejemplos se pierden en Francia!

Es una gran tradición republicana de las elecciones presidenciales el votar siempre por el más tonto. Se temen las repeticiones del golpe de Estado de Luis Napoleón. Se tiene sólo confianza en la tontería y en la timidez cálculos desastrosos, pues estas dos cosas traen siempre peores calamidades que el espíritu de empresa, la firmeza de alma y la ambición.

Se tiene la costumbre de llamar a los grandes personajes que modifican el curso de la Historia los hombres del destino. Para la Francia del siglo XX el hombre del destino se llamó Albert Lebrun. ¿Quién lo hubiese creído en 1937, cuando los «chansonniers» de moda componían canciones sobre sus grandes pis y su propensión a lloriquear por cualquier cosa? Albert Lebrun está en el gozne de la Francia poderosa y de la Francia decadente. Fué él el que abrió la trampa en la que cayó el país. Su pequeño gesto de levantar el anillo de una losa ha tenido consecuencias más vastas que quince años de campañas victoriosas y que una epopeya que encuentra todos los días, un siglo y medio después de su realización, historiadores y poetas. Nos hacía falta un Aquiles y tuvimos un Tersito melancólico, incapaz de la menor broma, que por lo menos nos hubiese hecho reír.

El pasado año escuché en una reunión pública algo francamente desconcertante: que el Parlamento francés representa a maravilla al país y que nuestra política es exactamente lo que nosotros deseamos que sea. Semejante afirmación subleva demasiado para que se la admita al primer golpe. Y, sin embargo, es exacta. Existe siempre entre el Gobierno y la nación una especie de complicidad, que se sitúa más allá de los programas políticos y de los conflictos de ideas. Es una complicidad de tipo sentimental. Sin que se lo digan se conocen bien, y los ministros, con un tacto maravilloso, sienten el alma que les ha llevado al Poder. En las democracias decadentes se produce entre el país y el Gobierno un intercambio sutil que produce un alza de la mediocridad. ¡Qué paraíso es Francia para los ministros mediocres! ¡Ya no tienen deseos de gloria! Es necesario amor y genio para cambiar a una vieja hechicera que no piensa más que en el retro y en morir suavemente en una maravillosa adolescencia. Pero, ¿dónde están el amor y el genio?

EL ESTIGMA DE LA COBARDIA, CONVERTIDO EN HONOR

Se ha llamado a la guerra de 1914 la Guerra del Derecho, y esto porque la hemos ganado. Ello demostraría por lo menos que el Derecho se conquista incesantemente y con trabajo. Nuestra guerra de 1939-40 fué la guerra del recuerdo. No puedo encontrar otro nombre para esta empresa desesperada que no alentaba ni la fe ni el valor. Los franceses han ido a la guerra por rutina, para hacer lo de siempre.

Cuando se comienza una guerra haciendo de comparsa, se la acaba de esclavo. El hombre que no actúa es un objeto, y es natural que se le trate como tal, es decir, que se le haga esclavo. En 1940 todo ha pasado como si Francia hubiese sido entregada a los alemanes para que hiciesen con ella lo que quisiesen. Los alemanes se han apodado de un millón y medio de borregos y su trabajo se ha limitado a encerrarlos.

Si se considera la importancia que tuvieron los prisioneros de guerra en la vida francesa, la importancia que se les reconoció, la solicitud y el lirismo que inspiraron hasta la leyenda que se creó alrededor de ellos, se admitirá que la vocación de este Ejército no era la batalla, sino el cautiverio. Los soldados franceses que los alemanes amontonaron, después de un mes de combate y de derrota, se convirtieron en personajes altamente novelescos. Francia no sabía qué hacer para reunir un rescate para estos príncipes que habían perdido todo, incluso el honor.

El paso del tiempo permitirá medir las aberraciones del sentido moral. Costará trabajo concebir dentro de cien años, si es que el mundo existe para entonces, que se llegó a imaginar un relevo de los prisioneros por los civiles, dicho de otro modo, de los

culpables por los inocentes. El movimiento de Francia por los prisioneros es sintomático: es una reacción femenina, una reacción de madre, que no sabe dispensar más que cariño y misericordia para sus hijos indignos. Aquí registramos la mezcla de morales. Mansedumbre, indulgencia, como sentimientos para honrar al individuo, aunque condenen a una nación.

¡Ah generación anterior, la de los hombres que hoy tienen cincuenta años, cómo os habéis burlado a vuestros veinte de las historias de guerra que contaban vuestros padres humeantes todavía de vuestros combates! Es cierto que maltrataban los oídos con tanta narración, pero también vosotros nos mortificáis ahora con vuestras historias; pero lo malo del caso es que las vuestras lo son de cautiverios. Nosotros conocemos todo, ciertamente, gracias a vuestras agradables confidencias sobre los cinco años que pasasteis esperando a que los ingleses, los americanos, los rusos y algunos franceses (los de mi generación, en su mayor parte, no de la vuestra) viniesen a liberaros.

¡Si cincuentones, vosotros habéis llegado hasta la aberración al arbolar en vuestra solapa, tras de regresar, un hilo de alambre! Señal de vuestra vergüenza, la habéis convertido en condecoración. Habéis constituido asociaciones de antiguos prisioneros. Ciertamente, entre los «antiguos prisioneros» y los «antiguos combatientes», yo me quedo con estos últimos. Los prefiero. Me fastidian menos las historias de guerra que las de cautividad.

Naturalmente, ha habido prisioneros honorables; pero es imposible tener en cuenta las excepciones en una catástrofe de esta especie. Lo que vale es la impresión general, y ésta, es terrible. Supongamos que de un millón y medio de franceses doscientos mil no se han rendido sin luchar; pero quedan todavía un millón trescientos mil de borregos. Esta aplastante mayoría es la que da forma a la Historia. Los doscientos mil valientes desaparecen se pierden tras el millón y pico de desgraciados a quienes el peligro no enseñó ninguna grandeza de alma.

Se ha establecido una confusión muy cómoda entre el héroe y el mártir. Existe, sin embargo, una diferencia: la de lo positivo y lo negativo. El héroe actúa, el mártir soporta. Vosotros, quincuagenarios, habéis sido mártires, pero involuntariamente. Y vuestro pecado ha sido el de instalaros en el martirio, el de hacerlo comfortable. Vuestro crimen ha sido el de no desesperaros. Habéis estado cinco años cautivos; habríais estado veinte más, e incluso todo el resto de vuestra vida. Sólo cuesta el primer año; poco a poco, el régimen se mejora y la disciplina se relaja. Estoy convencido de que los prisioneros han dejado su campo con pena y que hoy, ante la carestía de la vida, los impuestos, las responsabilidades, las trifulcas con su mujer, en resumen, ante los «horrores de la paz», suspiran y dicen: «¡Aquéllos eran los buenos tiempos!»

LA «BELLE EPOQUE» O LA NOSTALGIA DE LOS INCAPACES

La Francia de 1939 no tuvo la sorprendente reacción de defensa patriótica de la de 1914. No encontró ningún hombre superior, y a falta de esto, tuvimos la deplorable guerra que todos conocimos. Ignoro cuáles fueron las órdenes del Estado Mayor, pero conozco su ejecución, por lo menos desde mi grado, y ello fué la de producir una confusión completa. Supongo que lo que ha pasado en 1940 habría ocurrido lo mismo en 1919 y habríamos sido devorados en un instante si no hubiese sido porque Joffre envió la débil cabeza del Ejército a resistir hasta Haute Vienne y si Gallieni no hubiese suplido con los taxis de París la impericia de sus colegas.

El milagro del Marne impidió a los generales franceses dormirse e incluso reflexionar. Pero es necesario que se sepa que el milagro es un atributo de los hombres de genio y no de los imbéciles, y que es ridículo, mortal de necesidad el confiarse en su genio cuando no se posee éste. Para que hubiese ocurrido el milagro en 1939 hubiese bastado con que un general terco fuese consciente que el papel de un Ejército es estar junto al cañón, ver y oír totalmente olvidada. Y después los milagros se habrían sucedido. Nuestras ciento diez divisiones habrían destruido, y sin gran esfuerzo, a las treinta y dos divisiones alemanas de la «Línea Sigfrido». Entonces habríamos recorrido Alemania más rápidamente que los alemanes recorrieron Francia y ocupado Berlín antes de que Hitler regresase de Polonia.

Mis contemporáneos me dicen algunas veces que

nuestra juventud ha sido malograda y que la quinta de 1940 ha sido una quinta sacrificada. La guerra, el cautiverio, la ocupación, las crisis y las miserias subsiguientes nos han devorado siete u ocho años, durante los cuales hemos malvivido, el estomago vacío y el corazón colérico. Fué, indudablemente, una juventud desnuda y peligrosa, pero deliciosa; una juventud de guerrero y de conspirador, que además me ha enriquecido más que una juventud brillante y disipada, con amorfos y éxitos mundanos.

Los oficiales de la reserva francesa que tenían treinta o cuarenta años en 1940, eran casi todos hombres cuya juventud había sido semejante a la de Federico Moreau. Las mujeres fáciles y los placeres no llegan a corromper un alma sólida, pero es indudable que las almas de los jóvenes burgueses franceses de este tiempo no tenían la misma firmeza que la de sus antepasados, pues las han perdido irremediablemente y no han sabido mostrar ninguna virtud durante la guerra. Frente a estos oficiales temerosos, preocupados de conservar su agradable existencia y sus bienes, los oficiales alemanes, que habían atravesado diez años de miseria y otros diez de tiranía, parecían hombres de bronce. No es que yo quiera decir que la disciplina espartana valga más que el refinamiento ateniense, me permito señalar que la famosa dulzura de la vida no consigue todo en este mundo.

Es bastante curioso observar cómo se refugia hoy la gente en el pasado. La época de 1900 está de moda. Resurge por todas partes. Se han visto estos últimos años toda una serie de obras Feydeau en los teatros de París. Los productores de cine no parecen saber de otra cosa más que de las películas donde sus personajes se visten como en los tiempos de Fallières. En 1956 se marcha tras un pasado pintoresco y uno se conmueve por la «belle époque». ¡Y, sin embargo, qué autor más mediocre es Feydeau y qué género más despreciable el vaudeville! Además, el período de 1900 no le encuentro nada «belle époque», sino que, contrariamente a los prejuicios, me parece odioso en casi todas sus manifestaciones, bastante estúpido y muy cruel. Se me objetará que ahí están los impresionistas Debussy y Proust, a lo que yo responderé que todo esto es

RECETARIO DE COCINA

ENTRÉS
COPAS
VINOS
ARROZ
PASTAS
VERDURAS
CARNES Y PESCADO
SALSAS
GRANDES
POSTRES



PUDINES Royal

RIERA MARSA S A

VALE

Formulario de cocina

Si recorta usted este vale y lo remite a PUBLICIDAD RIEMAR, calle Lauria, 128, 4.º, Barcelona, acompañando cinco pesetas en sellos de Correo, recibirá un valioso

FORMULARIO DE COCINA

de un valor aproximado de 25 pesetas.

Esta publicidad está patrocinada por

INDUSTRIAS RIERA MARSA, S. A.

precisamente lo contrario de Feydeau y, para forzar un poco la expresión, lo contrario del estilo 19.0 Preguntad a un obrero de setenta años si encuentra «bella» la época de su juventud: doce horas de trabajo diarias, ninguna vacación ni el derecho de estar enfermo. El pueblo era entonces más duramente tratado que durante Luis XVI y hasta más despreciado. Al burgués le faltaba incluso la solidaridad y el amor que doce siglos de feudalismo habían inculcado al aristócrata o a sus subordinados.

LA FACILIDAD DE SER HOY ANTI-CONFORMISTA

Confieso que cuando me interrogo, y siempre que lo hago lo realizo sin piedad y sin pasión, no comprendo cómo he podido llegar a mi fanatismo actual. Mi corazón, mis pensamientos, mis gustos y mis aspiraciones, mis simpatías políticas, todo me lleva hacia el otro lado. Durante más de un año, en 1945, he estado a dos dedos de inscribirme en el partido comunista. A los catorce años descubrí a Anatole France y el «Canard enchaîné», que me inculcó el horror a la guerra, al nacionalismo, al orden burgués, a los curas, etc., en resumen, que me facilitó completa la panoplia moral del hombre de izquierdas. A los quince y a los dieciséis juzgaba muy bien las naderías del coronel De la Rocque. En 1939 vi declarar la guerra con indiferencia e ironía. La política y el destino de las naciones apenas si me interesaban. Me consideraba un artista. Una vocación, que supongo que debe ser muy fuerte, pues ha resistido a todos los desalentos, me impedía ver otra cosa absolutamente que el arte, al cual no reconocía ni fronteras ni contingencias. ¿Qué me importaba a mí que Francia saliese victoriosa o vencida?

Cuando fortuitamente arrojé una mirada sobre mi época, veo una Francia floreciente y tonta, un Estado, aparentemente poderoso, que nos inundaba en una propaganda indecente. Francia me parecía como un gigantesco narciso, únicamente ocupado en admirarse a sí mismo. Creía yo entonces sinceramente que Francia era el primer país del mundo, que la cultura francesa excluía a todas las demás, en fin, estos y otros semejantes, eran los pensa-

mientos de un adolescente. Entonces era todo blanco, pero hoy me encuentro que soy todo negro. ¿Qué ha sido lo que ha pasado?

Pues ha pasado, nada más ni nada menos, que hemos sido vencidos, que yo he envejecido y que siento en mí el espíritu de contradicción. La Francia de 1938 vivía aún de las ideas y del conformismo de 1880, del cual yo estaba intoxicado, odiaba y personificaba para mí el horrible estilo decorativo fin de siglo. Todo estaba ordenado, todo estaba en su lugar. Los ricos despreciaban y temían a los pobres; los pisos de los burgueses estaban repletos de cuadros sin arte y tapizados de terciopelo, los patronos luchaban contra los obreros, los padres prohibían ir al cine a sus hijos, los jóvenes de buena familia se inscribían en Acción Francesa y las muchachas defendían su virtud con los argumentos de sus abuelas.

Nada de esto susiste hoy. Todo el mundo se ha hecho anticonformista. ¡Situación tragicómica! Los burgueses, los académicos, los militares, las ayas de los niños, las señoritas de buena familia, los diputados reaccionarios, los presidentes del Consejo, todos me han arrebatado mi papel. Lo hacen muy mal, espantosamente mal, pero lo representan. Y como los malos actores gritan mucho.

Como ser anticonformista en una época y en un país donde los generales comienzan por murmurar del Ejército y acaban perdiendo las batallas, donde los académicos cometen faltas de ortografía, donde los periódicos de derecha no se atreven a ser nacionalistas, donde todos los géneros se confunden hasta el punto de que los magistrados publican poemas obscenos y las hijas de los notarios cantan en los salones nocturnos de baile. Ante de la guerra era valiente el ser anticonformista, porque se atacaba a un poder poderoso, que sabía defenderse, se atacaba un orden. ¿Pero hoy? ¿A qué orden se ataca? Desde hace dieciséis años hemos visto, gracias a nuestros Gobiernos sucesivos, todo lo que el desorden puede producir de más aberrante: prisioneros de guerra considerados oficialmente como héroes, generales vencidos llevados en triunfo, promociones de oficiales bautizadas con el nombre de una derrota de nuestras armas, y todo así por el estilo. ¿Qué mérito tiene hoy ser antimilitarista en Francia, en 1956? Es demasiado fácil: estamos derrotados en todas partes.

Francia ha adquirido un género detestable: el de artista; es decir, su caricatura, la de pintamonas, con todo lo que esto lleva consigo de ridículo y de estereotipado, pues los verdaderos artistas viven como subjesos de Negociado o como vizcondes del antiguo régimen. ¡Toda Francia llevando vida de artista! Me gustaría saber cómo el buen Flaubert lo juzgaría, el que vituperaba al burgués en su castillo de Croisset, representando el papel de gentil hombre esforzado. Francia es una gigantesca Madame Bovary, una enorme tonta atacada por la bohemia; su Rodolfo es Jean Cocteau, que representa lo sublime en el género artístico. ¿Pero no se ha casado con ella al abrirla las puertas de la Academia? Es el destino de los pintamonas casarse con las vijas locas que le han quedado rentas y herencias de un marido difunto, serio, y que ellas no han llegado a malgastar del todo, comprando malos cuadros.

El espíritu de contradicción y la experiencia que se adquiere viendo transcurrir los años y las acciones humanas, es algo digno de tenerse en cuenta; pero no basta para engendrar el amor, el amor pasión, ciego y fanático. En verdad, Francia me ha entrado por la piel como si fuera por ósmosis. A los diecinueve años yo era todavía un ciudadano de la Francia de los Derechos del Hombre, de la guerrera, de la pacificadora, de la colonizadora. A los veintinueve me encontré súbito del Rey de Bourges. Me habían trasladado seiscientos años atrás. Esto cuenta mucho en una educación sentimental; diez o quince años de reflexión posterior y me di perfecta cuenta de que todo había cambiado en mí. He aquí que todo se ha desmoronado radicalmente. El mundo y yo hemos realizado una revolución en sentido inverso, y nos encontramos en el mismo antagonismo que antes. El era antes negro y yo blanco, y hoy es blanco y yo soy negro. Ahora tengo el corazón de súbito del Rey de Bourges, sangrante, precisamente, de las 100.000 llagas que piden control a sus fuerzas, un poco de gravedad y de gloria y que odian hasta más no poder la anarquía frívola de su país y de su tiempo. De este odio ha salido este libro, que yo he llamado «Los taxis del Marne», el nombre de la acción más gloriosa y menos milagrosa del siglo XX.

LA ESTAFETA LITERARIA

Boletín de suscripción

Cada semana encontrará usted todas las novedades de la vida literaria y artística. Informes de editores, notas de librerías, exposiciones, noticias del teatro, el cine, el circo. Discoteca. Entrevistas. Reportajes. Correo nacional. Vajilla del exterior, etc.

Rellene el boletín adjunto y envíelo a:

LA ESTAFETA LITERARIA.
Montesquiza, 2, Madrid

Nombre

Dirección

Me suscribo a LA ESTAFETA LITERARIA por

Un año

Seis meses

Tarifas de suscripción:

España 1 año 100 pts. 6 ms. 50 pts.

América y Portugal 1 » 100 » 6 » 50 »

Otros países 1 » 175 » 6 » 90 »

Las suscripciones se pagarán a reembolso al comienzo de las mismas.

Al vencimiento de cada suscripción se entenderá automáticamente prorrogada de no recibir orden en contrario.

UNA PASION:
EL ARTE;
UNA VOCACION:
EL ESTUDIO

SANCHEZ CANTON
AL FRENTE DE
LA ACADEMIA DE
LA HISTORIA

«Creo que soy el
único español que
lleva 34 años en
la misma silla», dice
el subdirector del
Museo del Prado

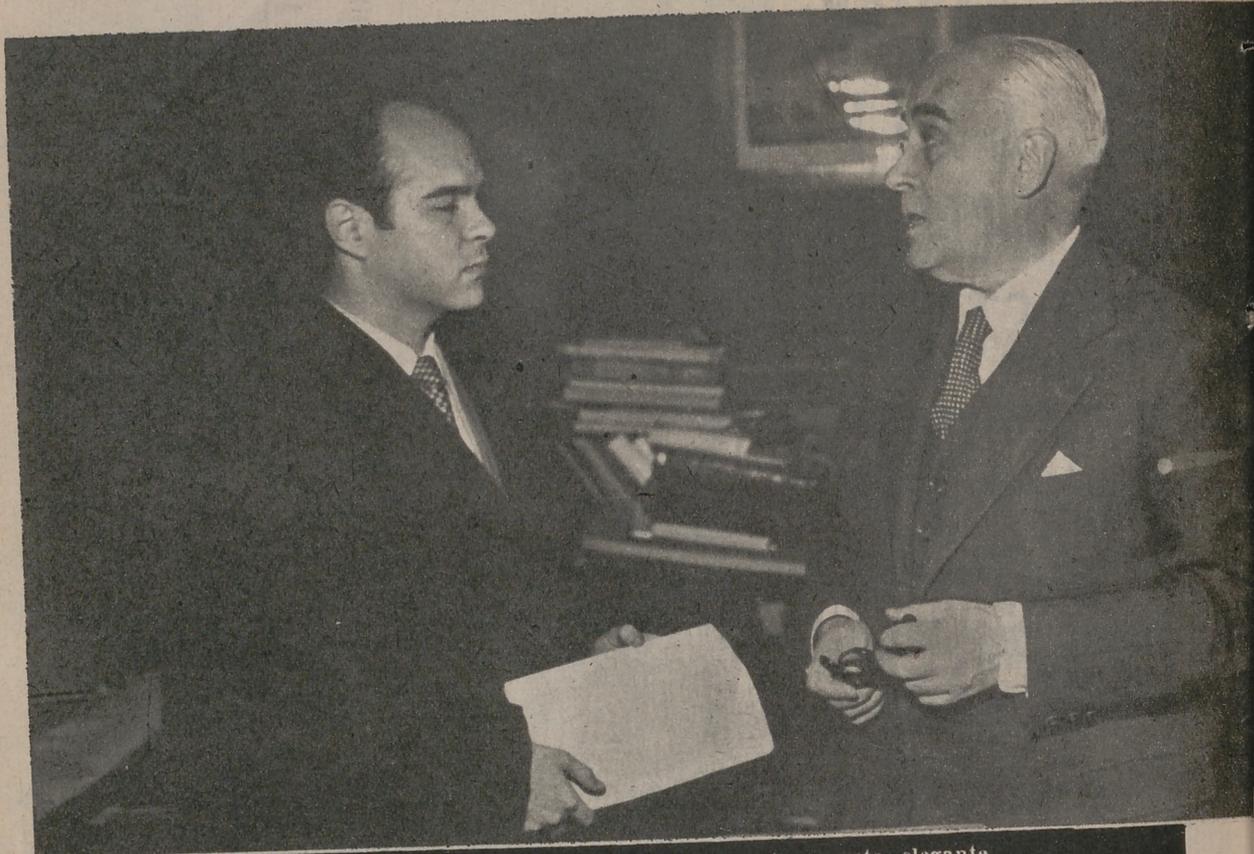
EN la Real Academia de la Historia había un despacho vacío. El día 14 volvió a tener ocupante por unanimidad. Y la unanimidad tenía un nombre: Francisco Javier Sánchez Cantón.

Presidía el duque de Maura y el futuro director estaba ausente de la sesión. Una sola votación, sin votos en contra, sin ausencias. Y luego, un nuevo director. Poco después entraba Sánchez Cantón en el viejo edificio de la calle del León y el duque de Maura le comunicaba la noticia.

—Fue una verdadera sorpresa para mí. De ningún modo lo esperaba y creo que es inmerecida, más aún estando en la Academia don Marcelino Menéndez Pidal, el propio duque de Maura, el señor Gómez Moreno...

Sánchez Cantón, gallego, investigador, historiador y crítico de arte, habla despacio. No hace sol y la luz que atraviesa los cristales empujados de la gran ventana baña su despacho en luz de «Meninas». Una gran mesa y sobre ella libros, revistas, papeles, cartas y telegramas de felicitación llegados de todo el mundo, de todas las naciones en las que se le conoce, de todos los países en los que el arte significa algo. Un lenguaje universal que llega y sigue llegando en fragmentos, aplastado en papelitos azules, al despacho, a su casa. Muchos idiomas para expresar





La palabra de Sánchez Cantón siempre es exacta, escueta, elegante

una sola palabra: «Enhorabuena»).

DEL INSTITUTO DE PONTEVEDRA AL MUSEO DEL PRADO

Demasiado. Demasiado para un hombre cuya divisa podría ser la palabra sencillez escrita en campo verde y gris, con un algo neblinoso, arrancado del paisaje de su Galicia.

Allí nació, en Pontevedra, el 14 de julio de 1891. Una niñez entre verdes suaves, junto al Lérez, que canta coreado por la marea cuando sube y el agua lleva color de mar. Unos años, muy pocos y el Instituto. Los libros, las clases y cuando podía el Lérez de nuevo, esta vez sintiéndolo correr bajo la panza de la lancha en la que remaba en unión de sus amigos. Y en las horas de estudio, una prodigiosa memoria que se va fortaleciendo, que crece al correr del tiempo.

Cuando Francisco Javier Sánchez Cantón era un niño, cuatro o cinco años, le llevan sus padres a la finca que tenían a 70 kilómetros de Pontevedra. Unos cuanto albañiles están haciendo obras y el chico, curiosidad y pocos años se acerca al grupo para hablar con ellos. Hoy, medio siglo y casi diez años más, aún se acuerda de los nombres de aquellos albañiles.

Pasa el tiempo. A Francisco Javier lo único que le interesa es

leer, aprender, saber, enterarse de mucho y de todo, leer más... Las clases en el Instituto, bajo el cielo plomizo, oyendó a las once y media de la mañana el pitido del tren al cruzar el puente sobre el río antes de llegar a la estación los viajes a la finca que no le gusta, a la que no quiere ir, vuelta a empezar el curso y por fin, acabado el bachillerato, el viaje a Madrid. Más clases, esta vez en la Facultad de Filosofía y Letras. Y leer, leer siempre a todas horas, en cuanto puede, a cada momento... La licenciatura en 1911, con premio extraordinario y el Rivadeneira. En 1913, el doctorado y los primeros contactos con el Museo del Prado.

Seis años más tarde, en enero del 19, forma parte de la Comisión de Catalogación del Museo. y en julio de 1922, las primeras oposiciones a cátedra. Las gana y se prepara para explicar Teoría de la Literatura y de las Artes en la Universidad de Granada. Al mismo tiempo, tiene entonces treinta y un años, le nombran subdirector del Museo y se sienta en el sillón que no habría de dejar en treinta y cuatro años.

—Creo que soy el único español que lleva tanto tiempo en la misma silla.

Sonríe un poco y coge unos papeles que están a punto de resbalar del montón y caerse. Desde las paredes, encerrados en su prisión de panes de oro y cientos de

años, unos retratos siguen la conversación. Hace calor aquí, en este despacho cara al Prado. Los coches pasan y repasan al otro de los árboles. Volvemos a su vida, a los días del 22, cuando tuvo que dejar la cátedra para venir al Museo.

—Excedente voluntario, así es como quedé entonces.

Y así siguió, hasta que en 1942, al morir Ovejero y quedar libre la cátedra, se sacó a concurso oposición su plaza en la Universidad de Madrid y entonces es nombrado catedrático de Historia del Arte.

Cualquier día puede seguirse paso a paso su vida.

—Y ahí estoy desde entonces.

Ocho años después, en octubre de 1950, un nuevo cargo, una nueva distinción viene a sumarse a las que ya tiene: Decano de la Facultad de Filosofía y Letras.

Tras su blanca cabeza, más allá de su silencio, aparece ahora el estudiante amigo de Manuel Machado, al que conoció en 1914.

Manuel Machado presumía de gallego y a gallego se atenia. Sánchez Cantón en la época anterior a la primera guerra europea era un joven lleno de inquietudes.

El mismo ha definido su amistad con el poeta, en aquella época en la que trabajaba con el ilustre don Elías Tormo en el Centro de Estudios Históricos:

—«Antes y, sobre todo, era Manuel Machado para mí el intérprete de ansias y desengaños juveniles... ¿Quién entonces, en víperas o acabado de entrar en la veintena y hambreado de ilusiones quebradas, no repetía:

“LA ESTAFETA LITERARIA”

aparece todos los sábados



Sánchez Cantón, gallego, investigador, historiador y crítico, en su despacho del Museo

*Mi voluntad se ha muerto
una noche de luna,
en que era muy hermoso
no pensar ni querer...?*

¿Quiénes, aún los menos dados
a la bohemia, no recitaban la
canción?:

*El alba son las mms sucias
y los ojos ribetados
y al acabarse las argucias
para continuar encantados?...*

Era este el tiempo en que ilus-
tre investigador publicaba «Pin-
tores de cámara de los Reyes Ca-
tólicos».

Dedicado desde entonces a la
investigación, Sánchez Cantón ha
venido dando a la luz artículos,
libros, trabajos de investigación
de la más alta calidad científica.

«EL SEÑOR DECANO YA ESTA AQUI

Es fácil ver cada mañana, por
los alegres pasillos de la Facul-
tad, a don Francisco Javier Sán-
chez Cantón, que con su paso len-
to avanza hacia el «aula grande»
del primer piso, en donde le
aguarda la turba de alumnos de
primer año.

—El señor decano ya está aquí
—dice el bedel.

Y los alumnos se apresuran a
ocupar sus bancos. La clase co-
mienza. Son las nueve de la ma-
ñana.

Pero la vida de Sánchez Can-
tón ha empezado ya hace rato,
cuando la mayoría de los que
ocupan las filas de bancos aún
no se ha quitado las telarañas del
sueño de los ojos. El empieza su
vida diaria a las siete y media de
la mañana. Duerme poco. Se le-
vanta y lee hasta las ocho y
cuarto u ocho y media en que
desayuna, y los días de clase, lu-

nes, miércoles y viernes a las
nueve menos cuarto monta en su
coche y sale hacia la Ciudad Uni-
versitaria. Siguen dos horas de
clase, de hablar ininterrumpida-
mente, continuamente fluida-
mente; jamás se sienta. Dos ho-
ras seguidas de pie, explicando,
atento a la clase que se mueve y
escucha.

Después... firmas, juntas, despa-
chos, más firmas... Todo a lo que
está obligado un hombre que lle-
ga a donde él ha llegado. Un tra-
bajo a veces agotador por lo den-
so y por lo intenso, que interrump-
pe cuando puede para irse a co-
mer. Y después de la comida,
en su casa, frente al Retiro, duer-
me durante veinte minutos o me-
dia hora. Es decir, no duerme. Se
sienta en un sillón, cierra los
ojos y procura alejar de su men-
te toda clase de preocupaciones,
sólo para tener nuevas fuerzas
a la hora de volver a empezar.
Sin embargo, esa media hora,
esos veinte minutos, insuficientes
para la mayoría, a él le permiten
recuperarse y emprender la tarea
de la tarde después de un nuevo
rato de lectura, que empieza a las
cuatro.

Visitas; compromisos; sesiones
de las Academias a que pertene-
ce. Bellas Artes, Española de la
Lengua y Real Academia de la
Historia; despacho de correspon-
dencia...; todo lo que constituye
la parte más fatigosa, a veces, de
un hombre que vive cara al gran
mundo. A las diez menos diez mi-
nutos está de nuevo en casa, para
cenar a las diez en punto, y a
continuación, trabajo de nuevo.
Contesta él mismo las cartas que
recibe, no tiene secretario ni se-
cretaria y lleva un registro escru-
puloso de las personas con quien
se cartea o a quienes tiene que



«La elección fué una verda-
dera sorpresa; no me lo es-
peraba»

ver por un motivo u otro. Lo cu-
rioso es que jamás hace anotacio-
nes, nunca apunta nada y, desde
luego, no necesita hacerlo. Su me-
moria le basta. Sólo una vez tan
sólo una, se olvidó de una cita,
pero su «savoir vivre» y su corte-
sía le sacaron adelante.

Sencillez Esa es la palabra. Y
no hay más remedio que repetirle
hasta la saciedad, porque define

perfectamente a Sánchez Cantón. Treinta y cuatro años dedicado a investigar, leer y aprender. Treinta y cuatro años en la misma silla, desde la que defendió durante la campaña de Liberación el tesoro que encerraba el Museo. Se quedó allí, en su despacho, porque era su obligación, porque miles de cuadros le ataban al viejo edificio, porque cientos de años de pintura universal necesitaban de alguien que los defendiese contra todo y contra todos. Le daban órdenes y contraórdenes y él se negaba a cumplirlas, demoraba su ejecución cuando no había otra solución, y trabajó con todas sus fuerzas para que ni una sola de las telas que allí había fuese descolgada de su sitio.

—Cuando ya no había más remedio y se hacía algún traslado, yo mandaba hacer tres copias del acta en la que constaba a qué lugar se enviaban los cuadros. Naturalmente, una de esas copias desaparecía en seguida.

El hacía que desapareciese para que, una vez terminada la contienda, se pudiese saber dónde estaban los cuadros. Y así hasta que le echaron. El hizo la guerra por su cuenta, y los cuadros de Velázquez, de Goya, de Rembrandt, de tantos y tantos maestros, fueron sus soldados.

Hablamos de aquella época, tan lejos y tan cerca al mismo tiempo, para un hombre que ha vivido tanto como él. La luz se hace

más lechosa y del cielo cae como un aguanieve. Se levanta y busca un libro. Tiene que mover otros, quitarlos de su sitio hasta encontrar lo que quiere. Pienso en la vida de este hombre, que ya pertenece al Museo. Una vida que quizá a muchos les pueda parecer monótona, pero que tiene algo, un algo que no se puede dejar de sentir: ese cariño puesto en las pinturas, en los corredores y las salas, el trabajo con un solo afán: saber más y más cada día, acostarse cada noche con un poco más de algo que merece la pena, en la maleta en que lleva su vida.

Rodeado de cuadros, su destino inevitable sería el coleccionarlos. O coleccionar cualquier otra cosa: sellos, tarjetas de visita, grabados... Nada de eso, sin embargo. Tan sólo, en su casa, un cofrecito guarda distribuidas en tres o cuatro bandejas alrededor de cuarenta medallas, algunas de oro. Y está allí, más como objeto decorativo, que como pieza de colección. En sus viajes, muchos, a América, a Egipto, a Viena, a Inglaterra, a Grecia a Italia, a Francia... podía haber adquirido recuerdos, objetos raros. No lo ha hecho. Tiene bastante con los libros, y en su casa, seis mil volúmenes atestiguan esa afición.

**PONTEVEDRA, CUNA Y
LUGAR DE REPOSO**

Las Navidades están cerca, casi

al alcance del corazón. Durante estos días, Sánchez Cantón pasará dos semanas en la finca o en la casa de Pontevedra. Descansar le es tan necesario como a los demás respirar. Su volumen de trabajo diario le exige esos días de reposo. A veces, el reposo es simplemente cambiar de lugar, porque en cuanto llega a Galicia, el trabajo se acumula de nuevo allí y tiene que volver a empezar. Tres viajes anuales: un mes y medio en verano, catorce días en Navidad y otros diez en Semana Santa. Siempre a Pontevedra. Cuando, por cualquier motivo, no puede ir a su tierra en esta última fecha, lo siente, y muy de veras. Quiere a Pontevedra y a la finquita de sus padres, a la casa a la que no quería ir cuando era pequeño. Ahora va siempre... que puede. El año pasado, por ejemplo, se tuvo que quedar en Madrid, porque tenía que terminar el trabajo que estaba realizando sobre «El legado Cambó». Era Semana Santa. Durante diez días estuvo inclinado ante su mesa de trabajo, sin salir a la calle más que para asistir a los oficios. Esas fueron sus vacaciones.

Francisco Javier Sánchez Cantón, humano, gallego y sencillo Y, desde el día 14, director de la Real Academia de la Historia.

GONZALO CRESPI

(Fotografías de Mora.)

¡HAGA PRODUCIR SU DINERO!

LA CAJA POSTAL DE AHORROS

con la **GARANTIA DEL ESTADO**
le ofrece intereses hasta el 3 por 100

OFICINA CENTRAL:
AVDA. DE CALVO SOTELO, 9
SUCURSALES EN MADRID:

Jorge Juan, 20.
Luis Vives, 12.
García Morato, 171.
Mejía Lequerica, 7.
C.ª San Francisco, 17.
Diego de León, 2.
Santa Isabel, 57.
Serrano Jover, 11.
Hermosilla, 103.
Fuencarral, 132.
P.º Extremadura, 122.
Magdalena, 12.
Alonso Heredia, 15.
Puerta de Toledo, 3.
Maestro Arbós, 2.
Marqués de Vadillo, 2 y 3.
Av. Alfonso XIII esquina plaza del Perú.
Islas Aleutianas, 2 (Peña G. an. de).
Antonio Arias, 2.
C.ª Aragón, 11, Ddo.

Reintegros a la vista
SIN LIMITACION DE CANTIDAD
en su localidad

Facilidad de reintegros, con una sola cartilla, en todas las administraciones de CORREOS de España

La familia nueva de la era automatizada se mueve en el vasto mundo de las cocinas ultramodernas

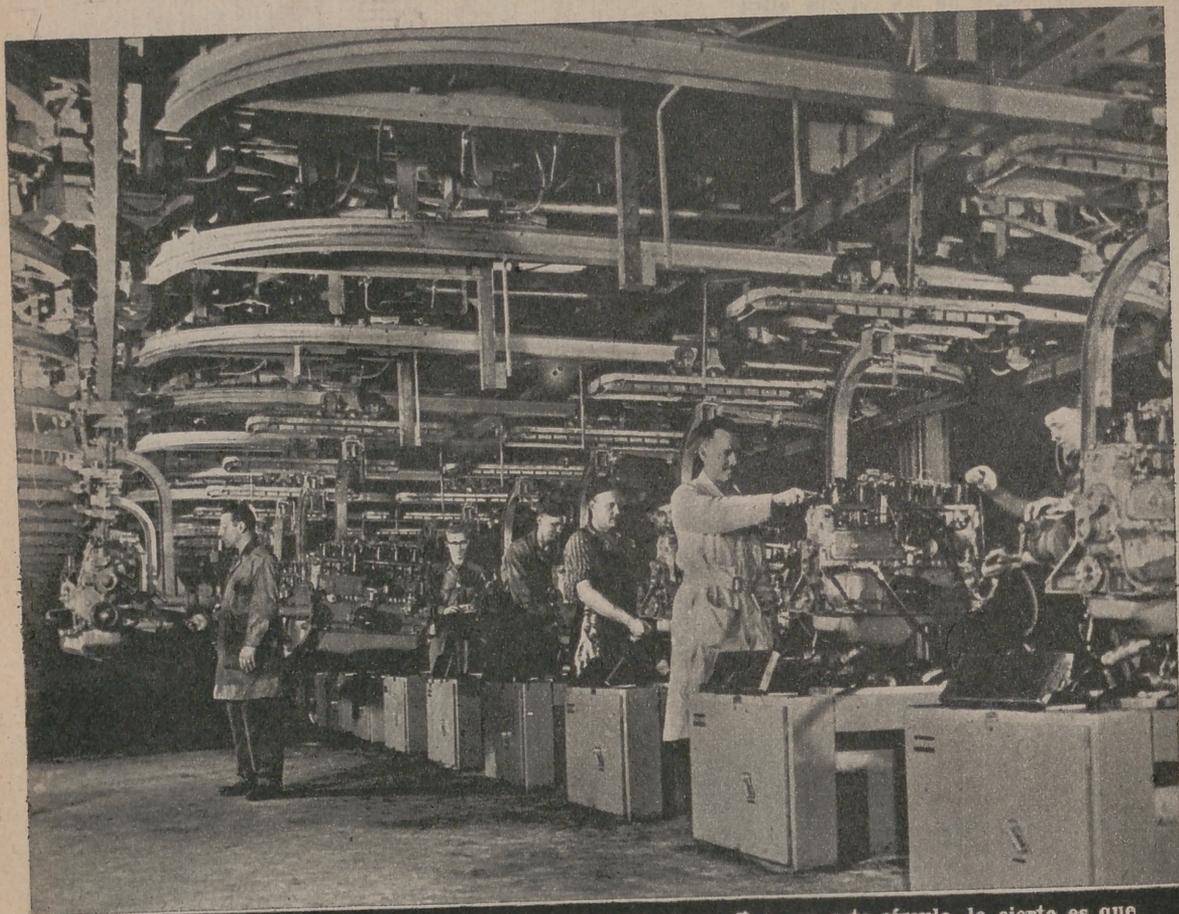


LA CLASE MEDIA NO MUERE: CRECE Y SE TRANSFORMA

**EL HOMBRE NUEVO DE
LA ERA INDUSTRIAL**

LO INMEDIATO, LO UTIL Y LO TECNICO

BAJANDO por la Calle 34, no muy lejos de la fabulosa sombra de cemento y cristal del Empire State, de 102 pisos, se llega a una plaza pequeña y encogida, con estatua de bronce y todo, que parece pasmada, ciertamente, de encontrarse allí de cara a los rascacielos neoyorquinos. Pues bien: frente a ella están dos de los más populares almacenes de la ciudad. Desde la placita, en la mitad del día o de la tarde, el espectáculo es increíble: todo Nueva York parece dedicado a un solo oficio: la compra. Dentro de uno de ellos, entremos en «Macy's», por ejemplo, el espectador tropieza con una multitud energética y vertiginosa, que da la impresión de conocer un grave secreto: que de un momento a otro se acabarán todas las mercancías. Ya en la calle, mientras se piensa si se tomará el Metro o el au-



El hombre sirve a la máquina, y ésta, a su vez, al hombre. Pero en este círculo, lo cierto es que la variación del mundo es fabulosa

tobús, los niños ayudan a sus madres a llevar los paquetes, y los hombres, muy serios, cargan con las famosas bolsas rayadas. Cuando un alto, el rojo de los semáforos, paraliza durante unos instantes la circulación y pasan a toda velocidad los taxis amarillos, admira aquella multitud a un lado y a otro, cargada de bolsas y cajas. Dentro de la tienda la impresión que tiene uno, equivocada o no, es la de que muchas de las compras se han hecho por «hacer». Arrastrados por el vértigo. Ahora, mientras la lluvia del invierno, suave y lenta, cae sobre las calles, y en Broadway y la Calle 42 continúa, entre el torrente de la iluminación, la búsqueda de una última chuchería en la «farmacia», donde se vende de todo, un marinero español que vive en Brooklyn desde hace muchos años, me decía: «Somos nosotros los que compramos tanto.»

—¿Y quiénes sois vosotros?

—La clase técnica. Yo soy ingeniero, un técnico especializado en la presión de las calderas. Mi mujer—decía sonriente—nunca deja de llamarme «ingeniero».

—¿Los dos sois de Santander?

—Sí; de un pueblecito. Mi mujer tiene allí una casona y todos los años pagamos los impuestos. Algún día puede ser que nos retiremos para allá.

UN MUNDO NUEVO Y SORPRENDENTE

Sería muy injusto explicarse todo ese prodigioso afán de compra del norteamericano por el hecho de su alto nivel de vida.

Esa, desde luego, es una razón, pero no la más importante. La razón fundamental descansa en la aparición de una amplísima clase social nueva: la técnica, que está instalada a caballo de la nueva edad industrial. Y esta clase social nueva, que todavía no ha encontrado su puesto—como la clase media de las profesiones liberales—, pero que posee el dinero, los altos salarios, casas confortables y aspiraciones cada día más concretas, se manifiesta en la compra. Sin unos deberes tan claramente delimitados por la costumbre y la tradición, sin una ocupación «representativa socialmente», el nuevo burgués comienza a instalarse en el mundo buscando los caminos de su propia expresión personal.

Así, uno de los ideales de la clase media del pasado, la clase media todavía de hoy, era la del ahorro. La familia y la tradición se formaba laboriosamente con la certidumbre de que, pasado el tiempo, sería necesario. Un brusco y enorme cambio económico, la aparición de los grandes Seguros Sociales que afectan, en líneas generales, a toda la existencia humana, desde la enfermedad a la vejez motiva también el despilfarro, la urgencia de las cosas inmediatas, el gusto por la vida.

EL CRECIMIENTO UNIVERSAL DE LA NUEVA BURGUESIA

Un examen somero a las estadísticas de ampliación de salarios publicadas recientemente en los periódicos españoles y, por tanto, en la memoria de todos, revela

cómo entre nosotros mismos, sin recurrir a los grandes países superindustrializados, pasamos por idéntica etapa.

En esas estadísticas se ve claramente, sin ningún género de dudas, que los especialistas, los técnicos, los capataces, sobre todo en determinadas ramas laborales, se equiparan y superan, desde el punto de vista del salario, a los que poseen otras profesiones. Este suceso, que, allá y aquí, ocupa la atención de los sociólogos, demuestra de qué forma la nueva burguesía, la tecnocracia, terminará por ser una efectiva clase media.

En la actualidad, si quisiéramos tipificar, individualmente, al nuevo burgués veríamos, inmediatamente, que pertenece ya, ocupando un puesto muy claro, en nuestro ambiente social. Todo el mundo le conoce. Se preocupa de las cosas útiles, quiere refrigerador y suele tener, a la puerta de su casa, una moto. Lleno de empuje, con ideas simplificadas y seguras, el burgués moderno contempla el mundo actual con ojos que quieren ver las cosas en líneas esquemáticas. Todavía, entre la vieja clase media y la nueva, no existe punto de contacto, pareciendo que la antigua, por sus profesiones y tradiciones, debe ocuparse de crear la atmósfera social. Pero esto no es nada más que punto de partida.

LAS DOS CLASES MEDIAS

Es irremediable que ambas clases sociales terminen por encontrar un punto de contacto. Y este punto de contacto no es otro



Contra lo que se creía, la vida familiar recobra nueva importancia. La radio y la televisión, sobre todo esta última, son el punto de cita familiar

que la automatización progresiva —y no proletarización— de toda la clase media burócrata. La nueva era industrial, la era atómica o la «automatizada» lleva en su germen, guste o disguste, una transformación de la existencia humana y, seguramente, un enriquecimiento paulatino de las clases medias dirigentes y representativas por las aportaciones humanas de la nueva burguesía.

Hasta el momento presente, nuestro nuevo burgués, tan prematuramente llamado «materiaalista», se ocupa sólo de producir y consumir mucho. Pero, no obstante, comienza a destacar su presencia en el mundo sindical y el mundo social porque, con intactas energías, gusta y apetece de la transformación. Nuestro hombre no se da cuenta, y presume de no querer «saber nada de eso», de ser representativo de una época y que, como tal, llegará a tener, como la clase media actual, unas obligaciones y unos deberes. Hasta ahora, en el centro de las grandes ciudades, en los cines y lugares de placer, en los paseos y en los grandes almacenes, no parece dedicarse a otra cosa que a la búsqueda de lo inmediato, de lo que le gusta y distrae.

LAS PROFESIONES LIBERALES PAGAN SU TRIBUTO A LA TÉCNICA

El año pasado, sin ir más lejos, las más grandes industrias norteamericanas se dedicaron a una extraña y curiosa caza del hombre, si es permitido hablar así. Ocurrió que este país cuya producción, por ejemplo, alcanza en la rama automovilística los ocho

millones de vehículos, se encuentra con una gran penuria de técnicos y de ingenieros. Todos los que salieron en el año de las Escuelas Especiales fueron absorbidos inmediatamente mediante el pugilato de las ofertas económicas. Pero la cosa no paró ahí. Los más grandes empresarios llegaron a las Universidades y ofrecieron a los estudiantes de Leyes y Humanidades idénticas ofertas. El sistema, planteado casi a la vez por las industrias es el siguiente: un universitario de la rama que sea, con unos cursos teóricos y prácticos—que algunas Empresas calcularon en un año— puede llegar a desarrollar una labor industrial inmediata, dado el proceso de simplificación de la técnica. Proceso de simplificación que, no por ello, deja de ser complejo, puesto que precisa casi un ingeniero por la brigada de ocho obreros.

En estas circunstancias difícil es hablar, en buena lid, de la proletarización de una clase media cuando ésta se encuentra, también, en el trance de una enorme y fabulosa transformación.

LA AUTOMATIZACIÓN DE LA BANCA Y LAS COMPAÑÍAS DE SEGUROS

Cuando se piensa en la automatización, la mayor parte de la gente piensa que se trata, simplemente, de la industria. Este es un gran error. El hecho cierto es que en Estados Unidos, donde en el año 1955 el 16 por 100 de la nación funcionaba ya bajo la «automatización», los Bancos y las grandes Compañías de Seguros han sido las primeras en dotar a sus

Empresas de mecanismos electrónicos.

La revolución, sobre todo en la Banca, alcanza límites fantásticos. Como es sabido, la Banca es la suma, continuada y mecánica de una serie de balances y comprobaciones, sobre todo en las secciones de «cuentas corrientes». Millones de números siguen, a pesar de su complejidad, una constante «mecánica». Pues bien, la aparición de la máquina ERMA (Electronic Recording Machine Accounting) que la Comisión bancaria norteamericana considera, exclusivamente, como un simple anuncio de nuevas posibilidades, es capaz de efectuar 32.000 operaciones.

En las oficinas de Seguros y, en general, en los puestos burocráticos y mecánicos, la automatización está adquiriendo mayor rapidez y procediendo en más amplios frentes que en las factorías industriales. De ahí que en todo el mundo la más considerable revolución se realice, por paradoja, entre las gentes que, de una forma u otra, estaban consideradas como clases medias. La ampliación constante y creciente de la demanda de técnicos e ingenieros de todas clases provoca, igualmente, una constante alteración de las preferencias estudiantiles.

En 1950, Estados Unidos contaba con 50.000 ingenieros anuales, contra 20.000 de los rusos. Cinco años más tarde la media anual alcanzaba una progresión aritmética notable, superando en Norteamérica los 75.000 y propiándose en los planes quinquenales rusos la creación de un

cuerpo de millones de técnicos. Este proceso, sobre todo en los Estados Unidos, está adquiriendo un carácter dramático porque las innovaciones se efectúan con tal rapidez y la mutación de la cara industrial es tal, que la demanda de especialistas, ingenieros o técnicos, se hace patente a cada instante.

EL PARO Y LOS PROBLEMAS DE LA AUTOMATIZACIÓN

Este gigantesco experimento que vivimos en los momentos actuales afecta no sólo, como vemos, al cuadro social, a la aparición de un nuevo burgués, sino que toma los más variados aspectos. El más inmediato y el más urgente a resolver es el del paro tecnológico creado por los «robots» electrónicos.

Es famosa la entrevista que Reuther, el famoso sindicalista americano, tuvo con un alto representante de la industria Ford cuando ésta procedió a instalar las primeras máquinas de ese tipo.

—Estas, mister Reuther—decía el empresario—, no piden aumentos de salario, ni hacen huelga, ni tampoco exigen contratos colectivos...

Reuther, impasible, miraba con detención la cadena automática de producción. Inmediatamente contestó:

—Todo eso es verdad, pero yo veo en ella un grave defecto.

—¿Cuál es?

—Que esta máquina no va al mercado a comprar los automóviles que produce la industria...

Esta conversación histórica contribuye en cierto modo a aclarar y a poner de manifiesto las graves preocupaciones que poseían los sindicalistas americanos hace unos años.

Ahora en marcha el colosal movimiento industrial, se procede de dos formas: por un lado, a una formación y especialización de toda la nación. Las fábricas y las empresas plantean el problema del paro aun antes de que éste llegue. Aun así, para evitar los inevitables trastornos iniciales el sindicalismo americano ganó una batalla imprevista: el salario anual garantizado. Porque el problema no es sólo el del paro tecnológico, sino uno de mayor alcance y amplitud: Este proceso de automatización, ¿hasta qué grado puede continuar? ¿Dónde puede detenerse y cómo se establecerá el equilibrio económico entre paro, producción y consumo?

PRIMER PUNTO: DISMINUCIÓN DE LA JORNADA DE TRABAJO

Es evidente que la automatización lleva, al flanco un aumento de la producción enormemente considerable. Las transformaciones sociales que, ya desde los momentos iniciales, lleva consigo están a la vista de todos, aun en los países de bajo rendimiento industrial.

Como medidas defensivas, se tiende a resolver este problema o buscar su solución por ahí,

buscando una disminución constante de la jornada de trabajo, y como última consecuencia adelantando la edad del retiro y retrasando el ingreso en el trabajo. Se ampliaría de esta forma la edad escolar y el periodo de especialización técnica y operativa.

Socialmente, como es fácil de ver, los problemas no son menores. La sociedad avanza hacia una zona nueva, desconocida, donde el tiempo libre aumentará considerablemente, creando consecuentemente nuevos problemas, nuevos hábitos y nuevas costumbres.

La aparición del automatismo en Europa ha traído, con más urgencia y gravedad que en Estados Unidos, la primera reacción: la huelga de Coventry, que en cierta manera terminará considerándose la primera huelga contra la nueva era industrial. Ha tenido el mismo signo que tuvieron en Manchester a la llegada de los primeros telares. Entonces, como es bien sabido, los obreros creyeron que las máquinas impondrían el paro y, como consecuencia, el hambre. En Coventry (Inglaterra) la huelga tuvo un carácter semejante, y por eso será considerada como un signo histórico.

Sin embargo, tanto en Francia como en Inglaterra, las primeras y aun débiles introducciones de la automatización han coincidido precisamente con la aparición de garantías sociales más extendidas. Tomemos de Francia la prolongación de las vacaciones pagadas, el aumento de los pluses, y en ciertas Empresas, el salario anual garantizado. Donde ha comenzado este proceso ha sido en la casa Renault, pero sus características se extienden a toda Francia. Desde el punto de vista social, las vacaciones, que el obrero organiza ya con viajes a otros países, anuncian la gran transformación humana. Es curioso observar que en Francia el nuevo burgués se ejercita en los viajes que antes realizaba una minoría social o profesional.

La automatización obra así su verdadero carácter de segunda revolución industrial, y antes que nada el significado de ser la consecuencia inmediata y lógica de la primera. Pero el tránsito de la sociedad de mañana aparece revestido de mayor sentido de la responsabilidad social, intentándose por todos los medios —puesto que la transformación es inevitable— que ella no aparezca aquejada de las mismas lacras que tuvo entonces.

El proceso social persistirá, no obstante, en las líneas generales que se anticipan hoy. De forma creciente e ininterrumpida la automatización irá exigiendo, por la propia sensibilidad de los instrumentos, una mayor especialización y por vía jerárquica, nuevos y renovados conocimientos técnicos.

PEQUEÑA GUIA DE LA AUTOMATIZACIÓN

El interés creciente del hombre contemporáneo por los problemas de la automatización por

la perspectiva que llegará a tener la sociedad futura, no harían necesaria la vulgarización de algunos caracteres fijos de la nueva revolución industrial.

En primer lugar la palabra y el término automatización provienen de una forma nueva de tecnología.

La automatización no es otra cosa que la aplicación de la cibernética a la economía, realizada por un control de la producción a través de una serie de máquinas electrónicas.

La automatización, dice el economista Lefebvre, es un término genérico que engloba tres ramas esenciales de actividad.

La primera es la «automation» tipo Detroit o producción automática continua en honor de la industria que inventa la palabra y la introdujo rápidamente en el lenguaje corriente. Esta aplicación elemental del automatismo permitía al producto su transformación sin ser tocado por los obreros.

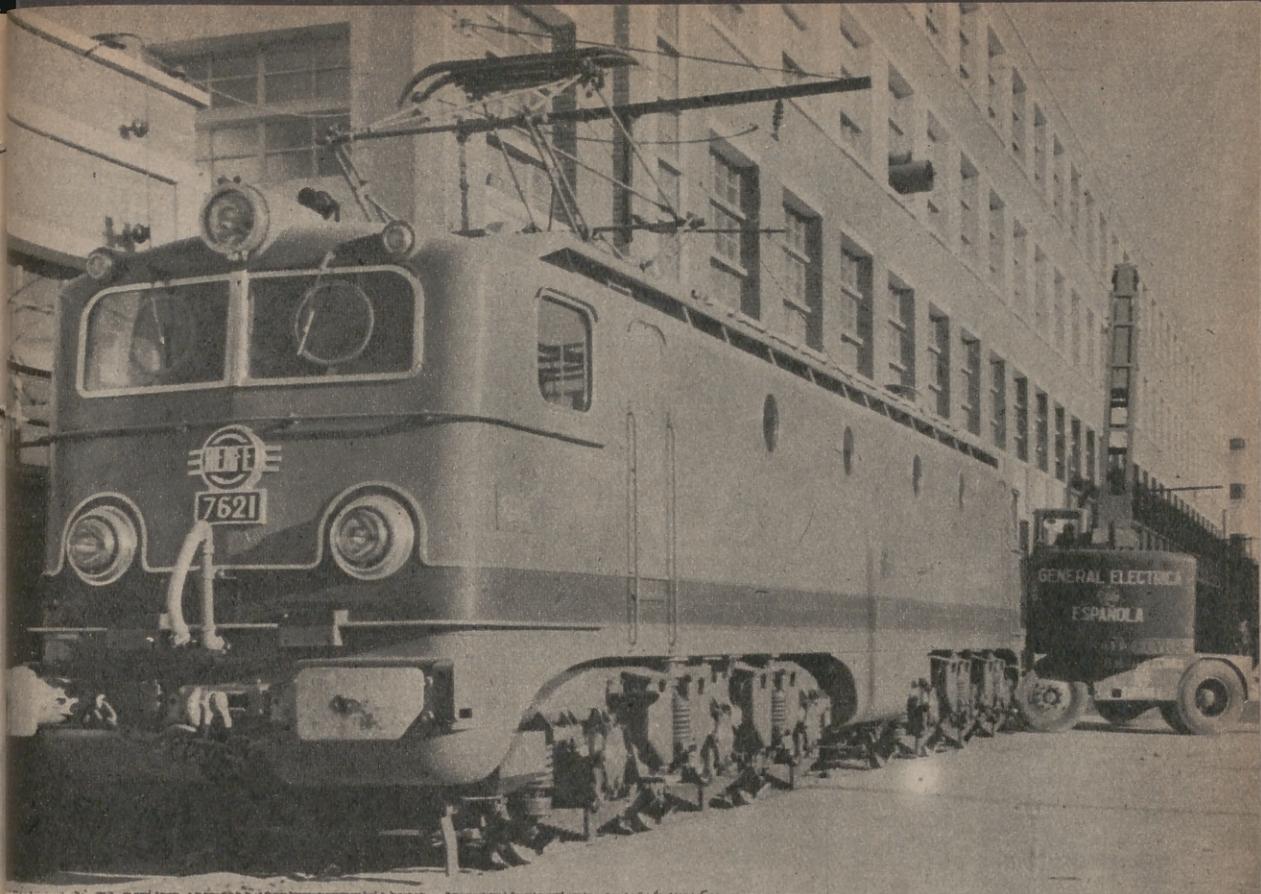
El control por «Feed-Back» o aparato servomecánica, de una técnica superior, permitió no solamente efectuar operaciones como las anteriores, sino que era capaz de un control automático de la producción. Una máquina electrónica, conectada con la primera, corregía las menores alteraciones del proceso de fabricación.

Quedan, por último, los calculadores electrónicos destinados a cumplir operaciones de orden matemático sobre informaciones que «ellos mismos» van recogiendo durante la cadena de producción.

Desde estos tres puntos de partida comienza efectivamente el fabuloso suceso.

LAS NUEVAS CONDICIONES MATERIALES DEL MUNDO

En los países donde el proceso industrial se encuentra situado en escalas inferiores no por eso deja de ser constante igualmente la aparición de la nueva burguesía técnica y especializada. En España misma, propulsora de un enorme esfuerzo industrial, el nuevo burgués constituye ya hoy en día una clase social de perfil y características notables. Nueva clase media, al menos en su poder adquisitivo, frecuenta idénticos lugares y constituye una posible revitalización de la sociedad, porque, más racional y menos anárquico, el técnico nuevo terminará por participar y compartir idénticos deberes que la clase media y constituirá de hecho un arco social de indudable consistencia. Menos incitado a la demagogia, movido por resortes nuevos, ese amigo que cada día contemplamos pasar a nuestro lado representa un factor de indiscutible eficacia en nuestro mundo, y al tiempo, por su dinamismo esencial, revela que no es la clase media la que muere, sino que ésta se encuentra en trance total de renovación y transformación y quizá de enriquecimiento vital.



MATERIALES NACIONALES DEL PRIMERO AL ULTIMO TORNILLO

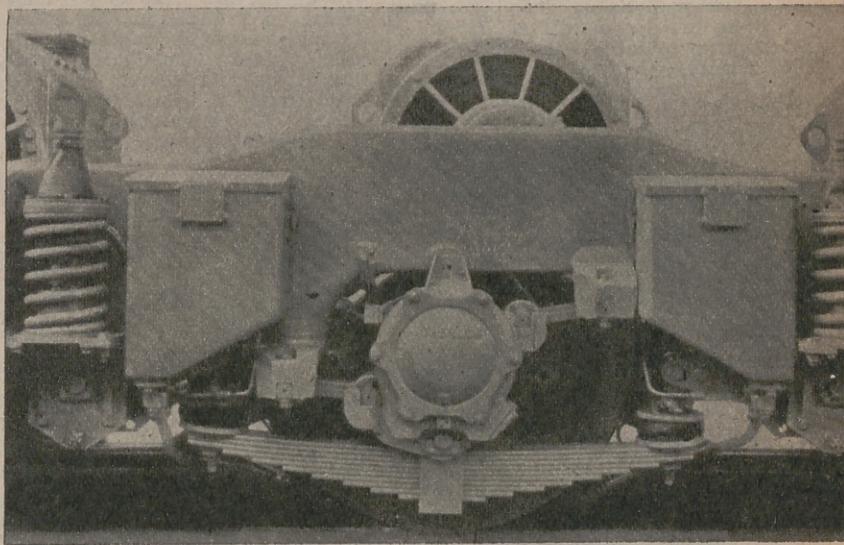
NUEVA LOCOMOTORA ELECTRICA EN LA RENFE

ONCE EMPRESAS EN UNA TAREA COMUN

A la hora señalada, al minuto exacto que se había previsto, una locomotora eléctrica pasaba rauda por las estaciones del Mediodía francés. Iba sola. Ni un vagón a remolque. Al caer la mañana, la locomotora llegaba a la estación fronteriza de Cerbere. Rendía su viaje. Al caer la tarde la máquina comenzó a ser separada de su tren de ruedas. La locomotora eléctrica había baido una marca en su género: 331 kilómetros por hora. Eran los primeros días de julio de 1956.

UNA LOCOMOTORA SOLITARIA POR LAS VIAS DEL NORTE

Intercambios en la frontera hispanofrancesa de Cerbere-Port-Bou. La locomotora eléctrica francesa había pasado la frontera. Se encontraba ahora en España y la Renfe se hizo cargo de ella. Repuesto un nuevo tren de ruedas, la máquina prosiguió su viaje. Esta vez más lentamente. Pero también ella sola. Quedaron atrás las tierras catalanas y las aragonesas. Madrid era el término de un viaje de más de 1.500 kilómetros. A primera hora de la tarde del día 23 de julio pasado la locomotora eléctrica que salió de Francia rendía su



Arriba: La nueva locomotora, totalmente terminada.—Abajo: Suspensión primaria y unión entre las cajas de ejes por medio de bielras de silentbloos

viaje en la capital de España.

Pocas horas después se verificó en la estación del Norte la presentación de la máquina ante el Ministro de Industria, au-

toridades y alto personal de la Renfe. La Sociedad Nacional de los Caminos de Hierro franceses había prestado la máquina a la Renfe por un determinado plazo

para efectuar con ella ensayos en España. La presentación fué hecha por parte de varias Casas constructoras españolas.

La citada locomotora Diesel, la más potente que existía con un solo motor, fué adaptada para su circulación por las vías españolas, de distinto ancho que las francesas. Se había construido un nuevo rodaje.

BARCELONA-MADRID, SIN CAMBIO DE MAQUINA

La orden de los controles en el Mediodía de Francia se repitió de nuevo en tierras catalanas y aragonesas. Las estaciones intermedias fueron paralizadas. Tras su viaje solitario a la capital de España otra vez salía de Barcelona a Madrid la locomotora eléctrica, pero esta vez arrastrando un convoy. El tren avanzaba con gran seguridad. En ese viaje el expreso de Barcelona a Madrid no tuvo necesidad de cambiar la locomotora durante todo el trayecto. Los maquinistas fueron los mismos. Era la primera vez que el expreso era remolcado por una misma máquina. Se había ganado más de hora y media en el trayecto.

Después nuevos ensayos. Las fuertes rampas que van de Madrid a Avila para subir a La Cañada fueron salvadas con buenos resultados. En la línea de Córdoba ocurrió otro tanto. Después del viaje de Barcelona la locomotora eléctrica, esta vez sola, salía de Madrid para la línea de Córdoba, donde prosiguieron los ensayos. A nadie extrañó ya ver una máquina eléctrica más de las que ruedan por las vías cordobesas. Sin embargo, ésta era distinta a las restantes. Por Despeñaperros la velocidad fué normal y no hubo necesidad de forzar la máquina. Poco después se comenzaba en España la fabricación total de un nuevo tipo Diesel parecido a los que, verificados parcialmente en nuestra Patria, funcionaban ya en nuestras vías ferroviarias. La industria nacional había dado otro paso. Se iba a construir en España la primera locomotora eléctrica con material enteramente nacional.

SESENTA LOCOMOTORAS PARA DOS AÑOS

La factoría de la General Eléctrica

Española de Galindo ha lanzado el nuevo producto español. Alrededor de once Empresas españolas han contribuido a su construcción. Junto a la General Eléctrica, la Naval bilbaina, Babcock and Wilcock, Maquinaria Terrestre de Barcelona, Camesa...

En el plazo de dos años han de construirse para la Renfe sesenta máquinas del mismo tipo a fin de modernizar los ferrocarriles españoles. Las sesenta irán a las líneas electrificadas de Barcelona. Al «ocho» catalán. Con este nombre se conocen las grandes curvas que partiendo de Barcelona van a parar a las restantes provincias catalanas. A primeros de año empezará la entrega a la Renfe: dos y tres locomotoras al mes. Las cuatro primeras ya están a la puerta. La locomotora eléctrica totalmente recién construida en Bilbao es gemela de la que en Francia alcanzó una velocidad de 331 kilómetros por hora. Pesa 120 toneladas y tiene una potencia de 32.000 caballos. La velocidad máxima que alcanzará en España será de 125 kilómetros por hora y su coste asciende a 14 millones de pesetas. Es de la misma clase de máquinas eléctricas que corren por las tierras holandesas y portuguesas, pero que, sin embargo, sólo se construye en España y en Francia.

LA CASA ALSTHON BATE UNA MARCA

Hace cuatro años la Casa Alsthon, francesa, concedió el permiso para construir locomotoras eléctricas en España del tipo señalado. Al año siguiente comenzó en Bilbao el montaje de una pequeña factoría. Por fin el pasado día 10 se efectuaron las primeras pruebas.

La Casa Alsthon hace quince años que empezó la fabricación del actual tipo Diesel. A raíz de la segunda guerra mundial. Las hostilidades estaban todavía muy cercanas y predominaba la guerra de nervios. Empezó a rumorearse en Francia que las malas comunicaciones en rapidez y eficacia habían contribuido notablemente a la derrota del año 1940 frente al avance relámpago alemán. Se precisaba un transporte en locomotoras que rebasa-

ra el avance de cualquier futuro «enemigo».

Esto hizo que los técnicos franceses pensaran en un modelo para sus vías férreas. Un modelo que no impidiera las operaciones militares a causa del retraso de los convoyes. Se creó un tipo especial, de acuerdo con la topografía francesa: llana en el centro y en Sur y montañosa en el Este y en el Norte.

El nuevo gigante de los caminos de hierro fué puesto a prueba en los cuatro puntos cardinales de Francia: en las Ardenas, en los Alpes, en la región del Garona y en el paso de Calais.

En el año 1953 cuatro locomotoras del actual tipo construido totalmente en España habían alcanzado ya los 200 kilómetros de media. Al año siguiente la media subió a 243 kilómetros por hora. Por fin las pruebas más importantes se realizaron en la primavera de 1955, en que se alcanzaron los 331 kilómetros por hora.

UNA PRUEBA AGOTADORA

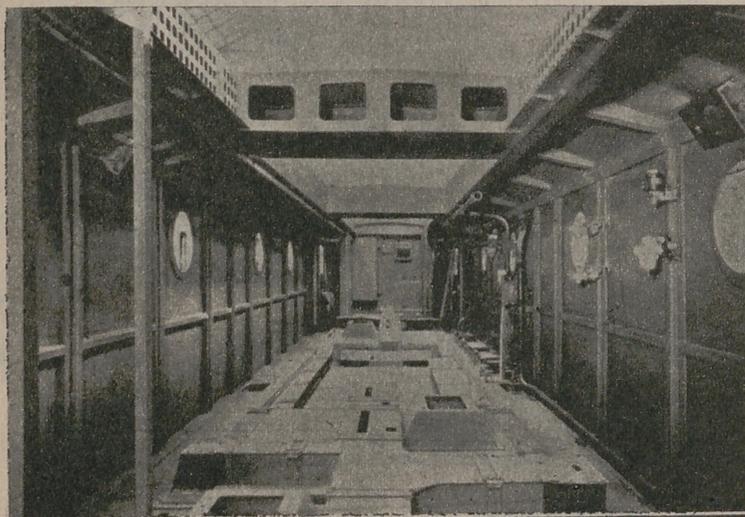
Al acabar la prueba los rieles quedaron deformados. La primavera del 55 fué calurosa en Francia y el ensayo se realizó a pleno sol. La gran velocidad alcanzada junto a la constante acción de los rayos solares acabaron deformando los rieles. Sin embargo, quedó demostrada por eso mismo la gran estabilidad de la máquina.

Pocos días después—28 de marzo del mismo año—se hizo otra prueba con los rieles deformados. Fué precedida de unos preparativos realmente aparatosos. A lo largo de sesenta kilómetros la locomotora eléctrica que ya conocen las vías españolas debía alcanzar de nuevo los 331 por hora. Los primeros cuarenta kilómetros eran de terreno enteramente llano. A ambos bordes de la vía un grupo de taladores había ido retirando durante varios días todos los árboles cercanos. También se eliminaron todas las ondulaciones del terreno. De ese modo el remolino que se forma al conseguir velocidades tan altas no entorpecería la prueba.

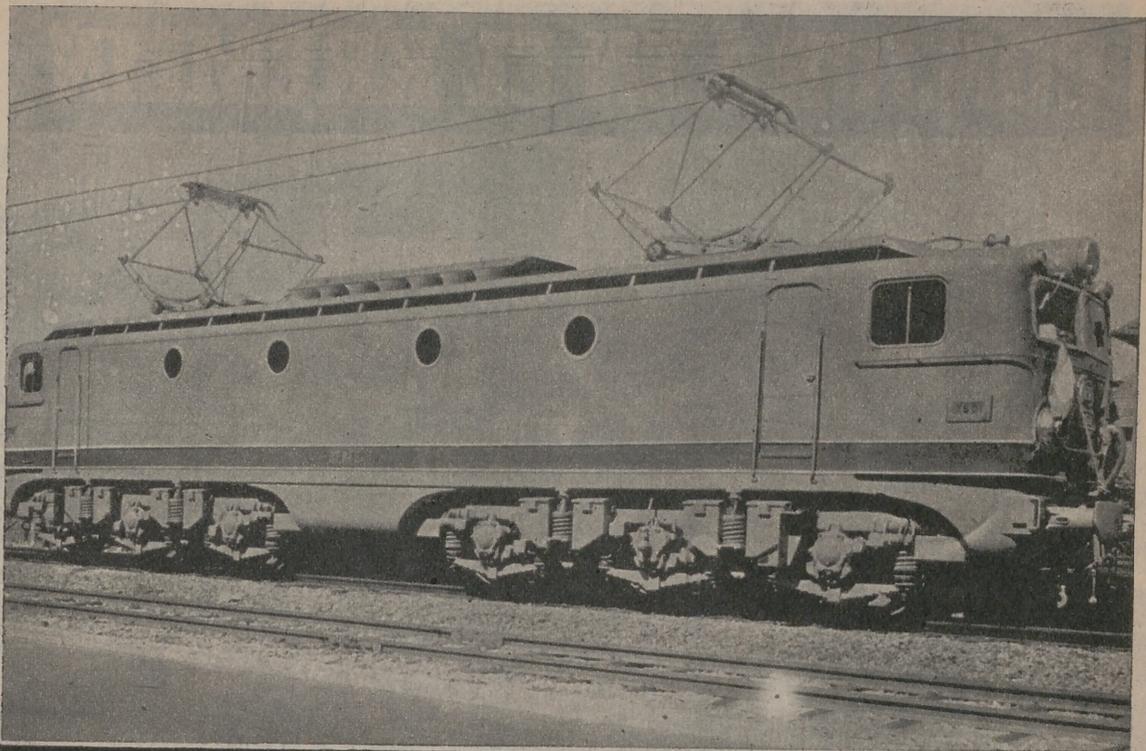
Los 20 kilómetros restantes se reservaron para que el convoy se detuviese sin un excesivo calentamiento de los frenos. El convoy estaba formado por la locomotora y dos vagones. La prueba fué satisfactoria. Al comenzar el kilómetro 41 dejaron de funcionar los motores. Entraba la locomotora en la etapa del frenaje. Para aumentar la resistencia al aire se abrieron todas las ventanas del convoy. La Casa Alsthon comunicó definitivamente sus resultados. Cayeron las marcas. Había nacido un nuevo récord para un nuevo tipo de locomotoras eléctricas.

EN FRANCIA, EL «MISTRAL»

Ahora la locomotora Diesel que acaba de construirse totalmente en España—son gemelas la francesa y la española—presta sus servicios en el trayecto París-Marsella. En un recorrido normal alcanza los 120 kilómetros por hora. Con 19 vagones, los 170. De París a Marsella, en los controles ferroviarios y en las



Vista interior de la caja antes del cableado y montaje del equipo



Otra vista de la nueva locomotora eléctrica española

estaciones intermedias todos saben ya que es el tren «Mistral». Así lo han bautizado en Francia.

La locomotora eléctrica española es del tipo U C., de tres bogies, juego completo de motor, transmisión y ruedas. A cada bogie le corresponden tres ruedas. Entre las características esenciales de la máquina española va a la vanguardia una gran estabilidad. Estabilidad completa, la mayor lograda hasta ahora dentro de los caminos de hierro.

Una longitud de 18 metros largos entre los ejes máximos. Su altura, con los troles bajados, es de 4.26 metros, y su anchura, de 2.96. En régimen unihorario y a 300 voltios posee una potencia del orden de los 3.200 caballos; en régimen continuo, de 3.100. El esfuerzo de tracción a 37 kilómetros por hora es de 18.15 kilómetros.

La velocidad máxima que la nueva locomotora eléctrica española alcanzará en España será de 125 kilómetros por hora. Esta diferencia con relación a los 331 conseguidos en Francia se origina en nuestra Patria al punto que entra en escena la topografía española. El perfil abrupto de nuestros terrenos no permite subidas ni bajadas a mucha velocidad. El ancho de la vía es otro de los factores que tienen la última palabra.

También influye la diferente tensión utilizada en Francia y en España. Mientras que nuestros vecinos tienen levantadas redes de 1.500 voltios, en España se utiliza la red de 3.000 voltios.

Sin embargo, no todo el monte francés es orégano en lo que se refiere a las posibilidades y a los obstáculos del terreno. Mientras que en Francia la velocidad de la máquina ha de ser constante por la misma constancia

de los llanos, y por consiguiente el consumo de energía ha de ser igual, en España la topografía ayuda en cierto modo a equilibrar los esfuerzos. La locomotora española posee un freno especial que permite recuperar energía eléctrica en los grandes descensos de los distintos puertos españoles. La máquina española es más cara, porque es más completa. Entre otras cosas, permite la recuperación eléctrica en la misma línea. Es decir, en una bajada la máquina devuelve energía, que puede ser aprovechada, a su vez, por otro tren ascendente.

Mayor perfección. En España no interesa, como primer factor, la velocidad. Interesa «una criada para todo». Por eso la nueva locomotora española podrá arrastrar expresos, mercancías, trenes mixtos, mientras que eso no ocurre así más allá de nuestras fronteras: cada tren tiene su máquina. En España se ha limitado la velocidad para aumentar la fuerza, mediante la reducción de los engranajes.

Por último, en lo que se refiere al sistema de tracción, una nueva modalidad de los engranajes y los rodajes hace que se reduzcan al mínimo los esfuerzos.

ONCE EMPRESAS PARA UNA EMPRESA COMUN

Once Empresas españolas han unido sus esfuerzos hacia el nuevo producto de la industria nacional. La General Eléctrica Española ha aportado la dirección general, el montaje, los motores, la mayor parte de la instalación eléctrica, el utillaje para la mecanización de las piezas y las pruebas en general.

Con la Eléctrica Española otras 10 Empresas nacionales. La S. I. C. E. de Madrid, Babcock and Wilcox de Vizcaya, Euskalduna, también de Vizcaya; la Compañía

Auxiliar de Ferrocarriles de Guipúzcoa, la C. N. M. E. S. A. de Santander, Experiencias Industriales de Madrid, Sociedad Anónima de Plasencia de las Armas, Sociedad Española Oerlikon, Westinhouse de Frenos y Señales, La Maquinista Terrestre y Marítima de Barcelona y la M. A. C. O. S. A., también de Barcelona.

Para lograr una empresa común habían unido sus esfuerzos once industrias nacionales

Es el primer caso de una mancomunidad industrial para un producto nacional de gran envergadura.

Bilbao, con su aire negruzco y pegadizo del carbón en los altos hornos, fué el vértice industrial para la reforma, desde la cabeza, dentro de los ferrocarriles españoles. Desde la tracción. Durante dos años en la General Eléctrica Española hubo una nave especial con técnicos y maquinaria para un producto especial de la industria española.

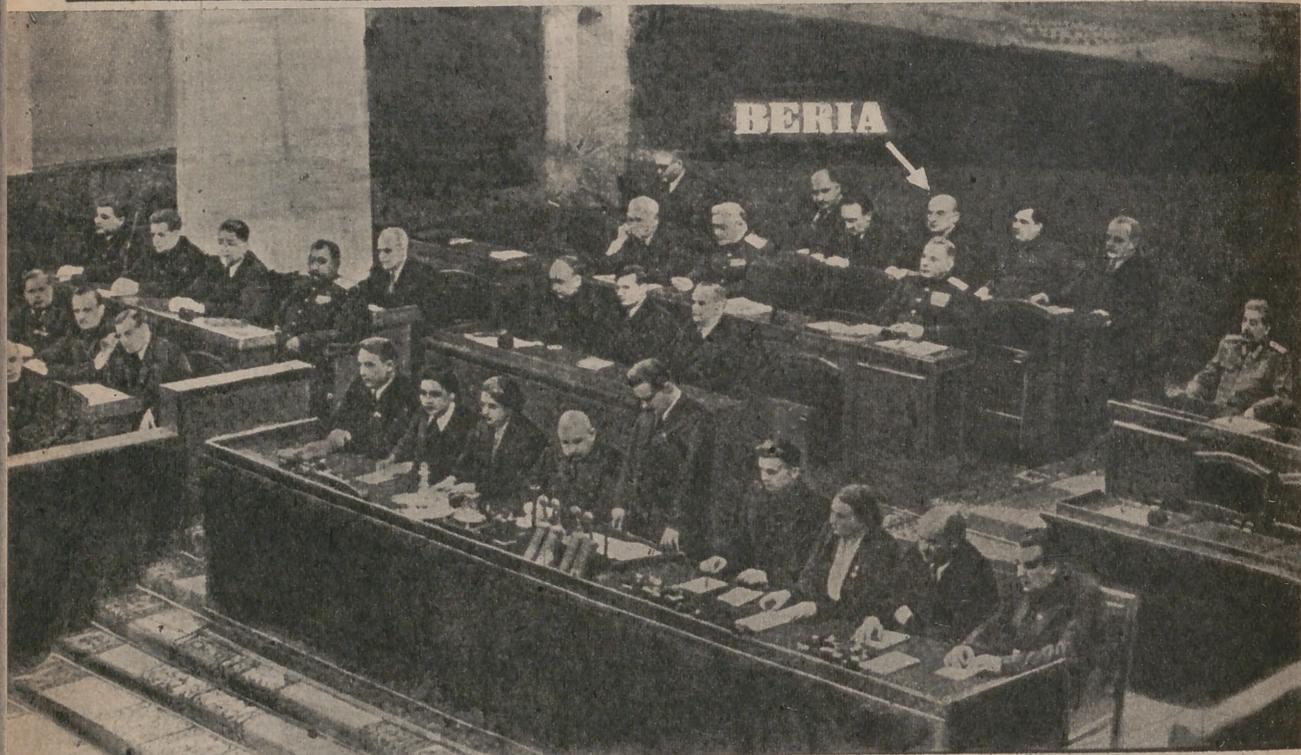
La General Eléctrica Española es una de las que más han progresado y han rendido.

A la derecha de Galindo, Baracaldo, a la izquierda, Sestao. También a ambos flancos los dos ferrocarriles industriales de la zona: el de Sestao-Galdames y el de Triano. Sus rieles ya conocen el peso de las 120 toneladas de la nueva locomotora.

Mientras tanto la industria española ha dado un nuevo paso. Un paso que supone economía de tiempo y de energía. Un avance en los ferrocarriles españoles traducido, por ejemplo, en ganar más de hora y media de tiempo en poco más de 450 kilómetros de ralles. En lo que va del largo trayecto ferroviario Madrid-Barcelona para un tren expreso.

Juan J. PALOS

CONJURA EN EL KREMLIN



Reunión del Soviet Supremo del 30 de marzo de 1952. A la derecha de Stalin, en el último banco, Molotov, Malenkov y Beria

Las últimas horas de Lavrenti Pavlovich Beria

Cómo murió el hombre que contaba con 600.000 policías

LAVRENTI Pavlovich Beria tiene sus horas de vida contadas. Antes de que se ponga el sol morirá estrangulado en el Kremlin a manos de sus colegas Malenkov y Krustchev, de Bulganin y Molotov, de Mikoyan y Koniev. Este día del 26 de junio de 1953 es la fecha marcada por los conjurados para eliminar al mariscal de las fuerzas soviéticas de Seguridad.

—Tamar, no salgas de casa hasta que yo vuelva. Espérame tranquila. Quiero ser yo mismo quien te ponga al corriente de los acontecimientos. Esta noche serás la mujer más feliz de Rusia.

Tamar escucha a su marido sin exteriorizar ninguna sorpresa por sus palabras. Ella no solamente es de una gran belleza, sino que, además, tiene una voz bien timbrada y una gracia especial para cantar baladas georgianas. Estas dotes artísticas nacían las delicias de Stalin cuando el dictador invitaba a la señora Beria a lucir sus habilidades

—Ten cuidado, Lavrenti, y no te confíes en nadie. Todos ellos te odian. Si pudieran, te quitarían de en medio

La «dacha», la villa del matrimonio Beria se halla situada en las inmediaciones de Moscú. Es

tá rodeada por un bosque de abetos y frente a la puerta principal del edificio, se extiende un jardín al gusto francés con bancales de flores distribuidos geoméricamente. La finca está cercada por un muro de mampostería en el que se destacan las garitas para la guardia. Esas hectáreas de terreno son custodiadas noche y día por unidades escogidas de la M. V. D., que montan una vigilancia pretoriana en torno al mariscal.

El propio Beria acerca su taza al samovar y se sirve té. Lo bebe de un trago y sin azúcar. Del bolsillo del chaleco extrae un reloj y consulta la hora. Son las diez en punto de la mañana.

—Me voy ya; ésos me estarán esperando... No te muevas de casa y no te pongas nerviosa si me retraso.

Beria se pone en pie. Es un hombre de aspecto correcto y pulcro; parece incapaz de llevar sobre sus espaldas el historial de crímenes y crueldades que le han hecho famoso. Se diría que él es un modesto empleado de oficinas, vistiendo casi siempre de negro, sin despojarse nunca de los lentes, que clavan las pinzas profundamente en su nariz carnosa.

Una comitiva de ocho coches

enfila la carretera de Moscú a gran velocidad. Bien protegido por su guardia personal, el mariscal Beria dirige su última mirada a la «dacha» donde Tamar esperará en vano la vuelta de su marido. Aguardará inútilmente la noticia de que él ha sido elegido para ocupar el puesto que dejó vacante Stalin, y que ella es la primera mujer de la U. R. S. S.

SEISCIENTOS MIL POLICIAS APOYAN A BERIA

La conjura contra Beria exigió mucha cautela, mayor astucia y no menos sangre fría. Cuando el 5 de marzo de 1953 muere Stalin de un ataque de parálisis, mientras los dirigentes comunistas hacen coser precipitadamente en sus trajes brazaletes blancos en señal de luto, todos y cada uno de ellos afilan sus armas para hacer frente a la borrasca que se cierne sobre el Kremlin. En tanto que se desarrollan las ceremonias oficiales en memoria del dictador desaparecido, los hombres más poderosos de Rusia mueven sus resortes para llevarse la parte del león en el festín que se avecina. Los segundos estrechan sus filas en torno a aquéllos con el propósito de no estar ausentes a la hora del

reparto. Todas esas maniobras y todas esas intrigas van marcadas con un sello dramático: el precio que habrán de pagar los vencidos en esta lucha por el Poder es el de la vida.

¿Quién ocupará la Jefatura del Estado? Tal es la pregunta que se hacen angustiados doscientos millones de rusos y los millones de hombres que viven en los pueblos sometidos por Moscú. A los cuatro días de aquel 5 de marzo, se da a conocer la lista del nuevo Gobierno, en el que Malenkov se reserva el puesto de primer ministro y el de secretario general del partido comunista. Un suspiro de alivio recorrió de Norte a Sur y de Este a Oeste los territorios soviéticos.

—No ha sido Beria...

—Cayó en desgracia Beria.

—La Policía no ha podido adueñarse del Kremlin.

Aún hay motivos para mayor optimismo. El 6 de abril anuncian los diarios que se disuelve el ministerio de Seguridad y que ha sido encarcelado el camarada Riumin, jefe de la Dirección de Causas de este departamento. Es entonces cuando se nombra a Beria comisario de Asuntos Exteriores.

Pero los grupos contendientes no hacen sino tomar posiciones y moverse con sigilo en las sombras. Beria no se da por vencido. Es con Molotov y Malenkov uno de los de la troika que aspira a llevar el rumbo del Estado. Tiene a su lado los 600.000 policías de la U. R. S. S. organizados y agrupados en divisiones, provistos de aviación y arma-

mento blindado. La misión de esas fuerzas, de los temidos «casacos azules», no se limita a montar la guardia para la seguridad del régimen. Tienen, también, en sus manos al país y a sus hombres. Guardan las vías de comunicación y vigilan las fronteras. Las instalaciones para fabricar las armas atómicas se hallan controladas también por la Policía de Beria. Una red de agentes secretos cubre los espacios comunistas y se extiende en el extranjero a las embajadas y misiones diplomáticas. El mariscal sabe que cuenta con fuerza para dar el golpe definitivo y no pierde el tiempo.

A primeros de junio, Malenkov, Krustchev, Bulganin, Molotov y Mikoyan empiezan a recibir informes de los mensajes de Beria. Tienen noticia de que el mariscal ata bien los cabos para dar un golpe de Estado y erigirse en dueño absoluto de todas las Rusias. Y entonces una sensación de pánico se apodera de la camarilla del Kremlin. Saben que Beria, fiel discípulo de Stalin, les irá eliminando uno por uno, sembrando la discordia entre todos, buscando alianzas para deshacerse luego de los colaboradores. Es ahora cuando los hombres del Kremlin ven la necesidad de unirse y conjurarse contra el formidable enemigo. No tardan en dar los primeros pasos en tal sentido.

UN FORTÍN CADA MINISTERIO SOVIÉTICO

Si todos los cabecillas comunistas experimentan la misma ne-

cesidad de obrar de común acuerdo para liquidar a Beria, todos también conocen los obstáculos que es preciso remontar. Lo más difícil está en hallar un medio seguro de enlace entre sí, fuera del alcance y del olfato de los agentes secretos fieles al mariscal.

Tanto es el temor de los conjurados que éstos renuncian desde un principio a celebrar reuniones con asistencia de los más destacados dirigentes del complot, por miedo a que Beria dé un golpe de mano y aprese a la plana mayor de la conjura. Tratan de evitar ser cogidos en el conciliábulo, en grupo, con lo que el enemigo habría eliminado de una sola acción a todos los que se oponían a sus designios.

Sucede así en Moscú, en aquellas primeras fechas del mes de junio, que ningún gerifalte comunista se arriesga a poner los pies fuera de los edificios oficiales donde desempeña su cargo. Cada ministerio es un fortín atrincherado, bajo la custodia de las escoltas armadas al servicio de los personajes soviéticos. Por ningún motivo se celebran reuniones de políticos ni asisten éstos a ceremonias públicas.

En tales circunstancias, para decidirse Beria a actuar se hubiera visto en la necesidad de poner sitio simultáneamente a cada uno de los centros del Gobierno. No cabía de tal forma la sorpresa y se daba tiempo a intervenir, en el supuesto de intentarla, a las fuerzas armadas de guarnición en la capital.



El entierro de Stalin. El primero de la fila de la izquierda del ataúd, con sombrero y abrigo, es Beria

Malenkov y Krustchev, Bulganin y Molotov idean entonces la trampa para hacer caer en ella a Beria. Valiéndose de funcionarios de sus respectivos ministerios, que ocupan puestos de muy escasa importancia, se comunican los planes y llegan a un acuerdo sobre ellos. Estos agentes de enlace, por su falta de relieve político, pueden moverse libremente, ir y venir de un edificio a otro, sin despertar las sospechas de la Policía secreta. Sentadas así las bases de la conjura, se pasa en seguida a la fase de acción.

A partir de ahora, Malenkov va a empezar a utilizar el teléfono sabiendo que todas las conversaciones serán registradas por la Policía y que llegarán a oídos de Beria. La finalidad perseguida es hacerle creer que está en el secreto de los manejos y que tales manejos tienden a nombrar un dictador que suceda a Stalin con todas las prerrogativas que éste se había reservado.

Beria se llega a creer que está en el meollo del asunto y al tanto de las maniobras de sus adversarios. Se aplica a seguir de cerca los movimientos de ellos. Lee con fruición las minutas de los diálogos telefónicos entre Malenkov, Krustchev, Molotov, Bulganin y Mikoyan. La Policía coloca en su mesa de trabajo algunos falsos mensajes interceptados. Recibe a confidentes, y por otros conductos tiene confirmación de las revelaciones de éstos.

Los conjurados hacen un verdadero alarde de hipocresía, de astucia y de doblez.

BERIA CAE EN LA TRAMPA

Para engañar a Beria todas las

precauciones son pocas. Hay que darle la impresión de que el artificio responde a una finalidad auténtica.

Es Malenkov quien llama por teléfono desde su despacho a Krustchev para ponerle de manifiesto que urge un acuerdo para que el país sea dirigido por un hombre solo, para que cese el mando de equipo. Más tarde, Bulganin se pone en comunicación con Molotov y le expone que de seguir el Gobierno por el camino emprendido desde la muerte de Stalin, el resultado no puede ser otro sino el caos.

Beria tiene conocimiento de esas conversaciones y llega el instante en que todos los confabulados aparentan estar conformes en elegir a un dictador entre ellos. Beria sigue la trama y espera angustiosamente que sus adversarios vayan contestando a la pregunta de rigor: ¿quién es el hombre indicado para cubrir el puesto que dejó vacante Stalin?

En las respuestas se ponen de relieve profundas diferencias. Hay quien simula que está decidido a sostener la candidatura de Molotov. Otro mantiene que el hombre apropiado es Malenkov. Se habla también del mariscal Zukov. Por fin, alguien pronuncia el apellido de Beria. Unos se muestran enemigos irreductibles de este pretendiente y escriben mensajes que irán a parar, intencionadamente, a la mesa de trabajo del propio mariscal de la Policía.

Beria no tiene ya la menor duda de que tiene en sus manos los más secretos hilos de la conspiración. El saberse atacado sin

cuartel le ratifica en sus convicciones. Todos los del complot causan la impresión de que van a recurrir a la fuerza para terminar la polémica. Tanto ardor ponen en la fingida disputa que llegan, incluso, a exteriorizar una conspiración para dar muerte a Molotov.

En la farsa, el que se reserva el papel de director de orquesta es Malenkov. Aparenta que trata de aunar voluntades y suprimir diferencias. Conduce tan bien la intriga que, por último, se convierte en abogado a ultranza de la candidatura de Beria. El juego dialéctico ha sido una obra maestra y simula conseguir una mayoría favorable al mariscal.

—Beria ha sido el brazo derecho de Stalin.

—Beria tiene en sus archivos todos los secretos de la U. R. S. S.

—Posee más experiencia de Gobierno que ningún otro.

—Es un hombre frío e inflexible.

La candidatura de Beria se ha impuesto. Falta sólo comunicarle la decisión. Si acepta, el nuevo dictador absoluto ha de comprometerse a respetar las vidas de sus colegas y renunciar solemnemente a todo intento de realizar «purgas» al estilo y a la escuela que acreditaron a Stalin.

EL MARISCAL ACUDE A LA CITA

Es Vorochilov el encargado de establecer contacto personal con Beria para ponerle al corriente de la designación hecha por sus compañeros. La entrevista es cordial y los dos personajes convienen que el nombramiento se hará en una reunión de los miembros del Gobierno con asistencia de las figuras más representativas del partido comunista. El candidato habrá de asistir también, llevando preparado el discurso de aceptación del cargo con las líneas generales de su programa político. Falta tan sólo fijar una fecha, que resulta ser la del 26 de junio de 1953.

A partir de ahora y hasta que llegue el instante de la proclamación, los conjurados abandonan todas las medidas de seguridad. Se exhiben en los palcos oficiales del teatro Bolshov. Asisten a inauguraciones, se reúnen en fiestas privadas, concurren a recepciones dadas por las Embajadas de los países sometidos... Beria da por descontado que antes de que concluya el mes de junio estará ya instalado en el Kremlin como amo y señor absoluto de vidas y haciendas de la U. R. S. S.

Con estos pensamientos se dirige desde su «dacha» situada en las afueras de Moscú a la reunión convocada. Tan confiado va que al ganar el centro de la capital, los coches que le escoltaban cambian de dirección y dejan sólo a Beria, de acuerdo con sus instrucciones. Al echar pie a tierra, éste sonríe y adopta un gesto afable.

Una vez en el interior del edificio reparte saludos y algunos le dan la enhorabuena por adelantado. Beria pasa revista a los asistentes y pronto contrae los labios. La sonrisa ha quedado congelada en su rostro y los ojos brillan como si fueran dardos acerados, tras los cristales de los lentes.

—¿Por qué está aquí Koniev y



Krustchev y Malenkov, después de la muerte de Stalin.—En la otra fotografía, Zukov y sus condecoraciones



La sonrisa de los hombres que eliminaron a Beria, en coche descubierto, recorre las calles de Ginebra

no ha venido Zukov? Esto no es lo convenido.

—Zukov se ha excusado por motivos de salud.

—Es una imprudencia la que he cometido. ¿A título de qué se encuentra en este acto Koniev?

—Lavrenti, le hemos invitado porque una decisión de tanta importancia como la que se va a adoptar ahora no debe ser ratificada sin la presencia de una alta personalidad de las Fuerzas Armadas.

Beria parece serenarse y entra en la estancia donde se celebrará la reunión. Ocupa una de las butacas situadas en primera fila y hunde el mentón en el pecho. Mecánicamente se quita los lentes y limpia los cristales con un pañuelo blanco que ha sacado del bolsillo derecho del pantalón. Suda y está pálido.

Malenkov se pone en pie y va a dar comienzo a su discurso. Según lo convenido, sus palabras han de ser para mover a Beria del sillón donde se encuentra ahora y trasladarle a los salones del Kremlin decorados con paneles de oro de ley y con tapices orientales. Para proclamarle zar todopoderoso del imperio soviético.

EL CADAVER DE BERIA, JUZGADO

Malenkov aparta de su frente un mechón de cabellos. Observa con mirada turbia a los reunidos y tranquilamente empieza su discurso:

—Hemos convocado esta reunión extraordinaria del Gobierno y de los responsables del partido comunista para adoptar una resolución de gran trascendencia. Se os ha llamado para desmascarar ante vosotros a un

enemigo del pueblo y para que lo juzguéis. El nombre de este delincuente es Lavrenti Pavlovich Beria...».

Al llegar a este punto del discurso, Beria se incorpora con movimiento felino. Con agilidad impropia de sus cincuenta y cuatro años, echa mano al bolsillo del pantalón para sacar la pistola. Le dificulta la acción el pañuelo blanco que guarda en el mismo bolsillo en que tiene el arma. No hay tiempo para emplearla. Todos los que están junto a él se lanzan contra la víctima, le arrebatan la pistola y le sientan violentamente en la butaca.

Es el final de Beria. Los reunidos son como fieras que se precipitan sobre su presa. Al primer golpe, los lentes del mariscal han caído al suelo y los cristales quedan convertidos en astillas diminutas, que luego son pisoteadas. Una mano como una garra hace presa en su cuello. Hay un forcejeo salvaje entre muchas otras manos que quieren intervenir en el crimen. Por fin, uno de los asesinos consigue hundir hasta las vértebras su dedo pulgar. Los alaridos que lanzaba el estrangulado se han callado para siempre. El temible Beria ya es sólo un cadáver flácido, con la cabeza tronchada y una mueca de horror y espanto en el rostro desfigurado. Los conjurados han vencido.

Pero el cadáver de Beria tendrá que ser juzgado. El crimen se oculta celosamente y dos semanas más tarde, después de montar los pormenores de la farsa, se hace pública la acusación oficial contra Beria. Radio Moscú dice de él que es un enemigo del partido comunista y del

pueblo. Es reo de espionaje al servicio de las potencias capitalistas, de sabotear el suministro de víveres para los obreros, de sembrar la discordia entre los Gobiernos amigos de la U. R. S. S. de preparar un golpe de Estado, de estar a sueldo de los enemigos de la patria soviética... No hay delito que no sea imputado al cadáver de Beria.

La farsa no concluye con este cuadro. Moscú anuncia que será juzgado Beria por el Tribunal Supremo, en reunión secreta. Preside a los supuestos jueces el mariscal Koniev, el hombre que con su sola presencia hizo temblar a la víctima momentos antes de su muerte. En el texto oficial de la vista se dice que ha quedado probada la culpabilidad del acusado y que éste ha confesado la larga lista de crímenes. Desde los manejos para reinstaurar en la U. R. S. S. el capitalismo hasta los asesinatos en masa y por cientos de miles.

Poco después se da a conocer que Beria ha sido ejecutado en unión de otros cómplices. El Kremlin dejaba caer así el telón de la comedia montada sobre un cadáver enterrado seis meses atrás.

La versión de la muerte de Beria se ha conocido ahora a través de un dirigente comunista de Budapest. Se ha sabido también que cuando Krustchev dió cuenta al comunista húngaro Rakosi de los pormenores del complot contra Beria y de su asesinato por los gerifaltes soviéticos, resumió con estas palabras la personalidad del colega estrangulado:

—¿Qué raza de saltadores de caminos, ¿verdad?

Alfonso BARRA

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Precio del ejemplar: 3,00 ptas.- Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150



De izquierda a derecha: Molotov, Vorochilov, Beria y Malenkov.—Abajo: Lavrenti Beria, con el uniforme de jefe de la Policía soviética



CONJURA EN EL KREMLIN

LAS ÚLTIMAS HORAS DE
LAURENTI PAULOVICH BERIA

COMO MURIO EL HOMBRE QUE
CONTABA CON 600.000 POLICIAS